

Rusia vs. Ucrania

Para citar este libro:

<https://doi.org/10.51573/Andes.9789587988260.9789587988277.9789587988284>

Rusia vs. Ucrania

La guerra por un nuevo orden mundial

Hugo Fazio Vengoa

Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Ciencia Política

Nombre: Fazio Vengoa, Hugo, autor.	
Título: Rusia vs. Ucrania : la guerra por un nuevo orden mundial / Hugo Fazio Vengoa	
Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Ciencia Política y Estudios Globales, Ediciones Uniandes, 2025. vii, 129 páginas ; 17 x 24 cm.	
Identificadores: ISBN 9789587988260 (rústica) 9789587988277 (e-book) 9789587988284 (e-pub)	
Materias: Guerra Rusia-Ucrania, 2014- Rusia (Federación) – Relaciones exteriores – Ucrania Ucrania – Relaciones exteriores – Rusia (Federación) Política internacional – Siglo XXI	
Clasificación: CDD 947.7086–dc23	SBUA

Primera edición: abril del 2025

© Universidad de los Andes,
Facultad de Ciencias Sociales
© Hugo Fazio Vengoa

Ediciones Uniandes
Carrera 1.ª n.º 18 A-12, Bloque Tm
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 339 4949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
ediciones@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-798-826-0
ISBN e-book: 978-958-798-827-7
ISBN epub: 978-958-798-828-4
DOI: <https://doi.org/10.51573/>
Andes.9789587988260.
9789587988277.9789587988284

Corrección de estilo: Manuel Romero
Diagramación interior: Leonardo Cuéllar
Diagramación de cubierta: Boga Visual
Ilustración de cubierta: Nicolle Cuéllar

Impresión:
Imageprinting Ltda.
Carrera 27 n.º 76-38
Teléfonos: 601 631 1350 - 601 631 1736
Bogotá, D. C., Colombia
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Imágenes de cubierta tomadas de
Ali Khamenei: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Portrait_of_Ali_Khamenei,_October_2016.jpg
Sergey Lavrov: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Sergey_Lavrov,_official_photo_01.jpg
Volodímir Zelenski: https://www.flickr.com/photos/president_of_ukraine/51951260039/
Ursula von der Leyen: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ursula_von_der_Leyen_accepts_the_World_Peace_and.Liberty_Award_\(P061666-808883\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ursula_von_der_Leyen_accepts_the_World_Peace_and.Liberty_Award_(P061666-808883).jpg)
Joe Biden: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:President_of_the_United_States_Joe_Biden_\(2021\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:President_of_the_United_States_Joe_Biden_(2021).jpg)
Emmanuel Macron: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Emmanuel_Macron_\(2017-05-29,_cropped\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Emmanuel_Macron_(2017-05-29,_cropped).jpg)
Mark Rutte: https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/a/a2/Volodymyr_Zelensky_met_with_Dutch_PM_Mark_Rutte_in_occasion_of_possible_Russian_invasion_%282023-09-30%29.jpg
Vladimir Putin: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Vladimir_Putin_\(2023-09-30\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Vladimir_Putin_(2023-09-30).jpg)
Kim Jong-un: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Kim_Jong-un_\(2019-04-25\)_03.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Kim_Jong-un_(2019-04-25)_03.jpg)
Xi Jinping: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ali_Khamenei_met_with_Xi_Jinping_in_Tehran_2016_\(3\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ali_Khamenei_met_with_Xi_Jinping_in_Tehran_2016_(3).jpg)
Imagen de fondo de Freepik: Wirestock

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 000194 del 16 de enero del 2025, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Contenido

Presentación · 1
Globalización, guerra y sus nuevas modulaciones · 7
La guerra en su dimensión civil · 17
Unas glosas sobre el escalamiento de lo civil a lo internacional · 18
La contienda en su epicentro · 23
La guerra interestatal o binacional · 37
La guerra sube un peldaño: de conflicto binacional a conflagración global · 61
La seguridad: un pasado que se conjuga en tiempo presente · 67
La guerra en Ucrania altera el mapa político y geopolítico europeo · 82
La guerra en su dimensión noratlántica · 95
La reacción de los países contestatarios · 107
Conclusiones · 113
Referencias · 121

Presentación

Explicar no es legitimar y comprender no es absolver
Pascal Boniface (2023)

A FINALES DE mayo del 2022 terminé un manuscrito sobre la guerra en Ucrania que fue publicado bajo el título *Rusia y Ucrania: una guerra. La historia de un conflicto, sus antecedentes y su presente*. Al finalizarlo habían transcurrido solo tres meses desde aquel 24 de febrero, día en el que el ejército ruso compuesto por 175 000 soldados atravesó la frontera ucraniana e inició una atroz, destructiva y cruel invasión.

Ese escrito, sobre un suceso que se desplegaba delante de nosotros, empezaba con una observación bastante detallada de la “operación militar especial”, expresión acuñada por el Kremlin para designar la acción bélica iniciada aquel 24 de febrero. El tratamiento de esta incursión militar se atuvo a los parámetros usuales con que la disciplina histórica trata los *acontecimientos* (Boucheron, 2024). El ejercicio permitió extraer importantes conjeturas acerca de lo ocurrido y, a medida que se avanzaba en el análisis, salieron a relucir aspectos que estaban presentes en el conflicto y que daban cuenta de su complejidad. Resultaba evidente que la invasión no constituía un fenómeno aislado: hacía parte de un conjunto de interacciones que se entrecruzaban con fenómenos resonantes de distinta naturaleza.

Ese procedimiento analítico, que parte del supuesto de que un acontecimiento histórico es un fenómeno complejo, determinó la estructura que adquirió finalmente el manuscrito. Luego de un esbozo preliminar de los aspectos que estaban presentes en el acontecimiento, se realizó un estudio diacrónico pormenorizado con el fin de situar aquello que representaban Rusia y Ucrania en la coyuntura histórica que se vivía, y el escrito culminó con una exposición sincrónica, ejercicio que permitió revelar que este conflicto desbordaba con creces los lugares donde se presentaban los enfrentamientos y bombardeos, y que había numerosos actores implicados directa o indirectamente.

A través de numerosos intersticios, el conflicto había comenzado a involucrar a parte importante de los principales países y regiones del planeta y, en consecuencia, había empezado a impactar gran parte del mundo. Además, de manera presta, el conflicto comenzaba a darle nuevos asideros a la geopolítica como eje organizador de un naciente orden mundial.

Poco más de un año después de publicado ese escrito, y luego de un concienzudo trabajo de revisión de lo ocurrido durante todos estos meses, fui comprendiendo algo que en esa oportunidad simplemente avizoraba, pero que no advertía de manera cabal: los conflictos originales entre rusos y ucranianos, es decir, la guerra civil y la confrontación binacional, fueron quedando encapsulados dentro de una gama mayor de tensiones, competencias y conflictos. En apariencia, esta era una guerra muy simple —un Estado (la Federación Rusa) invadió a su vecino (Ucrania)—, pero cuando se mira con mayor detenimiento, uno se adentra en una maraña de dinámicas, de significados y de giros inesperados, que aturden y que llevan a concluir que uno se encuentra frente a una conflagración muy extraña. No es exagerado decir que, hoy en día, los niveles de conflictividad entre esos dos pueblos no son otra cosa que unos capítulos preliminares de una contienda por la organización del mundo que trasciende por completo las aspiraciones de sus principales figuras: Vladímir Putin y Volodímir Zelenski.

Dos años y medio después del inicio de la invasión, se observa crudamente que el conflicto simple y bastante convencional se pluralizó en varios niveles de conflictividad (civil, interestatal, *proxy*, civilizatoria, geopolítica, geoeconómica, geotecnológica, etc.). Como si lo anterior fuera poco, en estos distintos niveles no siempre han participado los mismos actores ni a ellos les han correspondido los mismos papeles, pues sus dinámicas, tiempos, lugares y desarrollos han sido cambiantes. Incluso los propósitos no siempre son coincidentes: se persiguen distintas cosas, pero todos tienen en común el hecho de competir por los lineamientos principales que debe comportar un naciente o anhelado “orden” global. Y como si todo esto no fuera más que suficiente, se observa que los alcances o radios de acción varían, pues algunos conflictos están ubicados en territorios muy localizados, pero otros se desenvuelven en dimensiones globales, planetarias e incluso siderales.

No todas estas tonalidades de conflictividad fueron gestadas por los combates en Ucrania; en realidad, la anexión de Crimea del 2014 y la posterior invasión rusa de febrero del 2022 desencadenaron unas dinámicas que estaban latentes. Hoy por hoy, estos movimientos tectónicos son perceptibles a simple vista, pero un año atrás no eran para nada evidentes. Resulta complicado que estas dinámicas comporten duraciones disímiles. Algunas tienen una existencia más prolongada, otras son de reciente data, es decir, acaban de aparecer, y las últimas parecen pertenecer al porvenir. Las primeras comportan un pasado y pueden ser abordadas como fenómenos temporales (*v.gr.*, el asunto de la seguridad europea o la desintegración

del Estado soviético, que se pensaba concluido en diciembre de 1991, pero del cual todavía sorprenden sus latencias). Las segundas son un producto original del momento actual, o sea, solo cuentan con un breve presente (la guerra por el dominio del Donbás). La última gama también es reciente, pero su realización no corresponde al ahora, sino que pertenece al futuro (*v. gr.*, la tecnogeopolítica). Independientemente de sus elongaciones temporales, esta amplia gama de conflictos tiene repercusiones que, por el momento, son difíciles de calibrar.

Si se abordan desde el punto de vista de la propia disciplina histórica, se observa que unas suceden en la corta duración, otras se representan como coyunturas históricas, hay otras que se prolongan en profundidad hacia el pasado y las últimas se posicionan de lleno de cara a un futuro potencial o anhelado, que se mantiene aún como algo totalmente incierto, como un “horizonte de expectativa”, y parecen indicar hacia dónde se va. Estos niveles de conflictos en desarrollo, por tanto, son del aquí y del ahora, pero también del ayer, del hoy y del mañana. Esta maraña de tiempos, dinámicas y lugares demuestra que en el presente se asiste a conflictividades inéditas, para las cuales ningún pasado sirve de punto de comparación.

Si uno sigue hilando fino descubre que son conflictos que no se encuentran sobrepuertos unos a otros, no están apilados de manera jerárquica, sino que, en sus movimientos, se encadenan en determinados puntos y lugares, lo que produce resonancias y repercusiones con efectos totalmente impredecibles. Esto se ha podido constatar con el cruel crimen perpetrado por Hamás en octubre del 2023 que le costó la vida a más de mil doscientas personas y con la desproporcionada respuesta militar orquestada por el Gobierno israelí en Gaza para destruir a Hamás, que ha ocasionado miles y miles de muertos, mujeres y niños en su amplia mayoría. A través de numerosos resquicios y por la actuación de diferentes actores, ambos conflictos se encuentran en *situación resonante*, sin que ninguno de ellos sirva de marco de comparación o de explicación del otro. Claro está que de inmediato se hizo evidente que, en el imaginario de los dirigentes occidentales, estos conflictos se encontraban entrelazados. El 19 de octubre del 2023, Joe Biden declaró: “Hamás y Putin representan amenazas diferentes, pero tienen esto en común: ambos quieren aniquilar por completo a una democracia vecina, aniquilarla por completo”. Luego continuó: “No podemos permitir que la mezquina política partidista se interponga en el camino de nuestras responsabilidades como gran nación. No podemos y no dejaremos que terroristas como Hamás y tiranos como Putin ganen. Me niego a que eso ocurra”¹. La situación de resonancia también se ve en el lugar cambiante de Ucrania en la agenda

¹ <https://cnnespanol.cnn.com/2023/10/19/biden-discurso-israel-ucrania-trax/>. Consultado el 5 de abril del 2024.

internacional, sobre todo por el peso del tema israelí en la contienda electoral, en la toma de decisiones estadounidenses y en las iniciativas de Vladímir Putin por estrechar los vínculos con Irán, actor central en varios de los dramas del Medio Oriente, y con Corea del Norte, con lo cual se establece una conexión directa entre el Asia-Pacífico y la Europa centroriental.

Algunos conflictos han llegado en el corto tiempo a unos niveles de entrecruzamiento tan potentes que resulta difícil disociarlos entre sí. La guerra ruso-ucraniana se ha vuelto tan compleja precisamente porque en estos últimos tres años han confluido en ella distintas situaciones de conflictividad de maneras variadas. Esto seguramente no se mantendrá así, habrá variaciones, incluso algunas podrán autonomizarse, pero, hoy por hoy, esta maraña de situaciones dispares genera aún más problemas en el momento de acometer un diagnóstico sobre el fenómeno en curso en la medida en que resulta casi imposible aislar unas y otras.

Si lo anterior es ya de por sí bastante complicado, el análisis es aún más engorroso cuando se recapitula y se constata cierta concordancia que se presenta entre la tragedia y la farsa. Resulta que varios de estos estratos de conflictividad comportan expectativas ridículamente fallidas, porque los propósitos iniciales han producido resultados inauditos. La “guerra relámpago” de Putin fue un estruendoso fracaso, lo que también ha ocurrido con las sanciones económicas, que se suponía que iban a poner a Putin de rodillas, pero a la fecha los más golpeados han sido otros. Incluso el Fondo Monetario Internacional (FMI) confirmó un crecimiento positivo de Rusia en el 2023 y ha vaticinado una situación análoga en el 2024. La invasión resultó desastrosa porque, si lo que se pretendía era afianzar la hermandad de rusos y ucranianos, hoy en día, por el contrario, existe un enorme foso de kilómetros de profundidad entre los dos pueblos. Una encuesta de agosto del 2024 confirmaba que el 80 % de los ucranianos tiene una opinión negativa de los rusos de a pie (Sigov, 2024, p. 17). También resulta curioso que se pusiera el grito en el cielo cuando Moscú detuvo las exportaciones ucranianas de cereales porque África subsahariana iba a morir de hambre al depender vitalmente de estas importaciones. Sin embargo, a mediados del 2023 supimos que el primer importador de cereales ucranianos es China, seguido por España, Turquía, Italia, los Países Bajos, Egipto, Israel, y que bastante más abajo en la lista se encuentran los primeros compradores africanos, con montos escandalosamente bajos. Y, entonces, ¿cómo interpretar esto? Podríamos seguir encontrando circunstancias paradójicas similares en otros ámbitos. Ha ocurrido también que otras situaciones que no estaban en los cálculos iniciales de sus “promotores” se han convertido a la postre en las dimensiones conflictivas fundamentales. Está por verse hasta dónde la guerra palestino-israelí y el caldero medio oriental con su nuevo escenario sirio-libanés (con proyección hacia Irán) constituyen algunas de ellas.

Los desencantos y las desesperanzas han sido mayúsculos porque el terremoto geopolítico que ha sacudido al mundo se ha convertido en una fuerza incontrolable con vida propia. Los pobres Vladímir Putin y Volodímir Zelenski, sin darse cuenta, se han metido, y con ellos a sus pueblos, en unos conflictos que simplemente no son capaces de controlar y que ya no pueden administrar. La actuación ha sido reaccionar sin pensar y sin prever las eventuales consecuencias. El desfase de esta guerra binacional (ruso-ucraniana) con la tozuda realidad ha alcanzado un nivel tal que podrá parecer un chiste, pero sus principales líderes mantienen aún vivo el sueño de la anhelada victoria y no están dispuestos a ceder ni a dar ningún paso atrás. Mientras tanto el mundo mira impávido y expectante y no son pocos los que se preguntan: y ahora, ¿qué hacer? Pero ocurre que sus principales protagonistas han perdido en alto grado la conducción de la guerra, que hoy se juega en otros tableros y a veces con otros jugadores. Ahora bien, no solo rusos y ucranianos repiten este error. El mismo equívoco lo reproducen grandes figuras de la política mundial. Josep Borrell, el alto representante de la Unión Europea (UE) para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, sostuvo a mediados de septiembre del 2023 que el principal objetivo de la UE era “garantizar la victoria de Ucrania en la guerra”, olvidando olímpicamente las tensiones que la guerra está generando en el continente y la maduración de unas situaciones que están remodelando los fundamentos sobre los cuales se alza todo el edificio de la construcción comunitaria.

También ha resultado decepcionante la preeminencia de la “caquistocracia”, que se refleja en el hecho de que la mayoría de los líderes actuales, con sus miopeas y torpezas, ha contribuido a que los graves problemas se encuentren cada vez más lejos de sus posibles soluciones. Desde todo ángulo, participan de esta farsa siniestra y horrible tragedia humana, con sus millares de muertos, heridos, mutilados y destrucciones. Y pensar que no son pocos los académicos, expertos en opinión y comunicadores que se atrincheran en la idea de que somos las primeras generaciones que hemos tenido la fortuna de vivir en unas “sociedades del conocimiento”, o, ¿será más bien “del espectáculo” y del “desconocimiento”? (Innerarity, 2022). Lo que sí resulta muy evidente es que “el debate político ha sido eclipsado por el teatro político” (Bradford, 2023) y que este escenario es completamente impredecible, tal como lo demuestran los recientes triunfos de Javier Milei en Argentina y Donald Trump en Estados Unidos.

Con seguridad se entiende mejor el enmarañamiento que representa la guerra ruso-ucraniana cuando se retoma el concepto *policrisis*, término popularizado hace poco por el historiador Adam Tooze (2021, p. 19), cuando llamaba la atención sobre la simultaneidad de las crisis energéticas, el calentamiento global, las sequías, las guerras, las pandemias, la inflación, entre otros. La característica principal de este tipo de crisis simultáneas es que representan disruptiones que se acumulan y para las cuales no hay una sola causa o una explicación lineal

que permita comprenderlas y atajarlas. El concepto muestra además la complejidad que encierra esta guerra. La policrisis no es más que la confirmación de que se ha ingresado en un escenario de desequilibrios sistémicos y que incluso hay que abordar la guerra con lentes distintos de los habituales.

Por su estructura este libro está dividido de la siguiente manera. Comienza con una exposición de las razones que llevaron a volver sobre el tema de la guerra ruso-ucraniana y la explicación de por qué este es un conflicto inédito en cuanto a su naturaleza. El segundo capítulo se centra en lo que se podría denominar el estadio de la “guerra civil”. El tercero está dedicado a la “operación militar especial” y muestra los ejes centrales de la contienda entre dos Estados: Rusia y Ucrania. El cuarto da cuenta de las formas y los niveles de “involucramiento” de otros actores y países, con especial énfasis en que cada vez es más decidida la participación de cinco de las mayores potencias nucleares actuales, que con Corea del Norte junto a Rusia podrían terminar siendo seis. Para decirlo en pocas palabras, en el libro se irá tejiendo la trama que muestra cómo el conflicto ha ido escalando hasta llegar a una casi inminente intervención nuclear. De manera deliberada el texto finaliza con los conflictos que de modo más directo se relacionan con Rusia y Ucrania, pero se dejan por fuera otros ámbitos, como los económicos, tecnológicos y demás, porque ellos guianaban el análisis por unos escabrosos laberintos que conducirían a otros derroteros. En una próxima publicación, cuyo texto se ha ido preparando a la par de este, se realizará el diagnóstico de estas otras tensiones que sacuden el mundo actual.

En la elaboración de este libro tuve la fortuna de poder discutir algunos apartes con mis estudiantes en la Universidad de los Andes durante los años 2023 y 2024. A ellos un agradecimiento muy especial porque las discusiones fueron de gran utilidad en el desarrollo de las ideas y los argumentos que aquí se exponen. Por supuesto, a la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes un agradecimiento muy especial porque ha permitido que conjugue de manera creativa y ágil las funciones investigativas con las docentes. A mi familia, que siempre padece que les robe un valioso tiempo cuando me veo en la necesidad de sumergirme en la lectura y escritura del libro. Un agradecimiento especial a mi esposa Julieta y a mis hijas Antonella, Luciana, Daniela por todo el cariño y comprensión que siempre me han deparado. Dedico el libro al *piccolo Niccolò* que vio la luz en una Europa envuelta en un clima de guerra y que junto con su generación y las venideras les tocará enfrentar los múltiples problemas y desafíos que nosotros les hemos dejado en herencias por no haber sabido atajarlos y resolverlos de manera oportuna.

Globalización, guerra y sus nuevas modulaciones

Hoy, cuando se dispone de un marco temporal más holgado que el que se tenía años atrás, cuando la invasión acababa de producirse, se advierte que la mejor manera de entender la guerra es concibiéndola como un conflicto que se desarrolla *en Ucrania*. Con la preposición de lugar se quiere resaltar que este no es un conflicto habitual; es más bien una *conflagración* de un nuevo tipo, *globalizada*, es decir, es un enfrentamiento bélico que se entrelaza con otras dinámicas en competencia y conflicto. *En* simboliza que varias conflictividades ocurren en “el lugar” o participan de él. Para comprender este cambio en las formas haremos uso de la guerra como si fuera una “ventana” a través de la cual se observan en el presente las manifestaciones generales y particulares de la política y de la geopolítica. Con este “uso” del conflicto se intentará develar las principales situaciones que tensionan el presente mundial.

Esta hipótesis de trabajo me ha hecho recordar que, tiempo atrás, en un trabajo publicado con una de mis hijas (Fazio y Fazio, 2016), propusimos un enfoque similar para descifrar los conflictos del Medio Oriente contemporáneo. La idea principal era que para comprender la complejidad del espacio árabe-musulmán se debía partir del reconocimiento de la existencia de unos conflictos que se desarrollaban en distintos estratos. La razón de fondo que nos movía a trabajar en esa dirección era el elevado número de conflictos con participación de fuerzas y actores heterogéneos, que producían correlaciones cambiantes de fuerza y de posiciones, y que en términos geográficos sus radios de acción y alcances eran disímiles.

Cualquier tentativa de solución debía considerar estos estratos, lo que resultaba altamente significativo porque solo así se podía comprender la amplia gama de actores, la pluralidad de motivaciones, los alcances diferenciados y la extensa lista de alianzas posibles. El empleo del término *estrato* no era fortuito porque con ello se quería destacar que los grados de sedimentación

histórica eran heterogéneos y los entrecruzamientos diferenciados. El término sugería asimismo que los factores clásicos asociados con el poder, particularmente los militares, se quedaban cortos a la hora de pretender solucionar estos problemas porque eran conflictos que no habían surgido a partir de relaciones de poder entre potencias, sino que eran más bien producto de la “debilidad, de la descomposición y de la malformación” que sacudía a estos países. En la medida en que estos conflictos representaban asuntos de sociedad, disponían por lo general de un carácter “laminado” o estratificado que obedecía a racionalidades superpuestas (Badie, 2016, pp. 175-176).

Más recientemente, otro par de lecturas me condujo a avanzar por la misma senda: la primera fue la revisión de un importante trabajo escrito por Ernest Mandel, en el cual el prolífico intelectual belga presentaba una tesis muy sugestiva sobre la Segunda Guerra Mundial (Mandel, 2011). En contraposición con toda aquella literatura que nos había acostumbrado a entender esta conflagración como una guerra unidimensional, con dos grandes bandos en disputa —los países “del eje” y los “aliados”—, Mandel prefirió descomponer la guerra en cinco conflictos diferentes en cuanto a su naturaleza y sus objetivos, que, eso sí, se entrelazaban en sus desarrollos y repercusiones.

El primero consistió en la guerra que se libró entre las principales potencias imperialistas —Alemania, Japón, Estados Unidos y Gran Bretaña— por la hegemonía mundial, la cual se desplegó en dos escenarios principalmente: el norte de Europa y el Pacífico. El segundo fue la guerra que sostuvo la Unión Soviética para hacer frente a la invasión alemana. Este fue un enfrentamiento entre el nazismo y el comunismo y tuvo como escenario Europa oriental, donde fueron apareciendo aquellos regímenes que en la posguerra recibieron el calificativo de “democracias populares”. El tercero fue conducido por el pueblo chino contra el ocupante japonés, conflicto que finalmente desembocó en una impresionante revolución social. En parte suscitado por los ecos de lo acontecido en China y en la Unión Soviética, se consolidó un cuarto nivel: las guerras de liberación nacional anticoloniales en Indochina, Birmania, Indonesia, Filipinas, la Unión Malaya, la India, algunas de las cuales derivaron también en revoluciones sociales. Por último, se produjeron los movimientos armados en la Europa ocupada por los nazis, sobre todo en la zona de los Balcanes, varios de los cuales adquirieron visos de levantamiento nacional.

De manera retrospectiva, es decir, desde nuestro presente, la importancia de la argumentación del estudioso belga consiste en que permite entender la complejidad del conflicto más allá de los frentes de guerra habituales a los que nos ha acostumbrado la literatura militar especializada; ofrece además una pincelada a grandes trazos de algunos procesos y algunas situaciones que confluyeron en ese momento y que atravesaron y modelaron el período de la Guerra Fría, es más, varios de ellos siguieron latentes en lo que restó del siglo

e incluso a lo largo de lo que va corrido de este nuevo siglo. Permite además entender cómo algunos conflictos se alimentaron y se beneficiaron del clima general de guerra, pero desarrollaron unos procedimientos y persiguieron unos objetivos que les eran propios. Si estos fenómenos no fueron percibidos adecuadamente o si su significación fue minimizada, ello obedeció a que fue tal la importancia asignada al guion de la Guerra Fría que la interpretación de casi todos quedó aprisionada dentro de la lógica de las superpotencias, lo que de suyo fortalecía su poder y sus pretensiones hegemónicas.

A partir de los supuestos del análisis de Mandel, Susan Watkins publicó hace poco un estudio sobre la guerra en Ucrania (Watkins, 2022), en el que destaca que estos diferentes conflictos (civil ucraniano, defensivo ruso, resistencia nacional ucraniana, primacía estadounidense y conflicto chino norteamericano) no se encuentran aislados unos de otros; más bien ocurre que se retroalimentan y propician formas originales de escalamiento. Resulta interesante la reflexión de la académica británica porque, al igual, que Mandel, sugiere que la guerra “binacional” actual es mucho más compleja de lo que parece a primera vista. Ayuda además a comprender lo difícil que resulta responder a la pregunta formulada habitualmente de cuándo se acabará la guerra. ¿Cuál de todas?, podríamos indicar nosotros. Porque puede acabarse “la operación militar especial” o las tensiones entre las grandes potencias, pero ello no significa que los otros estratos de conflictividad lleguen de inmediato a su fin. Puede ocurrir también que nuevos focos de conflicto, como en su momento el palestino-israelí, creen dinámicas y situaciones que alteren el “curso” del conflicto de base; en este tipo de situaciones adquiere vida la condición globalizante. Otro estrato autónomo de conflictividad se ha presentado luego del retorno de Donald Trump a la Casa Blanca, que está derruyendo la alianza atlántica al desestimar el papel de los agentes de la vertiente europea y a la vez reconocer la interlocución de los Estados más poderosos (Rusia), con lo que margina de la ecuación al sufrido país invadido. Cada nivel cultiva su propia historia, tiene sus propios actores y agentes, su propia dinámica y alcance espacial. Desde este punto de vista, la guerra ruso-ucraniana constituye un capítulo de una historia mucho más vasta.

Análisis como los de Mandel y Watkins resultan muy sugerentes porque muestran que las guerras no son fenómenos unidimensionales y que para su cabal comprensión se requiere de enfoques novedosos, similares a lo que propusiera Mary Kaldor, cuando aventuraba la existencia de nuevas modalidades de guerra (Kaldor, 2001). Estas eran el resultado directo de una globalización que se había intensificado en las postimerías del siglo pasado, con el surgimiento de grupos transnacionales, el incremento de la presencia de actores internacionales en contextos de erosión del monopolio de la violencia legítima por parte del Estado, el fortalecimiento de las identidades particularistas y el

uso que hacían los distintos actores de los circuitos globalizados para concretar sus objetivos. Esas guerras, como las yugoslavas, ocurrían en un contexto de intensificación de la globalización, sin que ello significara que fueran globalizadas. Varios factores avalan esta aseveración: eran conflictos sumamente localizados, los propiciaba por lo general un mismo factor, su temporalidad era acotada y solo en la mente de algunos podían imaginarse sinergias de tipo sincrónico.

Si bien algunas situaciones de la guerra en Ucrania mantienen similitudes con ciertos episodios de estas “nuevas guerras”, que se pueden distinguir sobre todo en la actuación de los actores armados que, desde el 2014, han sembrado la violencia en el Donbás, la *pluriconflagración* se inscribe en un marco globalizado porque su naturaleza es muy distinta del modelo descrito por Kaldor.

Una primera clave para reinterpretar la guerra la encontramos en el libro de la profesora Ana Colin Lebedev cuando, sin llegar a proponer una definición en los términos que aquí nos interesan, sostiene que el principal elemento que hace singular la guerra en Ucrania hoy en día es ser un “entramado de múltiples dinámicas y cadenas de causalidad” (Colin, 2022b, p. 213). Una tesis similar sostuvo en su momento Paul D’Anieri cuando entrelazaba las variadas contradicciones que sacudieron el final del 2013 y los inicios del convulsionado 2014 en Ucrania. En ese entonces, el propósito del presidente Víktor Yanukóvich de concentrar el poder produjo tres tipos de tensiones: democracia versus autocracia, una línea proeuropea en contraposición a una línea prorrusa y la tensión creciente de parte de las élites económicas que temían que sus riquezas quedaran a merced de unas decisiones políticas que no controlaban plenamente. El segundo conflicto se presentaba entre Ucrania y Rusia, con un presidente que buscó la ayuda de Moscú para afirmar su autoridad a nivel nacional, pero sin llegar a convertirse en un vasallo de Rusia. Su propósito era obtener beneficios políticos y económicos de un acuerdo de asociación con la UE, y a la vez favores de una relación estrecha con Rusia. Este objetivo era técnicamente imposible por la incompatibilidad entre la zona de libre comercio con la UE y la Unión Aduanera con Rusia, y era también políticamente irrealizable porque “Putin no estaba dispuesto a tolerar una relación más estrecha entre Ucrania y la UE”. El tercer conflicto se presentaba entre Occidente y Rusia, alimentado por el desconocimiento de la importancia que tenía Ucrania para la contraparte. La UE subestimó la determinación de Putin de mantener a Ucrania en la órbita de Rusia, mientras que Putin minimizó la determinación de la UE de defender el principio de que ningún Estado externo tenía derecho de voto sobre sus relaciones con un tercer país.

El principio de la UE de que nadie, ni siquiera Rusia, podía vetar las relaciones de otro Estado con la Unión Europea chocaba directamente

con la insistencia de Rusia en que, como gran potencia, tenía derecho de veto sobre los asuntos de seguridad europeos y que tenía una esfera de influencia en su vecindad inmediata. (D'Anieri, 2019, pp. 250-251)

Como se desprende de lo anterior, hablar de múltiples dinámicas significa de entrada que el fenómeno no se circunscribe a una única dimensión (*v. gr.*, exclusivamente militar), sino que está conformado por situaciones económicas, sociales, políticas, identitarias, culturales, geopolíticas, energéticas, tecnológicas, entre otras. Es decir, es una conflagración que se reproduce de manera diferenciada en las distintas dimensiones de existencia de las sociedades. Hablar de cadenas de causalidad, por su parte, presupone que factores de diferente naturaleza participan en su puesta en escena y desarrollo y que su encadenamiento no es necesariamente lineal o secuencial. Por último, entender la guerra como un entramado se traduce en que todas sus dinámicas están entrelazadas, sin que medien jerarquías o gradaciones de relevancia definibles *a priori*. La politóloga francesa de origen ruso, por tanto, invita a abandonar la idea de que la guerra puede ser comprendida y explicada como si fuera una figura unidimensional o, a lo sumo, bidimensional. En su figuración se asemeja más bien a una especie de telaraña. En este sentido, el relieve de la guerra en curso es multiescalar.

El sociólogo Bertrand Badie ha ofrecido otra mirada sobre el carácter globalizante: reconoce que Putin inició una guerra a la antigua, una guerra de tipo convencional, pero esta no tardó en mostrar su verdadero rostro. Esta transmutación obedeció a que el conflicto se irradió por todos los sectores de la vida social y se dispersó a lo largo del ancho mundo. Es decir, se caracteriza por ser una guerra que rápidamente desbordó su territorio inicial y que ha desplegado por doquier sus ondas y repercusiones. Otra característica de este conflicto consiste en que ningún actor tradicional puede controlarlo por su envergadura y complejidad (Badie, 2023c).

En otro trabajo, Badie insiste en el papel que les corresponde a otras situaciones, como el que las dinámicas sociales se ubiquen por delante del juego interestatal clásico. Así, la “guerra social” se sobrepone a la guerra militar, fenómeno que ilustra la capacidad de resiliencia de las sociedades de hoy. Es evidente que Putin nunca imaginó que en las etapas iniciales de este conflicto la sociedad ucraniana desempeñaría un papel tanto o más importante que los batallones. Esto quedó claro por el rol protagónico de la resistencia ucraniana y de su comprometida movilización. Otra dimensión ha consistido en que el acompañamiento de los esfuerzos militares contra las fuerzas invasoras con presiones y coacciones por parte de países aliados convirtió a estos últimos en partes activas del conflicto. Estos activismos son diversos en función de la ubicación, la historia, las expectativas y los objetivos inmediatos o a largo plazo.

Resulta interesante que varias de estas acciones se hayan originado a partir de la disponibilidad de los mismos recursos de la globalización: la exclusión de Rusia del sistema internacional, no solo de la economía, sino incluso del plano artístico y cultural (la suspensión de actividades que comporten elementos rusos), los deportes (la prohibición de participación de atletas y deportistas rusos en eventos internacionales), los medios de comunicación (la interdicción de las emisiones y de los canales rusos), el turismo (las restricciones de visas), la orden de detención emitida por la fiscalía de la Corte Penal Internacional contra Vladímir Putin por la deportación masiva de niños ucranianos a Rusia, e incluso en el ámbito espacial (el congelamiento de ámbitos de cooperación).

Esta estrategia se inscribe dentro de una lógica globalizante porque es una tentativa de exclusión total del sistema-mundo. El conflicto se instala en un juego sistemático y complejo, conformado por sanciones, exclusiones, presiones económicas y alimentarias, de manera que incluso los que están por fuera se sienten afectados. Por último, en estas guerras las grandes batallas decisivas son inexistentes: son guerras que no pueden ser ganadas. Terminan así en un empate a cero, en una especie de desbandada del actor militar, o en un simple abandono, como ocurrió en Kabul con los norteamericanos o en el Sahel con los soldados franceses (Badie, 2022 y Badie, 2023b).

Asumir de esta manera el problema constituye entonces una estupenda *clave interpretativa* (Bassets, 2023). La idea de la guerra globalizante es una poderosa herramienta porque en lugar de buscar semejanzas en el pasado o tratar de entender lo que ocurre a partir del pretendido “curso de la historia” invita a pensar que los fenómenos presentes deben ser comprendidos desde la novedad misma que comportan (Boldiszár, 2019, p. 49). Una guerra globalizante es distinta de la “guerra híbrida” porque en esta última se usan estratégicamente todo tipo de medios para alcanzar determinados objetivos, mientras que en la primera sucede el encadenamiento de otros tipos de competencia y conflictividades a la manera de estratos que se retroalimentan y se refuerzan mutuamente.

Cuando se reconoce que nos encontramos frente a un fenómeno inédito, totalmente nuevo, distinto de cualquier acontecimiento análogo ocurrido, vemos que de nada sirve buscar situaciones semejantes del pasado y menos aún suponer que sus posibles soluciones sean pertinentes hoy en día. En realidad, una mala analogía puede terminar siendo un remedio peor que la enfermedad.

Este abordaje es un importante recurso interpretativo porque permite comprender el poderío que tienen los acontecimientos en curso, los cuales incluso pueden conformar una coyuntura fuerte que comporte en sí el potencial de una transformación estructural. Visto desde una perspectiva histórica, un acontecimiento enlaza la actualidad misma con situaciones y momentos transcurridos y con otros que a la larga sobrevendrán. Una guerra globalizante

constituye una modalidad de conflicto que entraña una mayor complejidad que cualquiera de las anteriores, pues es un tipo de acontecimiento con capacidad de generar por sí mismo uno o varios “después”. Esto podrá sonar a verdad de Perogrullo, pero ya es grande el convencimiento de que el mundo no volverá a ser el mismo que existía antes de la invasión rusa del 2022 y sobre todo luego del arribo de Donald Trump a la Casa Blanca con sus aceleradas transformaciones internas en los Estados Unidos y sus embestidas contra aliados y enemigos en el plano internacional.

Hasta el momento hemos destacado dos atributos de la guerra globalizante: constituir una adecuada herramienta interpretativa para dar cuenta de la complejidad que encierra el conflicto que se desarrolla delante de nosotros y representar el entramado de dinámicas que comporta en su seno, lo que pone en evidencia la manera como los conflictos u otro tipo de acontecimientos y situaciones pueden transfigurarse en este siglo XXI.

Sin embargo, el carácter multiescalar del conflicto no constituye una excepción, no es una rareza, no representa ninguna anomalía. Por el contrario, es una nueva confirmación de que en la actualidad habitamos un “mundo en común” (Laïdi, 2004), con fenómenos y situaciones, como la pandemia, que han sincronizado el planeta como nunca había ocurrido (Krastev, 2020). Con seguridad, el historiador Philipp Blom tenía esta idea en mente cuando usó el término *policrisis* para describir

un mundo en el que se acumulan las disruptpciones masivas, superponiéndose las unas contra las otras, interactuando todas entre sí de maneras imprevistas e inesperadas, que ha tenido como efecto la desorientación entre quienes lo vivimos y experimentamos [...]. No hay una sola causa o una explicación lineal que sirva para atajar las crisis; no se ve un horizonte ni una solución que ofrezca garantías de estabilidad. Más bien al contrario: el mundo actual nos invita a asumir que la disruptión continua es el modo de estar en él. (Blom, 2023, p. 89)

A partir de las reflexiones propuestas por estos autores y la naturaleza de sus diagnósticos, comencé a desentrañar la enmarañada guerra en Ucrania. Sus respectivos desarrollos, sus entrelazamientos y retroalimentaciones serán analizados prolíjamente en los capítulos siguientes. En cuanto a la terminología que se empleará, se recurrirá al término *guerra* para señalar aquellas situaciones en las que existen bandos que se enfrentan. En los otros casos, he optado por hablar preferentemente de *conflictividades*, en la medida en que son situaciones de alta tensión, que inducen a formas agudas de competencia no del todo pacíficas, pero que por lo general no se encuentran directamente mediadas por la actuación de ejércitos o grupos armados.

Para que el lector se haga una adecuada idea de estas conflictividades y guerras, recuérdese que estas no surgen ni han surgido todas al mismo tiempo y tampoco en el mismo lugar. Algunas fueron ocasionadas por la invasión rusa de febrero del 2022, otras se retrotraen al 2014, cuando Moscú reconoció la independencia y se incorporó Crimea, pero hay otras que tienen un pasado mucho más extenso, pero que, por la dinámica de las cosas, la situación actual ha atraído a su órbita y ha dotado de nuevos elementos y nuevas significaciones. Por último, hay unas tensiones que se encuentran recién en proceso de formalización, pero que sin duda desempeñarán un papel fundamental en lo que queda del siglo XXI. Estas también tienen espacialidades diversas: algunas se encuentran en un territorio y por el momento están circunscritas a un determinado lugar; otras tienen dimensiones mayores y abarcan regiones y enlazan pueblos y continentes; se encuentran, por último, formas de conflictividad cuyo lugar se determinará en un futuro. Veremos, más adelante, las maneras como estas dinámicas se entrelazan y cómo algunas les dan significado a otras, y así sucesivamente. Es decir, estas conflictividades conforman un entramado, en el que cada una dispone de su forma de ser, tiene sus elongaciones y ritmos espaciales y temporales propios y en determinados puntos y momentos se entrelaza con las otras. Lo que sí se puede aventurar como un hecho es que no finalizarán todas al mismo tiempo. Más bien puede ocurrir que las formas territorializadas puedan ser detenidas con negociaciones de altos al fuego o de procesos de paz, pero sin duda que otras continuarán latentes, prolongando los contextos de crisis y tensiones en el mundo. En síntesis, estas diferentes formas de conflicto, cual terremoto, están sacudiendo las placas tectónicas de la historia del mundo. En un inicio, involucró la placa rusa y la europea, a la que rápidamente se le sumó la estadounidense y, hoy por hoy, vemos que sus reverberaciones han puesto en movimiento las placas de China, la del Indo-Pacífico, la del Medio Oriente y la africana. Mañana pueden afectar otras más.

Ahora bien, como la historia, incluida la presente, no se desarrolla de manera lineal, no es un proceso que se desenvuelva de manera uniforme, siempre se enfrenta a situaciones o circunstancias que chocan con sus lógicas tendenciales. La decisión de Putin de invadir un país vecino fue la primera señal que apuntó en la dirección de reconstitución de un mundo en el que primara la geopolítica de las grandes potencias. De manera perspicaz, el politólogo Jorge Heine sostenía que la Organización del Tratado Atlántico Norte (OTAN) se mantenía vigente más como una “solución en búsqueda de un problema” que como una respuesta a un desafío real. Supo eso sí aprovechar la oportunidad que le deparó Putin para convertir la invasión en un medio para acrecentar su influencia, protagonismo y poder (Heine, 2023, p. 56). De ese modo, el conflicto inauguró un nuevo frente.

Un nuevo paso en la misma dirección se produjo con la aprobación por parte de la OTAN del nuevo concepto estratégico que definió a Rusia como “la amenaza más significativa y directa” y a China como “reto”, distinción mucho más que semántica, ya que frente a la primera se han elaborado planes de acción mientras que frente a la segunda “todavía” no. Claro está que documentos recientes de la UE muestran que la actitud frente a China no es estática y que en esta medida podía empeorar cuando se contaba con la complacencia de Biden, pero que puede distensionarse por las fricciones que han surgido con la administración Trump. Con cierta arrogancia, en un documento del servicio exterior se consideraba que China para la UE puede ser un socio, un competidor o un rival y que ello dependerá de su comportamiento, particularmente en relación con Rusia y su invasión a Ucrania. Se reiteraba además que los Estados de la UE deben estar preparados para una “escalada potencialmente crítica en Taiwán”, lo que tendrá consecuencias inmensas a nivel global.

El desarrollo de este “concepto” en la OTAN y el que la UE empiece a ver a China como un rival, junto con las presiones de todo tipo para que prosiga el aumento del gasto militar, significan que se les está dando una mayor centralidad a los peligros y las tensiones interestatales, así como a las competencias entre las grandes potencias. El recrudecimiento de tensiones en el Asia-Pacífico, el “resurgimiento” del siempre presente conflicto palestino-israelí y la afirmación de alianzas por parte de las superpotencias en esas zonas incrementarán aún más el peso de lo geopolítico en el mundo. Los principales actores se esmeran por cortejar a África, “redescubrir América Latina”, ofrecer nuevas facilidades en el Medio Oriente y posicionarse en Asia, todo lo cual lleva a concluir que uno de los grandes choques tectónicos en el escenario actual se presenta en las tensiones que están ocasionando las tendencias globalizantes (fluidas, multiescalares) y las geopolíticas (estatales y nacionales). De cuál se imponga y la manera en que lo haga dependerá la suerte del mundo de cara al futuro.

La guerra en su dimensión civil

NO RESULTA FÁCIL definir la naturaleza de las acciones bélicas que se han desarrollado en suelo ucraniano desde el 2014, año en que Rusia se apoderó de Crimea y aparecieron las “repúblicas rebeldes” rusófilas en el Donbás. El Gobierno de Kiev siempre fue renuente a reconocer como interlocutores válidos a estos insurrectos. Este fue uno de los motivos que condujo a que el Gobierno de Kiev declinara la aceptación de los acuerdos de Minsk, que precisamente les daban el estatus de interlocutores. En esa misma línea, rehusó calificar este conflicto como una guerra civil, pues ello habría significado que lo que estaba en juego era el enfrentamiento entre “partidarios de distintos modelos de Estado”. El discurso predominante en Kiev prefirió poner el énfasis en que los choques militares no eran otra cosa que “parte de una guerra con Rusia en la que los separatistas actúan como peleles de Moscú y no deciden nada” (Bonet, 2023, p. 186). Esta interpretación del conflicto explica por qué la ofensiva iniciada en el 2014 para reconquistar los territorios rebeldes fue calificada como “operación antiterrorista”. Valga reconocer que en esos años los rebeldes del Donbás tampoco imaginaban el conflicto como una guerra civil, pues prevalecía la idea de que su lucha era contra una camarilla que había usurpado el poder en Kiev y había destronado al gobierno democráticamente elegido de Víktor Yanukóvich.

No obstante la prevalencia de estos discursos que embrollan el significado de lo ocurrido, este primer nivel de conflictividad es el más simple y obvio: está representado por los combates que se han librado en torno al Donbás, Crimea y algunas zonas aledañas, que comenzaron en el 2014 y que, con escaramuzas bastante irregulares, se han prolongado hasta la fecha. Cuando se produjo la invasión rusa de Ucrania, en febrero del 2022, este estrato de conflictividad adquirió mayor intensidad, se desnaturalizó y de manera progresiva se fue entremezclando con otras dinámicas bélicas, particularmente con el conflicto binacional entre Rusia y Ucrania. Decimos que este primer estrato es el más simple y evidente en la medida en que alude a los enfrentamientos bélicos que

se presentan entre fuerzas sociales y políticas dentro de un mismo Estado, que, para el caso, no es otro que el ucraniano.

Unas glosas sobre el escalamiento de lo civil a lo internacional

Si bien este capítulo está dedicado fundamentalmente al conflicto que se libra dentro de los territorios de Ucrania, la verdad es que esta dimensión nunca ha constituido una variable totalmente independiente, pues ha sido característico que el conflicto traspasara su epicentro de origen. Desde una perspectiva espacial, el escalamiento del conflicto en estos largos tres años (desde el inicio de la invasión del 2022) confirma su transformación, lo que corrobora la rapidez con la que se desfiguró el “conflicto civil” al romperse su territorialidad de origen y que a la vez se ha traducido en la participación de nuevos actores. En tal sentido, la distinción analítica que se ofrece en este texto constituye un recurso expositivo para dar cuenta de los distintos *estratos* de conflictividad que concurren en esta guerra, pero es evidente e indiscutible que el entrecruzamiento de todos ellos es una realidad. El conflicto no puede ser interpretado como un desarrollo de menos a más, de lo simple a lo complejo. En verdad, las presiones externas han sido fuerzas actuantes permanentes por lo menos desde el 2014. Moscú, incluso cuando ha hecho la vista gorda, ha sido un actor siempre presente. Lo mismo ocurre con los aliados de Ucrania. La financiación, la interoperabilidad de sus fuerzas militares con la OTAN y el adiestramiento de las tropas especiales fueron actuaciones encaminadas a un escenario de recrudescimiento de las tensiones. No está de más recordar a varios primeros ministros británicos que se vanagloriaban del rol de su país en el adiestramiento de más de sesenta mil soldados ucranianos desde el 2014.

Pueden distinguirse tres momentos en el escalamiento de la internacionalización de las acciones bélicas desde la invasión del 2022. Al igual que venía ocurriendo desde el 2014, durante el 2022 y gran parte del 2023 el territorio controlado por el Gobierno ucraniano fue el escenario principal de los combates. Poco a poco se fueron conociendo casos de ataques aéreos contra objetivos militares rusos por fuera de este perímetro inicial. Los primeros ocurrieron en Crimea, es decir, en aquella parte de Ucrania ocupada y anexionada por los rusos desde el 2014. Claramente los ucranianos consideraban estas incursiones acciones legítimas para expulsar las fuerzas ocupantes de una región que auténticamente les pertenece porque en el momento de la desintegración de la Unión Soviética en 1991 la península era parte constitutiva de su territorio y así fue reconocido internacionalmente, incluso por la dirigencia rusa de aquel entonces. Entre las actuaciones militares más sonadas se encuentra la explosión de una bomba en el puente sobre el estrecho de Kersh, inaugurado en mayo del

2018, que constituía en ese momento la única comunicación directa entre la Rusia continental y Crimea. A este evento se sumaron varios ataques episódicos a zonas militares rusas en la península durante el verano del 2022.

Una fase nueva se inició con los bombardeos a aeródromos situados en Rusia lejos de la frontera, el 25 de abril del 2023 cuando Rusia empezó a recibir golpes en su territorio. Ocurrió con el bombardeo de dos depósitos de petróleo cerca de Briansk, más o menos a cien kilómetros de la frontera que separa ambos Estados. Al principio las incursiones fueron espaciadas, pero con el paso de los meses aumentaron su frecuencia e intensidad. Los ataques más distantes de la frontera se presentaron el 28 de febrero del 2023, cuando un dron provocó el cierre del espacio aéreo en San Petersburgo y otro vehículo no tripulado cayó en la aldea de Gubastovo, no lejos de Moscú. En mayo del 2023, en las vísperas de la celebración del día de la victoria, explotaron dos drones sobre el Kremlin y un tercero cayó más o menos a cien kilómetros de Moscú. En marzo del 2023 se tomó control de ciertos edificios en la región de Briansk y el 22 de mayo se presentó un primer golpe fuerte con la toma de las localidades de Glotovo, Kosinka y Gora-Podol en la región de Belgorod. La información disponible deja entrever que estas acciones fueron realizadas por opositores rusos con el apoyo de fuerzas ucranianas.

No obstante estas acciones, hasta septiembre del 2023 el centro de los ataques por “fuera” de Ucrania se localizó en Crimea, pero con el paso del tiempo los bombardeos fueron ganando en intensidad y en extensión geográfica. Se contabilizan bombardeos a más de mil kilómetros de la frontera, y se sumaron ciertos objetivos industriales y energéticos a las infraestructuras militares; incluso recibió impactos una nave rusa en el puerto de Kaliningrado. Todos estos ataques se realizaron con drones bomba de producción propia. No siempre los aliados se sintieron a gusto con estos embates, por ejemplo, mucha preocupación causó en Washington que se atacaran las instalaciones petroleras rusas por el impacto negativo que esto podía tener en los precios internacionales de los hidrocarburos. El Gobierno de Kiev hizo oídos sordos a estos reclamos y no ha detenido estos bombardeos.

Como resultado del avance de las fuerzas rusas en el segundo trimestre del 2024 en las zonas de Donetsk y Zaporiyia y la seguidilla de bombardeos a la ciudad de Járkov y sus alrededores, el presidente Zelenski apostó por involucrar de manera más decidida a los aliados occidentales a su causa, lo que llevó a una nueva fase. La ofensiva rusa y la débil resistencia ucraniana a las fuerzas de ocupación llevaron a que se tomara conciencia en Kiev de que, si continuaban las cosas así, no solo se alejaba la posibilidad de recuperar los territorios que estaban en manos de los rusos, sino que se corría el riesgo de que la frontera del invasor se siguiera expandiendo en detrimento de Kiev. En otros términos, se tomó conciencia de que una participación militar y logística más decidida de los países

aliados podía servir para contener a Rusia, pero no para sellar su derrota. Por eso era necesario ir mucho más allá del mero apoyo defensivo. Cuando la invasión ha cumplido sus tres primeros años, la apuesta ucraniana se resume en lograr una internacionalización plena del conflicto, es decir, que la OTAN se convierta en parte constitutiva de la defensa de Ucrania o de la guerra misma. Es decir, el restablecimiento de la soberanía de Ucrania depende de una actuación decidida de sus aliados occidentales en la contención de Rusia. Hoy por hoy, es un hecho que Ucrania por sí sola simplemente no puede ganar esta batalla desigual.

Este convencimiento explica la utilización de todo tipo de recursos y estrategias por parte de las autoridades de Kiev para correr de manera decidida la línea roja que sus aliados han puesto en el apoyo que están dispuestos a dar. La estrategia ha dado sus frutos: lo que en un comienzo era impensable, ha terminado por normalizarse. Después de muchos tira y afloja, Ucrania ha recibido tanques cada vez más potentes, obtuvo la promesa de aviones militares tecnológicamente más sofisticados y una gama más amplia de misiles de largo alcance, entre otros. En cuanto a la narrativa de la guerra, en un comienzo las esperanzas se depositaron en este poderoso arsenal. Se partía del supuesto de que era tan superior al enemigo, que con su presencia y actuación la correlación de fuerza cambiaría inmediatamente en favor del país agredido. Sin embargo, en los hechos nada de esto ha ocurrido: las fuerzas rusas han proseguido su lento y sistemático avance y su capacidad de fuego ha ido en ascenso, tanto en el plano cuantitativo como cualitativo. Incluso los famosos carros armados Abrams en abril del 2024 fueron retirados de las zonas del frente por su escasa capacidad operativa. Por desgracia para Kiev, el armamento importado no produjo ningún milagro.

Un momento importante en este proceso de internacionalización de las acciones bélicas se produjo el 17 de octubre del 2024 cuando Washington, después de grandes vacilaciones, decidió enviar los primeros misiles ATACMS de alcance medio, los cuales inmediatamente fueron empleados por el ejército ucraniano para bombardear bases e instalaciones rusas en suelo propio.

La toma de conciencia de esta difícil situación llevó a las autoridades ucranianas a elevar el nivel de exigencia y compromiso de sus aliados. Sus pretensiones se focalizan en producir un salto cualitativo. En primer lugar, pidieron que los países de la OTAN —particularmente Polonia y Rumania— lanzaran misiles desde sus propios territorios para derribar los misiles rusos, acción táctica similar a la que ha ocurrido en el mar Negro donde drones británicos y estadounidenses han ejercido una vigilancia permanente y han transmitido información militar sensible a los ucranianos, lo que explica en parte muchos de los reveses que ha experimentado la flota rusa. Sin duda, esta iniciativa ha caído en oídos sordos porque ello significaría llevar el conflicto a un nuevo estadio de confrontación directa de la OTAN con Rusia.

Enseguida, se planteó un nuevo reclamo: que los miembros de la OTAN colaboraran en la creación de un escudo de interceptación de misiles rusos —similar al observado en Israel cuando este fue atacado por drones iraníes y que contó con el concurso de algunos países vecinos y aliados— para proteger las ciudades ucranianas. Este requerimiento, al igual que el anterior, tampoco ha resultado factible porque daría lugar al escalamiento del conflicto por todo el continente, con consecuencias inimaginables. Considero que estas peticiones —que a hoy parecen irrealizables— son muy importantes, en la medida en que son una clara demostración de que la guerra convencional de contención de Rusia ha encontrado unos límites que impiden la posibilidad de que Ucrania pueda recuperar los territorios ocupados. Subir un nuevo peldaño en la contienda no resulta descabellado, sobre todo cuando los aliados siguen insistiendo en que el apoyo a Ucrania se mantendrá hasta un final victorioso. Para ello sería necesario cruzar la última línea roja.

Ahora bien, algunas de estas peticiones han encontrado eco en ciertos aliados de Ucrania, entre ellos algunos Estados europeos —Estonia, Francia, Reino Unido— que han comprado la idea de enviar batallones a la retaguardia ucraniana para formar reclutas y para liberar de tareas a soldados ucranianos con el fin de que puedan ir al frente a combatir a los rusos. Incluso se ha hablado de instalar fuerzas europeas de interposición en la línea que actualmente separa a Rusia de Ucrania. Ha sido también importante la decisión de las autoridades de Francia, Alemania, Reino Unido y Estados Unidos de permitir el uso de misiles de largo alcance para atacar objetivos en Rusia. Aunque persisten ciertas limitaciones, como el alcance y los lugares del territorio ruso que pueden ser atacados, el escenario bélico —real o potencial— se ha ampliado considerablemente.

El pasado 21 de noviembre, en respuesta al uso por parte de Ucrania de misiles de largo alcance autorizados por Estados Unidos contra el territorio ruso, Moscú lanzó su nuevo misil hipersónico *Oreshnik*, con carga convencional, no nuclear, contra una fábrica de armamento en el centro de Ucrania. Este misil es un arma muy potente, difícil de interceptar. Incluso voceros del ejército alemán han reconocido que ellos tampoco tendrían manera de detenerlos o destruirlos.

Así, es menester reconocer que Zelenski ha logrado empujar a los países occidentales a un involucramiento mayor en su guerra con Rusia. Han sido reiterados los señalamientos y las acusaciones por parte de los dirigentes ucranianos para que se aumente el compromiso y el apoyo de sus aliados occidentales. Raro es el día en que el presidente ucraniano no se pronuncia exigiendo armamento más sofisticado o mayor apoyo financiero por parte de los aliados. La mayoría de sus insistencias han terminado siendo exitosas y sus peticiones satisfechas, con lo cual la vara no ha parado de subir.

Como era de esperarse, Putin ha reaccionado blandiendo la amenaza nuclear. Mucho se especula sobre si Putin se atreverá o no a traspasar esta línea roja, aunque las modificaciones introducidas a la doctrina del uso del arma nuclear por parte de Rusia dejan abierta la posibilidad de su utilización contra países agresores que carezcan de este tipo de armamento. A ciencia cierta, nadie lo sabe. Sin embargo, realmente la situación está muy caliente, porque a finales de mayo del 2024 Ucrania destruyó dos importantes radares del sistema ruso de defensa nuclear, lo que abrió un boquerón en la capacidad de respuesta a un ataque externo. Quizá no sea una exageración decir que, por momentos, Ucrania ha cruzado el Rubicón. *Alea iacta est.* Nunca antes había estado el mundo tan cerca de un choque directo entre varias de las cinco principales potencias nucleares. Por el momento, la cordura ha prevalecido, pero no hay garantías de que las cosas se mantendrán siempre iguales.

Otro frente en este escalamiento del conflicto por parte de Ucrania ha sido la ofensiva lanzada el 6 de agosto del 2024 a las cinco y media de la mañana de invadir el *óblast* de Kursk (se encuentra a quinientos kilómetros de Moscú), lo que ha significado la primera penetración efectiva de tropas foráneas en territorio ruso desde la Segunda Guerra Mundial. En su mejor momento llegaron a ocupar una zona con un radio de más de mil kilómetros cuadrados, pero a finales del 2024 ya el territorio ocupado se había reducido a menos de la mitad. El 2025 se inició con la presión militar ucraniana de abrir un segundo frente en Kursk, pero este fue rápidamente contenido por las fuerzas rusas. En la primera quincena de marzo del 2025, aprovechando que el Gobierno de Donald Trump había suspendido el apoyo de inteligencia a Ucrania y que esto privó a los soldados ucranianos de información sobre la localización del enemigo, el ejército ruso lanzó una gran ofensiva y prácticamente recuperó casi la totalidad de la región de Kursk ocupada.

Desde esa fecha en adelante mucho se ha especulado sobre las razones que llevaron a la dirigencia ucraniana a invadir el territorio ruso. Las más usuales han sido que los rusos experimenten en carne propia los padecimientos de los ucranianos, con presencia militar foránea y bombardeos permanentes; demostrar la falta de preparación del ejército ruso, incapaz de defender su territorio, con el consiguiente debilitamiento del apoyo de la población rusa al régimen; obligar al Kremlin a trasladar divisiones del frente del Donbás, donde los rusos desde hace meses avanzan lenta pero inexorablemente; mostrar el enorme potencial de fuego del ejército ucraniano y su capacidad para propinar duros golpes a los invasores, a pesar de las especulaciones permanentes que reiteran sus debilidades para frenar a los rusos; obligar a Moscú a sentarse a negociar en términos impuestos por Kiev; por último, convencer a los aliados de que autoricen el uso de material militar occidental para atacar a Rusia en profundidad y elevar así el compromiso militar de estos países

para producir un giro radical a la guerra. A pocas semanas de iniciada esta invasión, los resultados no han sido los esperados y la información disponible sugiere un repliegue de los ocupantes ucranianos junto con grandes pérdidas de territorio en el Dombás y el persistente rechazo de sus aliados más poderosos a que se utilice material militar occidental para atacar en profundidad.

Esta breve reflexión que acabamos de realizar sobre el vértigo y el modo en que ha transmutado el conflicto permite dejar en claro que el examen que realizaremos a continuación, consistente en precisar los diferentes niveles de conflictividad, constituye un ejercicio analítico que arroja luces sobre los rasgos específicos que cada uno de ellos comporta. Su utilidad radica en que una vez que se conocen sus causas y desencadenantes resulta más fácil determinar cuáles pueden ser los mecanismos y las acciones para desarticular un determinado nivel de conflicto. Sin embargo, somos plenamente conscientes de que en los hechos estos ambientes hostiles se encuentran fuertemente entrelazados los unos con los otros. La compenetración aporta niveles inéditos de complejidad a la solución global porque la alternativa propuesta para un nivel no se reproduce de modo automático en los otros, que responden a las intenciones de otros actores e intereses.

La contienda en su epicentro

De entrada, quiero confesar que me he sentido inclinado a sugerir como título de este capítulo la expresión *guerra ucranio-ucraniana* para designar esta contienda que ha tenido un carácter moderadamente civil en Ucrania. No me gusta la denominación *guerra civil* por ser un término plano y muy convencional que da poca cuenta de la naturaleza de este conflicto. El castellano permite el juego de palabras entre *ucranio* y *ucraniano*, dada la existencia de ambas expresiones, aunque por su mayor carga histórica prevalezca la segunda. Sin que haya ningún consenso al respecto, me he sentido inclinado a pensar que *ucranio* y *ucrania* son términos nuevos que hoy podrían utilizarse para designar a las personas pertenecientes al Estado ucraniano y a todo lo relacionado con ese país, sea en el plano de la cultura, la política, la economía, la sociedad, los imaginarios, la memoria, pero no a la lengua a la que se le sigue llamando *ucraniana*. En alguna medida, hablar de ucranio sería aludir a algo nuevo, algo que se encuentra en proceso de conformación. A partir de esta premisa, ucraniano y ucraniana asumirían una connotación muy distinta, dado que han sido las formas usuales de designación en la época rusa y soviética, y son los vocablos usados en la lengua de Pushkin. Por *ucraniano*, por lo tanto, podría entenderse las personas, las cosas, los fenómenos de este país y aquello que mantiene una determinada relación con Rusia, su política, su historia, su

cultura. Me gusta imaginar esta distinción lexicográfica porque permite comprender las sutilezas de las diferencias de comunidad que existe en dicho país.

En lo que sigue no mantendré esta distinción y hablaré preferentemente de ucraniano; sin embargo, dejo flotando la idea de que, a través de este juego de palabras, típica actividad de la que gustamos los académicos, podría comprenderse mejor aquello que desde fuera se imagina como un característico enfrentamiento entre dos comunidades desemejantes. Algo similar ocurre con la designación de ciudades y lugares geográficos: cada vez se usa más la transcripción fonética desde el ucraniano (*v. gr.*, Járkiv), pero por tradición en castellano se sigue utilizando la pronunciación del ruso (Járkov).

Ciertos hechos históricos nos dan una clara ilustración de la complejidad del problema. Cuando se celebró en 1991 el referendo para la independencia de Ucrania, los ucranianos más rusificados, así como los más occidentalizados, votaron a favor. Todos respaldaban una causa común. Y no deja de sorprenderme que, incluso hoy, al encontrarme en Europa occidental y central con ucranianos cuya lengua madre es el ruso, estos no vacilan en afirmar que su nacionalidad es ucraniana. Precisamente la complejidad de Ucrania radica en que está compuesta por habitantes con itinerarios históricos variados, con representaciones distintas de lo que suponen Ucrania y Rusia para ellos.

Esta “hendidura” obedece a que la Ucrania que nació en 1991 está poblada por habitantes con historias y caminos muy, pero muy distintos. Así, por ejemplo, mientras que los habitantes de Járkov, ubicada en la parte oriental, mantuvieron una historia entrelazada con Rusia desde 1533, Leópolis, ubicada cerca de Polonia, tuvo una historia compartida con Moscú a partir de 1944 y que perduró solo hasta 1991. Mientras que para estos últimos lo ruso es algo ajeno, distante, que se asocia con vocablos tales como *oriente*, *sometimiento* y *violencia*, para los primeros constituye parte sustancial de su “ser nacional”. A ello cabe añadir que la relación de la parte más occidental con Rusia comporta un pasado trágico, porque esta historia de “unión” fue producto de la incorporación a la fuerza por parte de la Unión Soviética al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Un impacto negativo no menor tuvo el hecho de que cientos de miles de ucranianos occidentales fueron deportados al este al terminar el conflicto bélico con la acusación de haber colaborado con los alemanes.

Desde el punto de vista de la organización social, encontramos que Ucrania responde a cánones que guardan semejanzas con el histórico que acabamos de esbozar. En su más reciente publicación, Emmanuel Todd distingue la existencia de tres posibles Ucracias: una occidental, rural por excelencia, “de marcada familia nuclear, estructurada por tradiciones religiosas greco-católicas (los uniatis), hogar tradicional de un nacionalismo en torno a Leópolis”; una Ucrania central, en torno a Kiev, de religión ortodoxa, “de familia nuclear acompañada de un débil parentesco patrilineal, de temperamento

individualista, que nunca logró engendrar un Estado”; por último, la región del sur y sureste, rusófila, cuyas clases medias desertaron y hoy son zonas que están ocupadas por el ejército ruso (Todd, 2024, p. 100). En cuanto a esta última, cabe señalar que este despoblamiento de ucranianos rusófilos en estas regiones ha obedecido a una marcada emigración a Rusia. De acuerdo con datos de octubre del 2023, Rusia era el país que había recibido el contingente mayor de migración de ucranianos: dos millones ochocientos mil personas (“El mapa de los refugiados”, 2023).

Vemos que cuando se acerca la mirada para estudiar la guerra en sus detalles, se observa que el asunto es bastante más complejo de lo que parece a primera vista. ¿En qué radican las dificultades? Es bien sabido que una guerra civil consiste en el enfrentamiento de personas del mismo lugar que defienden posiciones diametralmente opuestas. Pero ¿cuál es la población de estas zonas de beligerancia? ¿Quiénes son? ¿Qué objetivos persiguen? Digamos de entrada tres cosas. La primera es que, si bien en el pasado hubo numerosos momentos de fuertes tensiones entre rusos y ucranianos, no tiene sentido buscar las explicaciones del conflicto actual en factores históricos. En realidad, la situación actual ha sido el producto de una serie de situaciones y acontecimientos que se han venido desarrollando principalmente durante el siglo XXI y que se aceleraron después de los sucesos del 2013 y el 2014, representados en las protestas de “Euromaidán”, la desposesión y posterior huida del presidente Víktor Yanukóvich del país, la anexión de Crimea por parte de Rusia, la atracción ejercida por Europa en general y las actividades emprendidas por Estados Unidos. La segunda es que resulta muy difícil definir qué representan o qué son los rusos, dificultad que como vemos también ocurre en el caso de los ucranianos. Como bien ha enseñado Andreas Kappeler el término *ruso* tiende a ser equívoco. Era imposible definir a las personas como ciudadanos rusos, “porque hubo que esperar a la caída de la URSS para que emergiera una ciudadanía de los rusos (*rossián*), distinta de los rusos étnicos (*russki*)”. Antes, era común que se pusiera bajo la denominación de rusos tanto a los ciudadanos ucranianos de “nacionalidad [étnica] rusa como a otros ciudadanos de habla rusa”. La “nacionalidad”, que se heredaba de los padres era una categoría oficial en la época soviética y aparecía en la cédula de identidad (pasaporte), pero no dependía de categorías tales como la lengua materna o la lengua de uso frecuente. En los albores de la Ucrania independiente, los ucranianos étnicos representaban el 78 % de la población total, en condiciones en las que más de la mitad de la ciudadanía utilizaba preferentemente el ruso como lengua cotidiana. El Estado independiente concedió la ciudadanía ucraniana a todas las personas residentes en el territorio y el ucraniano fue proclamado la única lengua oficial, se otorgaron además ciertas garantías a las minorías lingüísticas (Kappeler, 2022, pp. 246-247).

El tema de la lengua ha permanecido siempre activo y ha sido objeto de enconadas disputas hasta el presente. En tiempos recientes, el 19 de mayo del 2022, el presidente Zelenski firmó un decreto que establecía la prohibición de utilizar el ruso en todas las esferas de la vida pública y se reiteraba que la única lengua oficial era el ucraniano, lo cual le generó problemas con sus vecinos húngaros y rumanos, debido a que en Ucrania viven importantes minorías de estos dos pueblos. Kiev se vio en la necesidad de corregir su postura al respecto porque la UE le exigió defender los derechos de las minorías si quería avanzar en su candidatura como miembro de la Unión. Por ello, se ha tolerado cierto espacio de actuación de lenguas de grupos minoritarios, lo que no sucede con la lengua rusa. Como veíamos, también resulta difícil definir lo “ucraniano” porque las experiencias y los referentes históricos de la población actual del país son muy distintos entre las regiones.

Por último, solo cierta retórica política ha supuesto la existencia de un pueblo del Donbás, principal escenario de la “guerra civil” a partir del 2014, que se habría rebelado en contra de las autoridades de Kiev. En el momento de desintegración de la Unión Soviética, poco más de once millones de rusos étnicos vivían en Ucrania, lo que representaba el 22 % del total de la población del país. Para el censo del 2001, su número había descendido a poco más de ocho millones, es decir, al 17 %. La mayoría de estos rusos estaban concentrados en el este y en el sur. Andrew Wilson, en su libro *The Ukrainians: Unexpected Nation* ofrece los siguientes datos: en el 2014 el 12 % de la población ucraniana se sentía parte del “mundo ruso”, cifra que aumentaba entre el 24 y el 33 % en las provincias orientales de Donetsk y Lugansk (Wilson, 2015). El periodista Cristian Segura complementa estos datos cuando recuerda que en el 2022 una de las instituciones de sondeos más importantes de Ucrania, Rating, constataba que el porcentaje de ucranianos que se consideraban rusos había descendido del 12 al 8%, aunque en las regiones del este la cifra se mantenía en el 23 %. Es de destacar en el estudio que el número de personas que se consideraban ante todo ciudadanos de Ucrania subió del 75 al 98% en los primeros seis meses después de la invasión (Segura, 2022b).

Es decir, la presencia de los rusos en la región del Donbás era fuerte, pero en ninguno de los *óblast* fueron mayoritarios salvo en algunos pequeños centros urbanos de poca significación. También vale la pena recordar que, en contravía de las creencias y los discursos usuales, ni los rusos ni los ucranianos son oriundos del Donbás. Ambos son poblaciones migrantes que arribaron a esta región durante el imperio zarista y la Unión Soviética, por lo general movilizados por el centro o por la búsqueda de oportunidades económicas.

Más bien se observa que a lo largo del siglo XXI, la identidad en el país ha sido *fluida*, con algunas zonas de predominio de ucranianos y otras de rusos. La actitud frente a la federalización de estas zonas sirve de indicador para

entender hacia dónde se decantaba la población. Antes del estallido del conflicto en el 2014, un tercio de la población se mostraba favorable a una federación con Rusia o a la idea de una federalización de estas regiones dentro de Ucrania, otro tercio anhelaba una integración con Rusia y el último tercio se decantaba por mantener el *statu quo*. No cambian las cosas cuando la mirada se posa en la creación de las “repúblicas populares” de Donetsk y Lugansk en el 2014, porque ello ocurrió en medio de un vacío de poder y no estuvo mediado por una “sublevación popular”. Las fuerzas más activas provenían de pequeños pueblos y aldeas y se nutrían además de rusos que cruzaban la frontera para venir en socorro de sus “sufridos hermanos”. La toma de control de esta parte de Ucrania por bandas criminales disfrazadas de “fuerzas de autodefensa del pueblo” dio lugar a que a muchas personas les confiscaran sus bienes y su dinero, lo que muchas veces ocurría mediante torturas y humillaciones (Mithojin, 2023).

Visto el asunto desde otro ángulo, Francisco Veiga ofrece una sencilla y rápida clasificación de las corrientes que se encontraban en el Donbás en la primavera del 2014. Entre ellas destacaban las facciones federalistas, los panrusos y la ultraderecha eurasianista o neoeurasianista. Los primeros representaban los remanentes del régimen político del desaparecido Yanukóvich y los restos del otrora poderoso Partido de las Regiones. Los panrusos eran conservadores, con fuertes vínculos con poderosos oligarcas y muy relacionados con el anterior aparato de poder en la zona, y se declaraban en favor de la secesión del Donbás y su integración en la “madre Rusia”. Por último, se encontraban los neoeurasianistas, cuya ideología era muy cercana a otro círculo predominante en Moscú. Esta es una extraña amalgama de elementos del pasado soviético con otros del imperio zarista, con ideas extraídas de pensadores de la década de los veinte del siglo xx, actualizadas por el ideólogo Aleksander Dugin,

el gran teórico del moderno ultranacionalismo ruso, que establece, entre otros principios, que Rusia es una civilización en sí misma, síntesis con carácter propio de Europa y Asia. Y como tal, su historia y destino están llamados a permanecer durante siglos, lo que supone que el periodo soviético no ha sido sino una etapa, grandiosa pero más bien corta; una más entre otras pasadas y las que vendrán. (Veiga, 2022, p. 179)

Como vemos, estas corrientes corresponden con determinadas facciones predominantes en Moscú. Incluso el mismo Putin usa indiscriminadamente y de manera bastante ecléctica este conjunto de ideas nacionales. A veces se inclina hacia las ideas de eurasianistas, tesis que resultan muy pertinentes para

justificar “el control ruso de un supuesto espacio imperial”. En otras ocasiones se sirve de la idea de la gran nación rusa para fundamentar un “Estado eslavo oriental”. Por último, a veces aboga por apoyar “la anexión a la Gran Rusia de enclaves histórica o étnicamente rusos”. Ahora bien, es indiscutible que fue la anexión de Crimea lo que “hizo del imperialismo y del nacionalismo elementos clave y la fuerza motriz de la política exterior rusa” (Plokhy, 2023, p. 173).

Si la descripción de la composición poblacional en la región del Donbás resulta confusa, no se corre con mejor suerte cuando se analiza el caso de la península de Crimea. En la península no hay un pueblo que hoy pueda ser considerado autóctono. El que más se acerca, aunque también con muchas reservas, es el de los tártaros, grupo de origen turco, que dispuso de un Estado propio en la región a partir de 1441 (el Kanato de Crimea) y retuvo el control hasta 1783, cuando finalmente Crimea pasó a formar parte del Imperio ruso. Quizás la situación que mejor se aproxima a la realidad histórica parte de considerar que, a lo largo de los siglos, Crimea fue conformado como un mosaico de nacionalidades, compuesto de griegos, italianos, armenios, judíos, gitanos, alemanes, rusos y ucranianos. En el 2014, es decir, unos momentos antes de la anexión por parte de Rusia, los principales grupos poblacionales eran los rusos con un 68 %, los ucranianos con el 15,5 %, los tártaros con el 12,5 %. El predominio que alcanzaron los rusos fue producto de migraciones, dada la importancia de la región para el régimen zarista, gracias a que, entre otras cosas, ahí estaban localizadas las bases principales de la flota del mar Negro. En ello también intervino la contracción de la población tártara, que ocurrió como resultado de la deportación estalinista y la permanencia de restricciones al “retorno”, impuestas durante el resto de la historia soviética, lo que constituyó el principal obstáculo para el regreso de los tártaros a sus lugares de origen, situación que solo comenzó a cambiar lentamente luego de la llegada de Mijaíl Gorbachov al poder en la segunda década de los ochenta del siglo pasado.

Las posiciones radicales y polarizadas incrementaron durante los meses que van desde la suspensión del acuerdo de asociación con la UE (el 23 de noviembre del 2013), las masivas y persistentes manifestaciones y la ocupación de Maidán hasta la destitución (22 de febrero del 2014) y posterior huida de Yanukóvich de Ucrania. Durante estos meses se encendieron las chispas de la guerra civil y se profundizó la *falla geohistórica* que dividía el país. Ahora, los factores desencadenantes de las tensiones que han desgarrado Ucrania desde el 2014 en adelante siguen siendo motivo de grandes polémicas. Una opinión ampliamente difundida por los principales medios noticiosos en el mundo, y repetida hasta la saciedad por las élites dirigentes de los principales países, interpreta la radicalización de las posiciones contestatarias como una respuesta ciudadana a la suspensión del acuerdo con la UE, un rechazo a la influencia del Kremlin en el Gobierno ucraniano y la respuesta al ejercicio de una desmedida violencia

contra los manifestantes que se oponían al Gobierno. Esto habría envalentonado a la ciudadanía y la habría conducido a tomar control de sitios clave, poner en jaque al Gobierno y suscitar la huida del presidente.

Los ocupantes de la plaza Maidán —más conocida en esos momentos como Euromaidán, en alusión a la intención de sus manifestantes de suscribir el acuerdo con la UE— experimentaron un acelerado proceso de radicalización, sobre todo luego de que ciertos enfrentamientos de grupos de extrema derecha con las fuerzas del orden se saldaran con un nutrido grupo de manifestantes muertos. Cabe recordar que de inmediato los protestantes recibieron apoyo y solidaridad por parte de varios gobiernos de la UE y de Estados Unidos.

Hoy en día la literatura especializada ha mostrado una faceta muy distinta de los sucesos. El académico Ivan Katchanovski (2023) ha sintetizado el asunto de la siguiente manera: los videos sincronizados, los testimonios de varios centenares de testigos, las confesiones de catorce personas que dicen pertenecer a los grupos de francotiradores del Maidán y las localizaciones de los agujeros de bala muestran que tanto la policía como los manifestantes fueron masacrados por francotiradores del Maidán situados en edificios y zonas controladas por el propio movimiento. El análisis del contenido de los videos sincronizados reveló que la hora y la dirección concretas de los disparos de la Berkut (la fuerza policial antidisturbios), acusada de la masacre, no coinciden con el momento en el que fueron asesinados los manifestantes concretos. Esto lo corroboran los testimonios de todos los manifestantes heridos, así como de un centenar de testigos, y los exámenes forenses realizados por expertos en balística y medicina para el juicio e investigación de la masacre de Maidán. El autor demuestra que la masacre de falsa bandera fue racionalmente organizada y llevada a cabo con la participación de elementos oligárquicos y de extrema derecha de la oposición en Maidán para derrocar al Gobierno de Ucrania.

La destitución de Yanukóvich, que por cierto fue llevada a cabo por medio de un procedimiento no muy legal, fue de manera inmediata reconocida internacionalmente, y así, con el fin de contrarrestar los ofrecimientos financieros que Putin le había hecho al anterior mandatario, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, instituciones que poco antes habían negado el apoyo financiero, dispusieron de inmediato de importantes créditos para Ucrania. La documentación existente es concluyente además en el inmenso papel que algunos gobiernos, funcionarios extranjeros y organizaciones no gubernamentales desempeñaron en apoyo a los sectores sociales y políticos en rebeldía.

Reconocer estos hechos no significa en ningún caso aceptar que los sucesos de Euromaidán fueran el producto de un complot internacional, tal como han argumentado los dirigentes rusos actuales y ciertos “filoputinistas” en todo el mundo. Euromaidán fue más bien una amplia y radicalizada movilización social y política que recibió atención y apoyo internacional. Fue un hecho que

también dejó perplejos y en la mayor de las incertidumbres a otros tantos ucranianos. Francisco Veiga, sobre el particular, concluye:

En aquellos días de derrumbamiento y zozobra en las regiones rusófonas de Ucrania era fácil tener pesadillas con estas cuestiones. Y no podía por menos de inquietar la rapidez con la que Washington y Bruselas habían reconocido a los nuevos poderes en Kiev, sin considerar ni por un momento negociar los acuerdos firmados el 21 de febrero —¿por qué no ofrecer a Yanukóvich garantías de seguridad personal para sacarlos adelante, refrendados por unas elecciones?— que hubieran aportado tranquilidad a todo el país. Por el contrario, las altisonantes declaraciones de Martin Schulz, presidente del Parlamento Europeo, o Štefan Füle, comisario europeo para la Ampliación y Política Europea de Vecindad, o incluso de la misma Catherine Ashton, alta representante de la UE para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, exudaban eurotriunfalismo. No parecían querer percatarse de que una buena porción de Ucrania tenía miedo de lo que podía pasar a continuación, que ni mucho menos todo el país había estado implicado a favor del Euromaidán y que toda esa alegre verborrhea podía estar abriendo las puertas del infierno de la guerra civil en plena Europa, como de hecho estaba sucediendo ya. De forma similar a como ya había sucedido en las cinco guerras de la desintegración de Yugoslavia. Por lo visto, ya lo habían olvidado. (Veiga, 2022, p. 147)

En este sentido, no solo en Euromaidán las fuerzas antigubernamentales se radicalizaron, lo mismo ocurrió entre los partidarios del gobierno depuesto, los cuales se concentraban principalmente en las regiones este y sureste. Ahora bien, la respuesta inmediata más contundente a la explosión social en Kiev y a la destitución de Víktor Yanukóvich, acontecimiento que en varias regiones fue interpretado como un golpe de Estado, fue la intervención rusa con la anexión de la península de Crimea. A la par de las maniobras que se llevaron a cabo en la península para cambiar de dueño en Crimea, en el este y el sureste se fue desarrollando sigilosamente otro proceso paralelo en reacción a Maidán y a la intromisión occidental en Ucrania: la radicalización de sectores de la población civil que además de manifestarse en contra del Gobierno de Kiev fueron, con el correr de las semanas, derivando en importantes plataformas de acción. En la Odesa, un nutrido grupo de manifestantes salió a las calles el 2 de mayo en protesta contra el “golpe de Maidán” y fueron atacados por hordas de ultranacionalistas que los empujaron hacia la casa de los sindicatos, donde buscaron refugio. Los ultras prendieron fuego al edificio, lo que se saldó con la muerte de 42 personas, 32 de las cuales perecieron quemadas vivas.

El 11 de mayo se celebraron los referendos por la independencia en las auto-proclamadas repúblicas de Donetsk y Lugansk, que se saldaron con una victoria del 79 y 86 % respectivamente. Algo similar, pero con resultados menos concluyentes, ocurrió en la región de Járkov, debido a que no se alcanzó el *quorum* necesario, aun cuando más del 60 % votó a favor de la separación de Ucrania. Kiev no vaciló en enviar sus fuerzas con la intención de retomar el control, con lo cual la suerte en esta crucial región quedó echada.

Para situar históricamente las tensiones entre ucranianos y rusos en las zonas en disputa, conviene recordar que hubo pulsiones soberanistas en el Donbás y en Crimea antes del crucial 2014. En fecha tan temprana como mayo de 1992, es decir, solo cinco meses después de desaparecida la Unión Soviética, el Consejo Supremo de Crimea proclamó la República de Crimea como Estado soberano, propuso convocar un referendo para agosto de ese mismo año e incluso elaboró un proyecto de constitución para cuando la región fuera independiente. Aunque ninguna de estas iniciativas prosperó por presiones del gobierno central, sí muestran que hubo antecedentes de crispación de las relaciones. Dos años después, en 1994, la administración de Crimea instituyó el cargo de presidente de la república y en dichas elecciones triunfó un separatista prorruso.

En ese mismo año, en los *óblast* de Donetsk y Lugansk se produjeron situaciones similares. Se imprimieron papeletas para celebrar un referendo con el fin de exigir un estatus especial para el idioma ruso e instituir en el país una administración federal, se planteó además la exigencia de integración plena de Ucrania en la Comunidad de Estados Independientes (CEI), lo que implicaba una mayor cercanía con Rusia. Diez años después, como respuesta a los sucesos conocidos como la “Revolución Naranja”, el 28 de noviembre del 2004, se llevó a cabo una reunión que pasó a la historia como el Congreso de Severodonetsk, por la ciudad donde tuvo lugar. Asistieron alrededor de tres mil quinientos delegados de diecisiete regiones del este y del centro de Ucrania y de Crimea, entre los cuales había 159 diputados de la Rada Suprema (Parlamento) de Ucrania. Para ejercer contrapeso a la influencia en aumento que estaban alcanzando las regiones occidentales, se resolvió salir en defensa de los derechos de los ciudadanos del este, se esgrimió la posibilidad de crear una República Autónoma del Sureste de Ucrania y celebrar un referendo para que la población emitiera su voto sobre la condición de las repúblicas independientes de estas regiones dentro de una federación ucraniana. La represión y el encarcelamiento de sus principales voceros frenó por completo estas iniciativas. Estos hechos muestran, sin embargo, que “los llamamientos a la federalización y la autonomía del este de Ucrania y de Crimea, así como las exigencias de reforzar los vínculos tradicionales con Rusia, han sido un factor permanente en la política ucraniana” (Felshtinsky y Stanchev, 2022, p. 150).

Es decir, están equivocados quienes desconocen la existencia de una rebeldía identitaria en estas regiones. Este fue un asunto muy sensible para vastos sectores de la población, mucho antes de que Vladímir Putin fustigara con sus proclamas y reivindicaciones (Veiga, 2022, pp. 157 y 161).

Pero en el 2014, después de que Rusia anexó Crimea en calidad de sujeto de la Federación y de que se organizaron las milicias separatistas en Donetsk y Lugansk, fue cuando la situación tensa derivó en una guerra civil, conflicto en el que unos actores presionaban por la federalización o la independencia, mientras que el Gobierno buscaba la manera de traer de vuelta al orden estas regiones discolas. Entre el 2014 y el 2021, el conflicto costó la vida a más de 14 000 personas, de las cuales se calcula que 4400 fueron combatientes ucranianos, 6500 separatistas y 3400 civiles.

La mayor intensidad del conflicto ocurrió durante el primer año de la guerra (mediados del 2014 a mediados del 2015). Durante esta fase, Moscú tuvo una participación distante y de bajo perfil: no disponía de una estrategia planificada de acción y fue renuente a reconocer oficialmente a estas “repúblicas”. Claro está que se hizo el de la vista gorda cuando voluntarios rusos cruzaban la frontera para sumarse a las fuerzas rebeldes. Sus participaciones más directas se produjeron cuando dispuso del envío de sistemas defensivos a los rebeldes para contrarrestar los ataques de las fuerzas gubernamentales, cuando propició el desplazamiento de unidades de “veteranos” combatientes de chechenos y abjasios al Donbás y cuando llevó a cabo el traslado de oficiales rusos “voluntarios” para que asumieran puestos de mando de las fuerzas rebeldes (Galeotti, 2022, p. 254).

Hasta el 2022, Moscú se abstuvo de reconocer oficialmente a las “repúblicas rebeldes”, pues su estrategia se concentraba en que se aplicaran las disposiciones de los Acuerdos de Minsk I y II que ofrecían un papel relevante para Rusia en Ucrania en su calidad de “mediador”, entrañaban un reconocimiento *de facto* por parte de Kiev de las autoridades de las “repúblicas rebeldes” y de rebote servían de freno a las veleidades de su vecino por intensificar los vínculos con la OTAN.

Como ocurre muchas veces cuando se producen declaraciones u opiniones de connotados personajes que siembran dudas o suspicacias sobre eventos en torno a los cuales parecen haberse construido unas “verdades oficiales”, los medios de comunicación son esquivos en su cobertura para que el silencio los recubra. Así parece haber ocurrido con unas recientes declaraciones de la antigua canciller alemana Angela Merkel, quien volvió a agitar las aguas sobre las intenciones de las partes frente a los acuerdos de Minsk. Siempre quedará la duda de si la finalidad de Angela Merkel fue tratar de ocultar su apoyo y aval a la Rusia de Putin en las negociaciones del 2015 o si realmente tenía unas intenciones distintas de las que pregonaba públicamente. En estas declaraciones

sostuvo que las negociaciones, en lugar de conducir a que cesara la guerra y se produjera la paz, debían servir para preparar al agredido para la guerra:

Los acuerdos de Minsk sirvieron para darle tiempo a Ucrania [...], tiempo que ha empleado para reforzarse, tal como podemos ver hoy en día [...]. Dudo fuertemente que a la época la OTAN haya estado en grado de ayudar a Ucrania como lo ha hecho hoy. Era obvio para todos nosotros que el conflicto habría quedado congelado, que el problema no se habría resuelto, pero esto le dio un tiempo precioso a Ucrania.
(Nava, 2022)

Estas palabras resultan reveladoras porque, a excepción de Rusia y de los líderes de las repúblicas rebeldes, el “resto” no obtenía ninguna ganancia con los acuerdos. Sabemos también que estas negociaciones flaqueaban porque no contaban con el decidido apoyo de tres actores con fuerte gravitación en Europa centroriental y que además disponían de capacidades para modificar la correlación de fuerza en Ucrania, a saber: Estados Unidos, el Reino Unido y Polonia.

En efecto, durante la presidencia de Petró Poroshenko (2014-2019) se llevó a cabo un fortalecimiento de las fuerzas armadas ucranianas y del complejo militar-industrial. Cabe recordar que cuando se desintegró la Unión Soviética, en Ucrania quedó aproximadamente el 15 % de la industria militar soviética y que el país contaba con fábricas tan importantes como las de blindados (Malíshev en Járkov), los astilleros de Mikolayiv, la fábrica Pivdenne de producción de misiles intercontinentales, la fábrica de aviones Antónov y la fábrica de motores Sich en Zaporozhie. Además, se mejoraron los salarios y las prestaciones, se diseñó una nueva política de defensa que contemplaba un gasto militar del 3 % del PIB y se introdujeron reformas para aproximar el ejército ucraniano a los estándares de la OTAN. Así, en el momento de la invasión del 2022, el ejército se encontraba relativamente bien preparado. El “tiempo ganado” resultó ser fundamental, lo que también demostró que en el 2015 se optó por abrir un paréntesis de tiempo, que en algún momento tendría que cerrarse, probablemente con una reanudación de las hostilidades.

Las estadísticas ucranianas señalan que, para inicios del 2019, 350 000 ucranianos habían participado en los combates en el Donbás durante los cinco años anteriores. La debilidad del ejército ucraniano, tal como fue manifiesto cuando Rusia se anexó Crimea sin encontrar mayor oposición, condujo a que la resistencia en el Donbás reposara fundamentalmente en tropas irregulares, compuestas por voluntarios que se organizaban en milicias y que muchas veces actuaban bajo el patrocinio y el financiamiento de algún oligarca local. El historiador Marc Galeotti recuerda que, durante los primeros meses del conflicto,

el peso de los combates recayó fundamentalmente en estas milicias progubernamentales. Estas organizaciones eran de distinto género: algunas estaban conformadas por voluntarios de autodefensa, como el Batallón Donbás; otras constituían contingentes privados de poderosos oligarcas ucranianos,

mientras que algunas de las milicias más controvertidas procedían de movimientos políticos, como los neonazis del Batallón Azov. Esta unidad fue una de las más efectivas durante los primeros compases de la guerra, aunque sus combatientes han arrastrado desde entonces acusaciones de crímenes de guerra y supremacismo blanco (que llevaron al Congreso estadounidense a estipular que el Azov no podía recibir ayuda militar estadounidense destinada a Ucrania). (Galeotti, 2022, p. 250)

Apenas en junio del 2024, las autoridades estadounidenses levantaron las restricciones impuestas sobre este batallón. Según el mencionado historiador, la ciudad de Rostov del Don, capital de la región rusa de Rostov, una importante ciudad portuaria y gran nudo de comunicaciones terrestres, se convirtió en la base logística de la guerra no declarada de Moscú. Allí se reunía el material y se enviaba como apoyo a los rebeldes, se concentraba, entrenaba y armaba a los voluntarios y mercenarios para ser enviados a las “repúblicas”, y también sesionaba la Dirección General de Inteligencia (GRU, de acuerdo con la sigla rusa). Según el fiscal jefe de las fuerzas armadas ucranianas, alrededor de cinco mil policías y tres mil soldados se habrían unido a los rebeldes.

La naturaleza de estos combatientes y la imposibilidad del Estado para controlar “el perfil social de los participantes” comportaba el riesgo de uso descontrolado de la violencia. Varios informes de organizaciones de defensa de los derechos humanos contenían informaciones de casos de secuestros, asesinatos y de violencia contra la población civil cometida por estos batallones (Colin Lebedev, 2022b, p. 172).

Con el paso del tiempo, el ejército nacional les ofreció a estos destacamentos armados ucranianos de voluntarios la posibilidad de convertirse en tropas regulares y convencionales integradas dentro de la estructura militar nacional. Gran parte de estas milicias se acogieron a esta oferta y se integraron a la nueva Guardia Nacional. Esta decisión tuvo como consecuencia que muchos de estos milicianos, sobre todo aquellos vinculados a los movimientos más nacionalistas, llevaran a las filas del ejército un espíritu patriótico y nacionalista muy marcado, que además se ha caracterizado por un claro rechazo de todo lo que representaba lo ruso.

Algo lejanamente similar ocurrió con los rebeldes prorrusos del Donbás. El mayor compromiso de Rusia se produjo en logística, armas y personal

profesional, y poco a poco se fueron incorporando extraoficialmente estos grupos dentro de un esquema que se encontraba bajo la dirección de oficiales provenientes de Rusia. Con estas transformaciones en Ucrania y el Donbás, la guerra civil comenzó a perder su cariz primigenio y evolucionó hacia un esquema de guerra de tipo más convencional.

Lo “civil” ha sobrevivido sobre todo a lo largo de la actuación de grupos de partisanos en la retaguardia del enemigo, que entregan información a los servicios de inteligencia, brindan coordenadas de ubicaciones de unidades militares o políticas rusas, informan de las rutas a través de las cuales llegan las armas, organizan redes de resistencia y ponen bombas.

Los partisanos y su encaje con la inteligencia ucraniana a través de plataformas de mensajes de móvil encriptados, unidos a las armas de precisión proporcionadas a Ucrania por sus aliados occidentales, fueron “cruciales” para expulsar a las tropas de Putin de Jerson, dice Oleksandr Samiolenko, jefe del consejo regional de Jerson, que asegura que la información proporcionada por la resistencia ayudó a las fuerzas ucranianas a atacar un hotel lleno de oficiales de inteligencia rusos, una reunión importante de las autoridades títere de Moscú y otros puntos. (Sahuquillo, 2023)

Si sustraemos las actuaciones partisanas, se puede sostener que con el paso de los meses el carácter “civil” de la guerra se ha ido desdibujando casi por completo y no es exagerado decir que quizá prácticamente ha desaparecido. Sin embargo, e independientemente de cuál sea el final de la guerra, es posible imaginar que habrá actuaciones “civiles” por un tiempo más, sobre todo con acciones clandestinas y de sabotaje.

La guerra interestatal o binacional

DESDE UN COMIENZO, el presidente ruso, Vladímir Putin sostuvo que la “operación militar especial” en Ucrania consistía en “ayudar a la gente del Donbás”. La intervención, iniciada el 24 de febrero del 2022, se llevó a cabo desde tres frentes: el sur, es decir, desde Crimea hacia el norte, el noreste en dirección de Járkov y del norte hacia Kiev. Estos ataques fueron acciones militares bastante convencionales. La justificación inmediata era colaborar con los separatistas prorrusos de la zona oriental de Ucrania, que estaban siendo violentados por el régimen, aunque a veces los propósitos se volvían bastante confusos. Así ocurría cuando se argumentaba en favor de la necesidad de acabar con el “régimen nazi”, o cuando se consideraba a Ucrania como parte del “territorio histórico de Rusia”, o cuando se hablaba de que con la “operación” “Rusia estaba defendiendo su hogar” o que su actuación era netamente defensiva porque “el propósito de Occidente es arrebatar a Rusia los territorios históricos que hoy se llaman Ucrania”.

Resulta interesante señalar que el título que recibió esta acción armada (*la operación militar especial*) no debe considerarse mera propaganda o cinismo del ocupante del Kremlin, sino que era lo que realmente imaginaban que pasaría una vez sus tropas ingresaran en el vecino país: se depondría el régimen, se impondría un gobierno amigo, se neutralizaría al ejército ucraniano y se doblegarían los posibles focos de resistencia. La “operación” debía ser llamativa para que se representara como una exitosa empresa: debía además ser fulminante, finalizada poco después de su inicio. Sin embargo, el tiro del Kremlin no dio en el blanco: Volodímir Zelenski se mantuvo en el poder, el ejército ucraniano hizo oídos sordos a los llamados rusos de dar un golpe de Estado y la resistencia civil desafió cualquier previsión inicial, pues millares de ucranianos salieron en defensa de su patria en peligro. La “operación especial” se terminó convirtiendo entonces en una vulgar invasión y supuso el inicio de una conflagración entre dos Estados: el invasor y el invadido.

La “operación especial” a la larga le ha pasado una enorme factura al régimen de Moscú, porque ha creado una actitud distanciada de la población

frente al conflicto, debido a que una “operación” es un asunto “quirúrgico” que realizan técnicos o expertos, o un “espectáculo” que puede ser observado desde lejos, que no compete a los individuos de a pie. Más tarde, cuando se vio la necesidad de hacer el llamado a un reclutamiento masivo por la intensificación de la resistencia, las autoridades no encontraban manera de justificar la decisión, porque seguía siendo una “operación” y la patria no estaba en peligro. Además, en lugar de la amada bandera y del escudo nacional, se usó una anormal Z como símbolo convocante. No fue extraño que el desconcierto condujera a que fueran cientos de miles los que trataron por todos los medios de huir del país para evitar ser reclutados.

Qué diferencia con Ucrania, donde la población sintió la *guerra* en su misma piel, con bombardeos que a diario le recordaban el peligro inminente. El ciudadano común, con ahínco y tesón, salió en defensa de su nación, portando una bandera celeste y amarillo que enarbóló junto con la azul de las doce estrellas para reiterar el compromiso con Europa. Bruno Latour recordaba que este es un conflicto tan extraño que los únicos que hablan sin tapujos de la guerra son los mismos ucranianos (Latour, 2023, p. 219). Los rusos no pueden porque son castigados por el régimen y en un comienzo los occidentales tampoco porque temían que se interpretara que estaban en guerra con Rusia, lo que a toda costa pretendían evitar. Esta anomalía dificultó la consecución de la paz, porque si no hay conciencia de un estado de beligerancia, no hay manera de propiciar unas condiciones mínimas para la paz. Solo hacia el tercer año de la guerra el discurso comenzó a cambiar y cada vez es más frecuente encontrar a líderes europeos hablar llanamente de que se encuentran en estado de guerra con Rusia, tal como se observa en cualquier alocución de la alta representante de la UE para Asuntos Exteriores, Kaya Kallas.

Hoy por hoy, para responder a la pregunta de cuáles fueron los móviles que llevaron a Putin a lanzar su intervención militar se pueden ofrecer más elementos de juicio que los que se tenían hace tres años. Un rápido repaso de la literatura especializada muestra la existencia de varias tesis sobre el inicio de esta guerra. Retomaremos el análisis de Carlos Taibó quien las organizó en torno a cuatro argumentos principales. El primero imaginaba que Rusia se debatía en medio de una crisis económica y social y que la “operación” debía servir para paliar el descontento social y recuperar la confianza de la población en las autoridades. La tesis resulta bastante débil porque la situación económica de Rusia en esos años no era tan mala, las sanciones internacionales impuestas luego de la anexión de Crimea habían logrado ser contenidas, algunos sectores económicos (v. gr., el agrícola) habían experimentado una impresionante recuperación y los niveles de aprobación del gobierno por parte de la población eran más que satisfactorios. Sobre este último punto, un simple dato es concluyente: de acuerdo con información del centro ruso independiente

Levada, en una encuesta realizada entre el 24 y el 30 de marzo del 2022, es decir, poco después de iniciada la invasión, el 83 % de los entrevistados aprobaba las acciones del presidente.

Las cosas solo comenzaron a cambiar al año del inicio de la intervención militar. La mayor parte de la población ha mantenido el apoyo a las operaciones militares, pero los desafectos comienzan a ir en aumento y poco a poco se han vuelto más visibles. Según la encuestadora Russian Field, que se dedica a los estudios de *marketing* y a las encuestas de opinión, se constata la existencia de tres actitudes principales por parte de los ciudadanos. Los que están en favor de la guerra, que representan entre el 25 y el 37 % de los encuestados, se declaran partidarios de los objetivos militares; la mayoría son personas mayores y ciudadanos bien acomodados. Los partidarios de la paz están entre el 10 y el 36 %. Esta categoría agrupa a los jóvenes y a los pobres. Finalmente están los que tienen dificultad para responder. Son los que Grigori Yudin define como el tercer grupo, uno que intenta no seguir lo que está ocurriendo e ignorarlo; este representa a la inmensa mayoría (Yudin, 2023). Entre los partidarios de la guerra se encuentran los “turbopatriotas”, muy críticos del establecimiento militar. Este malestar ha llegado a los militares de trincheras, lo que ha llevado a que se presenten algunos casos de motines, desobediencias y fugas. La antropóloga rusa Alexandra Arjipova ha hablado de otra forma de protesta que ha denominado “la empatía como protesta”. Esta consiste en llevar flores y juguetes a lugares simbólicos en honor de los caídos en Ucrania. Hoy, vemos que poco a poco también en Rusia está cambiando la actitud hacia la guerra, lo que ha llevado a que de estas posiciones y conductas comiencen a emanar formas nuevas de leer el acontecer interno de Rusia (Sakhine y Smirnova, 2023).

Un trabajo cualitativo, construido a partir de conversaciones con personas en distintos lugares del país, ha podido confirmar otra disonancia entre las autoridades y la población: para el Kremlin, el nacionalismo es de naturaleza imperial, pues los rusos formarían una sola tierra y un solo pueblo con Ucrania, que además carecería de un verdadero Estado. La población rusa, en cambio, se identifica con el patriotismo, pero no se decanta por un lenguaje imperial. De ahí que se pregunten: ¿de qué sirven esos nuevos territorios? ¿De qué nos sirven las repúblicas populares de Donetsk o Lugansk? Hubiera sido mejor que Putin se concentrara en el desarrollo de la propia Rusia. ¿Por qué derrochamos cantidades absurdas de dinero en Mariúpol en lugar de gastarlo en Rusia? (Zhuravlyov, 2024).

El segundo argumento se inclina por las explicaciones psicológicas y personales. Se ha señalado frecuentemente que el jerarca ruso se habría vuelto loco, que sufriría de depresión aguda o que se debatiría en medio de una enfermedad terminal fulminante; Putin “habría sido víctima de un absceso imperial-militar, de tal suerte que habría decidido restaurar por las bravas un dominio franco

sobre Ucrania, mostrando al tiempo músculo delante de las potencias occidentales". Quienes así argumentan desconocen las complejidades que encierra el sistema de decisión en Rusia. Son numerosos los analistas y comentaristas que reiteran con gusto que la "verticalidad del poder" significa que en la cúspide se encuentra un autócrata que decide absolutamente todo y que el país oscila al vavén del humor del jerarca. Suponer que la invasión fue una decisión personal de Putin es desconocer los nudos de consenso en el pensamiento político que prevalecen entre buena parte de los miembros de la clase política rusa actual, entre estos sobresalen el nacionalismo, en sus diferentes versiones, la idea del *russki mir*, el eslavismo, el euroasiatismo y el ansiado liderazgo que genuinamente le debe corresponder a Rusia dentro del espacio soviético.

Es evidente que hoy en medio de esta guerra se ha difuminado una bruma que impide ver con claridad qué ocurre en la trastienda del poder ruso. Para ilustrar brevemente lo que quiero señalar, se puede recordar que Vladímir Putin, aquel maestro en sacar partido del debilitamiento de sus principales socios y contradictores, no ha podido hacer gala de su malabarismo, y que, tal como ocurrió durante la crisis del coronavirus, ha visto cómo se malograron sus expectativas. En el caso de la pandemia, ocurrió porque no tuvo capacidad para controlar la respuesta nacional a la crisis sanitaria. Esta quedó en manos de los gobernadores y alcaldes, lo que relegó al todopoderoso presidente a un lugar subalterno. Esta situación se tradujo en la aparición de líderes con una alta visibilidad, como, por ejemplo, el alcalde de la capital rusa, Sergey Sobyanin, quien dictaba los tiempos, las reglas y las normas de actuación para contener el virus y a veces, incluso, en contravía de las disposiciones de las autoridades centrales (Zafesova, 2020). En el contexto de la guerra se ha creado un sistema que recuerda una configuración de tipo medieval, con altos militares y civiles en funciones castrenses con relativos márgenes de autonomía (es decir, los antiguos nobles y boyardos) compitiendo por imponer sus puntos de vista y formas de organización y gestión para ganarse los favores del principal ocupante del Kremlin.

El tercero se centra en el deseo de Rusia de tomar control de las materias primas ucranianas. Es innegable la abundancia de recursos y minerales con los que cuenta la región del Donbás y el mar de Azov (hierro, uranio, manganeso y zirconio, litio, gas natural explotable vía *fracking*), pero olvidan quienes así argumentan que Rusia es "en términos brutos, el país más rico del planeta". Un dato adicional ha pasado prácticamente inadvertido: los bombardeos y sabotajes han sido constantes por parte de rusos y ucranianos, pero a la fecha no se han presentado ataques a los oleoductos y gasoductos rusos que transitan por Ucrania en dirección de Europa. Apenas a mediados de enero drones ucranianos atacaron una estación de compresión del gasoducto Turkstream. Eso muestra la existencia de un cierto nivel de connivencia de ambos bandos

en torno a los recursos. Solo a partir del 1.^º de enero del 2025 se cerraron los gasoductos que transportaban gas a través de Ucrania hacia Europa. Esta decisión fue tomada por Kiev a pesar de que ello le supuso el recrudescimiento de las tensiones con los Gobiernos de Eslovaquia y Hungría, dos de los países hacia donde aún transitaba el preciado producto.

Muy ilustrativo fue lo ocurrido con los proyectos Nord Stream 1 y 2, que el sabotaje finalmente inutilizó. Estos oleoductos despertaban la mayor de las animadversiones por parte de ucranianos, polacos, bálticos y estadounidenses, cada uno de ellos por razones muy particulares. Muchos europeos no querían que se incrementara el flujo de gas ruso a Alemania y que su costo fuera significativamente menor, pero sobre todo temían el riesgo de quedar privados del tránsito de estos recursos energéticos por los países del este, pues ello implicaría una pérdida de prestigio geoenergético y de suculentas tarifas por el derecho de tránsito. Hoy por hoy, se tienen nuevas informaciones de la voladura de estos gasoductos. Resultaba poco creíble la tesis de que los saboteadores fueran unos desconocidos disidentes ucranianos a bordo de Andrómeda, un yate alquilado de quince metros de largo, porque es sabido por parte de las agencias de seguridad que se requería de unos medios muy sofisticados para llevar a cabo el atentado. Una información muy sensible apuntó a que diferentes dependencias estadounidenses habrían estado detrás del ataque para impedir que Rusia pudiera utilizar el petróleo y el gas como armas políticas y sellar así la insoluble dependencia de Europa con Estados Unidos (Hersh, 2023). Es decir, lo más cercano entre la guerra y Rusia parece ser el interés de numerosos Estados por debilitar las armas energéticas con las que ha contado Rusia en su política exterior.

Ahora bien, la tesis de un atentado perpetrado por un grupo de ucranianos fue ganando fuerza desde la segunda mitad del 2024, en especial después de conocerse los avances de una investigación judicial alemana y la emisión por parte de la fiscalía alemana de una orden de detención de un ciudadano ucraniano (un buzo profesional) que vivía en Polonia. Con el paso de los días el asunto fue ganando aún mayor audiencia después de que medios internacionales, entre ellos el *Financial Times*, asegurara que Volodímir Zelenski estaba al tanto y habría autorizado la voladura de los oleoductos. Sin embargo, se redujo rápidamente la visibilidad de esta impresionante noticia, porque de ser cierta significaría que las autoridades de un gobierno no perteneciente a la OTAN habrían atacado la infraestructura de un Estado miembro, lo que resultaría muy comprometedor. Geert Wilders, líder del Partido por la Libertad neerlandés incluso llegó a plantear la necesidad de revisar el apoyo a Ucrania en caso de confirmarse la veracidad de la noticia. Hoy por hoy el asunto se ha enredado a tal punto que probablemente no tendremos ninguna confirmación de la verdadera autoría en el corto plazo.

Lo que sí ha resultado cierto, pero no desde el lado ruso, sino del estadounidense, es el interés que ha despertado la explotación de metales, minerales y tierras raras ucranianas por parte de empresas de la potencia del norte. Se debe reconocer que el mismo Zelenski en su plan de la victoria de octubre del 2024 preveía, entre otros asuntos, la explotación conjunta con los países aliados de los recursos naturales ucranianos. Para un presidente con mentalidad empresarial, como Donald Trump, esta propuesta fue atractiva, y así, una vez investido nuevamente como presidente, solicitó a través de su secretario del Tesoro la explotación de ciertos recursos naturales a cambio de mantener la ayuda estadounidense mientras se alcanzaba un acuerdo de paz. De esa manera se reembolsaría la ayuda prestada al país invadido que, en “las cuentas alegres” del mandatario estadounidense, ascendería a los quinientos mil millones de dólares. Lo que al parecer no han tenido en cuenta ni estadounidenses ni ucranianos es que la mitad de esas materias primas críticas se encuentran en zonas ocupadas por Rusia. Las negociaciones, sin embargo, siguen su curso (Méheut, 2025).

El cuarto se inscribe dentro de las abundantes teorías conspirativas y considera que Rusia cayó en una trampa que le puso Estados Unidos para desestabilizar el país y debilitar el oprobioso régimen de Vladímir Putin (Taibó, 2022, pp. 60-63). Dentro de esta misma línea argumental, el politólogo Alessandro Orsini ha considerado que el detonante de la invasión fue la decisión del Gobierno ucraniano de incluir en la Constitución una referencia a la adhesión a la OTAN: “En febrero de 2019, el presidente Petró Poroshenko firmó una enmienda constitucional que comprometía a Ucrania para que se convirtiera en miembro de la OTAN y de la Unión Europea” (Orsini, 2022, p. 54). Privilegiar el argumento OTAN, aunque contenga una importante cuota de verdad, tiene el problema de desconocer otros motivos que resultaban muy importantes para la clase política rusa, como la consagración de “la idea nacional rusa”, el fortalecimiento de la Unión Euroasiática y la culminación de un glacis en gran parte reconstruido en torno a Moscú, aunque no fuera en la totalidad del antiguo espacio soviético. Muy ciertas resultan las palabras de Martín Baña, cuando insiste en que entre los móviles de la invasión se encuentra “el intento ruso de conducir el reordenamiento de la hegemonía global a partir de nuevos valores y principios que se hallarían lejos del ‘Occidente decadente’ y que encontrarían salvaguarda en la tradición rusa” (Baña, 2024, p. 113).

Como marco general de análisis resulta muy válido el argumento de Paul D’Anieri, para quien las raíces del conflicto son muy profundas y son resistentes a “un simple cambio de política”, porque no son el resultado de errores de líderes a quienes se pueda culpar. Esperar a que Putin abandone el escenario en Rusia o a que la UE o los Estados Unidos adopten una política más acomodaticia no ocasionará la reconciliación. El retorno a la paz y la seguridad

exigirá un acuerdo sobre una nueva arquitectura de la seguridad en Europa. Recuerda el académico que tal arquitectura no pudo ser negociada ni siquiera cuando terminó la Guerra Fría y Rusia se estaba democratizando. Con una Rusia como la actual, un profundo antagonismo entre Oriente y Occidente y un conflicto en curso en Ucrania será muy difícil de producir esta paz (D'Anieri, 2019, p. 4).

Ahora bien, es un hecho que a la fecha subsiste una gran dificultad para entender o discernir los factores que se esconden detrás de esta guerra binacional. Con seguridad en ello interviene también el “efecto tercera persona”, aquella argumentación desarrollada por la historiadora belga Anne Morelli y que fue puesta a punto recientemente en relación con la guerra de Ucrania por la analista Inna Afinogénova. Este “efecto” presume la validez incuestionable de unos principios que actúan como enunciados propagandísticos de la guerra. En este decálogo elaborado por la periodista se encuentra una serie de sentencias que son repetidas a diario por rusos y ucranianos y reproducidas de modo permanente por los grandes medios de comunicación internacionales. No está de más señalar que los medios occidentales se alimentan de la desinformación producida por los gobiernos y las instituciones, tal como ha demostrado el confuso atentado al North Stream. Desde Moscú la opacidad es tanto más penosa. Es más, quizás nunca habíamos hecho frente a una guerra tan nutrida de falsedades. Todo esto en conjunto ha enrarecido aún más la atmósfera del entendimiento de cuáles son los factores que han propiciado este escenario de guerra.

En las siguientes líneas me abstendré de hacer una presentación detallada del “efecto” aplicado al caso ucraniano (para ello se puede consultar el video de la periodista), pero invito al lector a que reflexione sobre estos puntos y recuerde páginas o momentos de esta guerra o de cualquier otro conflicto en el que tales argumentos han sido frecuentes. Primero: “no queremos la guerra, solo nos estamos defendiendo”; segundo: “nuestro adversario es el único culpable”; tercero: “el líder adversario es malvado”; cuarto: “defendemos una causa noble sin intereses particulares”; quinto: “el enemigo comete atrocidades a propósito, en nuestro caso son errores”; sexto: “el enemigo utiliza armas prohibidas e ilegales”; séptimo: “sufrimos pequeñas pérdidas, las del enemigo son enormes”; octavo: “artistas e intelectuales de renombre apoyan nuestra causa”; noveno: “nosotros luchamos por una causa sagrada”; décimo: “quien arroja dudas sobre nuestra propaganda es un traidor” (Afinogénova, 2023b). Imagino que el ejercicio mental resultó de gran provecho para entender lo difícil que resulta analizar un conflicto en desarrollo cuando las opiniones están tan polarizadas y la información tan sesgada.

Lo que sí es indudable es que, con la anexión del 2014, Rusia ganó Crimea, pero con esa acción perdió irremediablemente a Ucrania, cuya población

desde ese momento con más ahínco ha procurado “apartarse” de Rusia (Gobert, 2024). Además de emprender varias acciones para acercar la institucionalidad ucraniana a los estándares occidentales, durante su presidencia Petró Poroshenko acometió grandes esfuerzos propagandísticos para darle contenido a la idea de la nación ucraniana, preparar al país para la “desrusificación” y para determinar el perfil que debía comportar el *Homo ukrainikus*, cuyos emblemas principales estaban contenidos en el ejército, la lengua y la fe. La consigna oficial estipulaba que “el ejército defiende la tierra ucraniana, la lengua es nuestro corazón y la Iglesia, nuestra alma”. Resulta curioso que este tríptico remembre los ecos de la “trinidad” de lo ruso compuesta de “la ortodoxia, la autocracia y el pueblo”. Según el propio Poroshenko, Ucrania ha construido un ejército preparado para el combate, ha devuelto a la Iglesia ortodoxa ucraniana el lugar que le corresponde en la ortodoxia mundial y ha reforzado el papel de la lengua ucraniana, todo lo cual conforma la fuerza y el éxito del pueblo ucraniano (Felshtinsky y Stanchev, 2022, p. 423). En cierta medida, esta preocupación por construir lo nacional determinó también las prioridades de la política interior y exterior del entonces presidente. Después de la anexión de Crimea las tres instituciones que sostienen la nueva identidad fueron objeto de profundas transformaciones.

De lo anterior se puede colegir que analizar este estrato de conflictividad binacional o interestatal solamente desde un plano militar resulta reduccionista, porque se omite un alto número de elementos que tienen y tendrán un papel crucial en la vida de estos pueblos. Independientemente del desenlace de la guerra interestatal, si Ucrania recupera sus territorios o si Rusia se anexa todo el Donbás, Zaporozhie, Jerson o cualquier resultado intermedio en relación con el dominio territorial, lo que sí es evidente desde ya es el divorcio total entre rusos y ucranianos tanto en los niveles personales y colectivos como nacionales e internacionales.

Desde otro ángulo, con la guerra resurgió el debate sobre el imperialismo ruso, que estaba relativamente olvidado. Dentro de esta línea de actuación se impugnó todo artefacto cultural ruso en el territorio ucraniano. El elemento novedoso fue que se sumó a los avances en materia de descomunización y de rechazo de lo soviético “una suerte de descolonización cultural que supuso que las producciones artísticas rusas del pasado y del presente, pasarán a ser cuestionadas, cuando no directamente canceladas” (Baña, 2024, p. 94). En noviembre del 2023 la Rada aprobó una ley que autorizaba el desmantelamiento de estatuas y monumentos de figuras rusas y soviéticas que complementaba una ley de abril del mismo año con la que se aprobó la descolonización de la toponimia.

Las autoridades rusas no se han quedado atrás y desplegaron inmensas campañas de rusificación de la población en las zonas ocupadas. El 23 de

marzo del 2023 la ministra de Cultura rusa, Olga Liubimova, sostuvo que “La prioridad absoluta para nosotros es todo aquello que afecte el desarrollo del sector cultural en las nuevas entidades constitutivas de la Federación Rusa”. Se abrirán bibliotecas, cada año se comprarán noventa mil libros para cada una de las nuevas regiones, se crearán salas de cine y museos, se llevarán a cabo giras de artistas, se trabajará en la formación de los maestros y se iniciará a los niños y jóvenes en la cultura rusa, programa que ha recibido la denominación de *Pushkin card*. Con este fin se invitará a los estudiantes a descubrir el patrimonio histórico cultural de Rusia y cada año diez mil niños serán llevados a Rusia para que conozcan sus grandes ciudades, el cosmódromo de Plesetsk, entre otros. Además de esta estrategia cultural, que ha sido acompañada de un sistema de propaganda abrumador, Moscú ha comenzado a entregar pasaportes rusos, otorgar pensiones a personas mayores y a los discapacitados, ha establecido la obligación de usar tarjetas SIM rusas, ha instaurado la censura digital para evitar el acceso a ciertas páginas indeseadas por las autoridades y desde el 1.^º de enero del 2023 impuso el rublo como única moneda “nacional”.

El presidente ucraniano Volodímir Zelenski resume a la perfección los efectos que ha tenido este ejercicio despiadado de ímpetu y propaganda, acompañado con no pocas dosis de violencia, cuando dice: “La propia Rusia está haciendo todo lo posible para que la desrusificación tenga lugar en el territorio de nuestro Estado [...] en apenas una sola generación y para siempre. He ahí otra manifestación de su política suicida” (Jomenki, 2023). Es decir, si uno de los principales objetivos declarados de Rusia era “proteger a la población de habla rusa”, para lo cual no se han escatimado ni siquiera los bombardeos aéreos y de artillería en regiones particularmente rusófonas de Ucrania, el resultado ha sido exactamente el opuesto. Si antes había algo brumoso que desvanecía en parte la distinción entre lo ruso y lo ucraniano, hoy en día la brecha es muy marcada y profunda. De acuerdo con datos de una encuesta de octubre del 2022, realizada por el Instituto Internacional de Sociología de Kiev, un 88 % de los encuestados declaró querer formar parte de la UE, frente a un 75 % del año 2021 y un 58 % en el 2018 (Segura, 2023).

Actualmente, a los ucranianos les resulta muy desagradable la figura de Pushkin, pero no tanto en lo que se refiere a su talante poético, sino a la instrumentalización que de él ha hecho el Kremlin convirtiéndolo en el portaestandarte del imperialismo ruso. Este uso propagandístico ayuda a explicar por qué muchas estatuas de Pushkin han sido blanco de la ira ciudadana en decenas de ciudades. Siguiendo sus pasos, numerosos escritores rusos han sido retirados de las bibliotecas y las librerías desestiman la exposición en sus vitrinas de obras de literatos rusos o escritas en lengua rusa. Por una de esas curiosidades de la historia, resulta que se proscriben escritores rusos, que, en gran parte han sido críticos, contestarios o perseguidos por los regímenes

zarista, soviético y ruso actual. Como con gran pesar escribe Mijaíl Shishkin: “La cultura fallece siempre que estalla una guerra” (Shishkin, 2022, p. 4).

Esto lo explicaba muy claramente el connotado escritor de *best sellers* Dmitry Glukhovsky, cuando señalaba que la mayor parte de los artistas que apoyan el régimen ruso son del teatro y del cine:

dos sectores financiados enteramente por el Estado. Los pocos que han osado protestar fueron señalados como objetivos en las primeras semanas de la operación militar especial. La literatura es más libre. Por esto Putin, tal como hacía Stalin, se preocupa tanto de los escritores. (Glukhovsky, 2023)

Es decir, solo en contadas ocasiones han sido la voz cantante del régimen. Nada de eso importa ahora, lo único que cuenta para que sean proscritos es el hecho de ser rusos.

Sin incluir las pérdidas ocasionadas por las destrucciones de sitios culturales en la región oriental, suroriental de Ucrania e incluso en Odesa y Leópolis, de acuerdo con datos de la Unesco, se han visto afectados por la guerra 254 sitios, entre los cuales se encuentran iglesias, museos, inmuebles con valor histórico o artístico, bibliotecas y archivos. Otro tipo de afecciones son productos de los saqueos y del robo de millares de piezas de arte y archivos.

Todo esto lleva a que los ucranianos interpreten con razón estas indignas actuaciones del invasor como medios para negar la cultura e identidad ucranianas. La reacción contraria es entendible, aunque no sea coherente ni justificable porque replica los mismos procedimientos del invasor: cada vez es mayor y más vehementemente el rechazo a todo lo ruso, lo cual no solo se puede ver en el cambio de nombre de las calles de ruso a ucraniano, sino también en el derribo de estatuas de personajes rusos, en la sustitución de la literatura rusa por la nativa y en la relectura bastante manipulada y sectaria del pasado, el cual es presentado como el oprobio de una historia colonialista e imperialista de Rusia sobre Ucrania, así como en el rechazo visceral de todo lo que represente lo ruso, incluida la lengua. El acecho a lo ruso no quedó confinado a las fronteras nacionales. El 6 de diciembre del 2022 el Ministerio de Cultura de Ucrania hacía un llamamiento a los países europeos para que suspendieran la ejecución de obras de Chaikovski y de otros clásicos rusos, así como cualquier colaboración con artistas y escritores rusos vivos (Travaglio, 2024, p. 161). En este sentido, ha sido traumática la situación de aquellas personas que tuvieron que salir de las zonas rusófonas del este de Ucrania, pues han sido despreciadas en ciudades como Leópolis, debido a que su lengua de comunicación ha sido y sigue siendo el ruso (Chastand, 2022). Todas estas medidas van a tener impactos duraderos en el plano lingüístico y cultural. No sobra recordar que

Ucrania ha sido uno de los pocos países a los cuales resulta perfectamente aplicable el calificativo de bilingüe, o trilingüe, si recordamos el *surzhyk*, aquella mezcla de ruso y ucraniano que se habla en varias regiones del sur y del este del país. El resultado, a la postre, no va a ser otro que un generalizado empobrecimiento lingüístico y cultural (Tournadre, 2022).

Las autoridades ucranianas, mientras buscan reconstruir los sitios históricos y culturales afectados por la guerra para enviar un mensaje de cohesión social, también trabajan en función de un “renacimiento”, recuperando artistas silenciados, muchas veces desconocidos o ignorados por ser parte de efímeros experimentos de estatalidad anteriores, y a la vez propician el reposicionamiento de autores emblemáticos del país como Taras Shevchenko. Internacionalmente se propaga la idea de “ucranizar” artistas que han estado identificados con lo ruso. Así, por ejemplo, se celebra que el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York rebautizara como ucranianos a unos pintores del siglo XIX, originalmente considerados como rusos en sus catálogos. Lo mismo aconteció en la National Gallery de Londres que en abril del 2022 decidió cambiar el nombre de la obra de Degas “Bailarinas rusas” por “Bailarinas ucranianas”, decisión que se tomó por sus trajes y por el azul y el amarillo que adornaban los cabellos de las mujeres retratadas (Mandraud, 2023). En otros frentes, la tarea no ha sido tan fácil. A un novelista como Gógol, nacido en Ucrania pero que escribía en ruso, ya no lo llaman por su nombre de pila (Nicolái), sino como “Mykola”, para asociarlo con una identidad cosaca, es decir, antecesora de los ucranianos. Más complicado ha resultado el caso de Mijaíl Bulgákov, a quien no se le reconoce como ucraniano, no obstante el hecho de haber nacido en Kiev, debido a la imagen que representa de la población nativa en su novela *La guardia blanca* (Mandraud, 2023).

De estos enfrentamientos tampoco han escapado la religión y la Iglesia, las cuales también se han visto envueltas en las tensiones y los conflictos entre las distintas comunidades de creyentes. También en este plano, el cisma entre Kiev y Moscú ha alcanzado una profundidad inimaginable. Las autoridades ucranianas se han centrado en la “afirmación de la independencia espiritual” del país y han plantado cara a la presencia de la Iglesia Ortodoxa de Ucrania del Patriarcado de Moscú, la cual tenía gran arraigo entre la población y controlaba a inicios de la invasión 12 400 parroquias, poco más del doble de las que se encontraban en manos de la Iglesia Ortodoxa de Ucrania del Patriarcado de Kiev. La independencia de la Iglesia de Kiev de la de Moscú fue un proceso que se consumó de modo reciente: cuando Bartolomé I, el patriarca de Constantinopla, quien coordina las iglesias ortodoxas en todo el mundo, aprobó la separación. Un alto porcentaje de los ucranianos han manifestado su apoyo al rompimiento de vínculos con Moscú, entre otras razones debido a la posición prorrusa que ha defendido el patriarca Kiril en lo que respecta a Ucrania y la invasión (Vega,

2022; Laruelle, 2024; Segura, 2024). En el fondo, con la prohibición de la Iglesia ortodoxa rusa y la adhesión obligada a la ucraniana se estableció la suspensión de la libertad de culto.

Nada de esto es blanco o negro, hay innumerables tonalidades intermedias. Sin duda se requerirá de tiempo para que se decante este inmenso tema identitario de pueblos en guerra militar, política, ideológica y cultural. En este sentido, resultan importantes las palabras de Anna Colin Lebedev, cuando recuerda que “la mirada rusa es la de un centro sobre su periferia”. Asume el derecho de “definir la gran cultura y las culturas periféricas, la lengua de la civilización y las lenguas subalternas, los grandes acontecimientos y las historias locales, los grandes hombres y los grandes traidores”. Recuerda igualmente la académica que hay que evitar caer en la caricatura “de esta lógica de dominación que se ejerció” de forma muy particular, acompañando a los movimientos de modernización y emancipación”, porque todas las sociedades que abarcaban el imperio y la Unión Soviética eran “espacios de hibridación. Lenguas, culturas, identificaciones, prácticas y valores se entrecruzaron, dando lugar a culturas urbanas particulares, a una cierta similitud visual del tejido arquitectónico y a un código cultural parcialmente compartido” (Colin Lebedev, 2022a).

Tampoco hay claridad plena sobre lo que el desarrollo de la guerra ha representado. Incluso hoy en día uno puede dudar de algunas aseveraciones que se volvieron usuales en los medios de comunicación. Así por ejemplo, en un primer momento, una de las más vistosas ofensivas rusas, compuesta por cientos de carros armados, se dirigió por carretera a Kiev para acabar con el “régimen nazi” que se encontraba en el poder. Transcurrido el primer mes, no se había logrado el cometido de tomar control de la capital, lo que llevó a que Moscú relocalizara los frentes, replegará sus fuerzas de Kiev y de las zonas aledañas y las reubicara en las zonas sureñas. En el libro que anteriormente dediqué a este tema describía de la siguiente manera la reorganización estratégica rusa: en los primeros cuarenta y cinco días de combates Rusia dispuso de tres planes, el primero de los cuales duró cinco días y radicó en el despliegue de las fuerzas especiales y de infantería ligera en dirección de la capital, era el “sueño de la guerra relámpago”. El segundo se prolongó por el mes de marzo y consistió en apoderarse de importantes centros urbanos en el norte, este y sur, para lo cual recurrió al empleo de blindados y a los bombardeos masivos. El tercero consistió en la concentración de tropas en el Donbás para extender el dominio sobre todo el litoral y privar a Ucrania de una salida al mar Negro. Los primeros setenta días habrían demostrado que el plan inicial que preveía la toma de Kiev sufrió un rotundo fracaso y lo mismo ocurrió con la estrategia de apoderarse de los grandes centros urbanos (Fazio, 2022, pp. 29-30).

Hoy en día, quizá, tengo una opinión un poco más matizada o escéptica, porque cada vez soy más consciente del peso y la capacidad de penetración que tiene un determinado “discurso oficial” o el “impacto de la primera noticia” que predomina en los principales medios de comunicación². Cualquier reconocimiento de un parte de victoria al invasor es tildado inmediatamente de “putinista” y a quien emita dicha opinión se le considera “marioneta del dictador ruso”. No dejo de reconocer la valentía del pueblo ucraniano, la resistencia ciudadana al invasor, la rápida capacidad de reacción de las fuerzas armadas ucranianas que, aunque mucho más débiles que las del invasor, supieron hacerle frente, el denodado apoyo de los países occidentales a Ucrania, la rapidez con que se impusieron sanciones a Rusia y la solidaridad fraternal que se le ha brindado al sufrido pueblo invadido, y, además, no puedo hacer otra cosa más que compartir el dolor que han tenido que padecer millones de ucranianos con esta guerra.

Pero podríamos preguntarnos: ¿será que las ofensivas a Kiev y Járkov no era más bien ataques de distracción para que la resistencia se concentrara en esos puntos, mientras las tropas rusas avanzaban sin grandes enfrentamientos en el frente sur? O ¿será que el repliegue de las fuerzas rusas quería mostrar una actitud conciliadora que sirviera para agilizar las negociaciones ruso-ucranianas que se estaban adelantando en Estambul con la intermediación del Gobierno de ese país a finales de marzo del 2022? De ser así, en lugar de una derrota, tan celebrada en los medios internacionales, ¿no será más bien que Rusia en ese momento les estaba doblando la mano a ucranianos y a la OTAN? A la mente se me viene un argumento presentado por el experto en temas rusos Richard Sakwa, quien años atrás dio a conocer la existencia de un documento ruso del 2014 que discurría sobre los planes de ese país para ocupar Ucrania, en él se hablaba fundamentalmente de las zonas sureñas. Recuerda igualmente el académico que Putin lamentaba que Járkov, Luhansk, Donetsk, Jerson, Mikolayiv y Odesa fueran entregadas a Ucrania por los bolcheviques, cuando eran ciudades eminentemente rusas (Sakwa, 2016, p. 153). Es decir, ocho años antes de la invasión ya era evidente que el interés principal de Moscú se centraba en “recuperar” las zonas sureñas de Ucrania.

Sobre el “impacto de la primera noticia”, esta guerra ha dejado una estela de señalamientos y acusaciones. Para ilustrarlo quiero recordar que el 6 de junio del 2023 se destruyó la presa de Nova Kayovka sobre el río Dniéper.

² Resulta muy revelador que Dozhd, un canal de televisión independiente, prohibido en Rusia por su posición frente a la guerra, fue vetado en Letonia, donde tenía una licencia de emisión por haber incluido la anexionada Crimea dentro de Rusia en un mapa y por el comentario de un presentador que expresó su deseo de mejorar las penurias que afrontan los rusos movilizados forzosamente en el frente (Cuesta, 2023a).

Inmediatamente Kiev y las agencias noticiosas occidentales acusaron a Rusia de terrorismo y en el imaginario ha quedado la idea de que los rusos la destruyeron para detener la contraofensiva ucraniana prevista para mediados del 2023. Pero uno puede preguntarse por qué los rusos querrían destruir una represa conquistada en los primeros días de la invasión. La rapidez con la que habían tomado este punto crucial obedecía ni más ni menos que al propósito de resolver y asegurar el agudo problema de abastecimiento de agua que tiene Crimea. Hoy han visto como ese vital líquido se les escabulle entre los dedos. En lo táctico quedaron anegadas las tierras donde tenían instaladas sus defensas y perdieron millares de bombas que quedaron a merced de las corrientes del río. ¿Son tan estúpidos los rusos? o ¿será que la verdad es muy distinta de aquella que se cuenta?

Traigo a colación estos asuntos porque, si miramos el conflicto desde estas incertidumbres, la estrategia rusa deja de ser una malograda improvisación para convertirse en una acción proporcionada, aunque a veces un poco errática, que se ha ajustado a los requerimientos del momento. Dejo flotando las dudas que deparan estas reflexiones, porque nadie tiene certezas concluyentes sobre estos asuntos. Como con acierto recordaba el politólogo Stephen Cohen citando a Walter Lippmann, “cuando todo el mundo piensa igual es que nadie está pensando” (Cohen, 2022, p. 212). Por lo tanto, se requerirá de tiempo para que se conozca con relativa certeza cómo se produjo esta guerra. Hoy por hoy, simplemente pueden aventurarse hipótesis.

Lo que sí es un hecho es que esta guerra pudo ser evitada antes de que estallara o al menos detenida al cabo de unas pocas semanas. En diciembre del 2021, la administración norteamericana hizo oídos sordos a la solicitud de Putin de renunciar a nuevas ampliaciones de la OTAN en la Europa central y oriental y retirar el material militar de la OTAN de los países que se encontraban en cercanía a Rusia. Es cierto que las peticiones rusas eran sobredimensionadas y planteaban modificar en profundidad la presencia de la OTAN en la Europa centroriental, pero podrían haber servido como material inicial para las discusiones o negociaciones. En las conversaciones previas a la invasión entre el secretario de Estado norteamericano, Anthony Blinken, y el ministro de Asuntos Exteriores de Rusia, Serguéi Lavrov, la Casa Blanca rechazo las exigencias rusas y particularmente que Ucrania no ingresara a la OTAN. La posición defendida por Washington era que Ucrania era un país soberano y que tenía derecho de elegir libremente su futuro³. Curiosamente estas exigencias rusas han sido reconocidas por la actual administración estadounidense

³ No deja de ser paradójico que en momentos en que se preparaba la cumbre de Vilnius de la OTAN, en junio del 2023, se discutieran figuras de seguridad para Ucrania que no comprometieran a la organización. ¿Por qué no se buscaron fórmulas similares quince meses antes?

en las negociaciones que se han celebrado con Rusia a mediados de febrero del 2025 en Arabia Saudí.

Nuevamente se perdió la oportunidad en las negociaciones entre Rusia y Ucrania celebradas en Turquía a finales de marzo del 2022, poco más de un mes después de iniciada la invasión. Según fuentes diplomáticas, se había llegado a un acuerdo en torno a Crimea dentro de Rusia y en relación con Luhansk y Donetsk, que serían considerados territorios autónomos dentro de Ucrania. La información sugiere que los representantes ucranianos se retiraron por presión de Estados Unidos y del Reino Unido. Sobre todo, este último insistió en una colaboración total hasta lograr la derrota de Rusia. Jake Johnson, citando al periódico *Ukraínskaya Pravda*, recuerda que el entonces primer ministro británico, Boris Johnson, aprovechó su visita sorpresa a Kiev para presionar al presidente Volodímir Zelenski para que rompiera las negociaciones con Rusia, incluso después de que ambos bandos parecían haber realizado grandes progresos para acordar el fin de las hostilidades (Ortega, 2023; Johnson, 2022; Charap y Radchenko, 2024). Por desgracia, el mandatario ucraniano se dejó llevar por los cantos de sirena y la guerra continuó su curso. Se sospecha, aunque no sea más que una conjetaura, que también pudo haber incidido en este radical cambio de actitud las “noticias de lo ocurrido en Bucha” que “pusieron fin a las negociaciones ruso-ucranianas” (Plokhy, 2023, p. 241).

Hay cierto consenso en la literatura militar de que la nueva fase que se inició el 1.^o de abril del 2022 se centró en el Donbás. Tres eran los principales objetivos: recuperar por completo el territorio de los antiguos *óblast* de Luhansk y Donetsk, destruir el máximo número posible de unidades de combate ucranianas, incluido su armamento, y continuar de forma sistemática e implacable con la destrucción de las infraestructuras y fábricas del vecino país, con lo que quedara de la industria militar —por ejemplo, en Járkov y Dnipro—, con las comunicaciones, las subestaciones eléctricas, los puentes y edificios administrativos (Veiga, 2022, p. 306). El inicio de esta nueva etapa se puede entender como la confirmación del fracaso de la ofensiva inicial, pues ya era evidente que sus objetivos iniciales eran irrealizables. A partir de este momento, el Gobierno de Estados Unidos decidió comprometerse más decididamente con el envío de armas más sofisticadas a Ucrania para detener a los rusos e infligirles grandes daños. Con este armamento moderno, junto con el entrenamiento de las fuerzas armadas ucranianas, el conflicto mandó al museo de la historia el anterior imaginario de la guerra como “resistencia popular” compuesta por voluntarios. La guerra se libraba entre dos ejércitos bien armados, uno de los cuales tenía detrás de sí a más de treinta países que le suministraban la logística, los recursos, la formación del capital humano, entre otros. Precisamente por esto, esta es una guerra distinta de cualquier guerra anterior.

En septiembre del 2022 se inició otra nueva fase en la contienda que consistió en el repliegue de las unidades militares rusas de Járkov con el propósito de fortalecer sus posiciones en el sur. Meses después, en noviembre, sus fuerzas se retiraron de la ciudad Jerson, con el fin de concentrarse en la zona oriental del río Dniéper, que podía ser blindada para resistir las amenazas de la ofensiva militar ucraniana que cada vez contaba con un apoyo de armamento más moderno proveniente de los países de la OTAN. Curiosamente, este repliegue se produjo en regiones que recientemente el Gobierno ruso había declarado parte constitutiva de su país. Una vez más se observa que la improvisación llegaba hasta las altas esferas del poder.

En dichas zonas Rusia levantó kilómetros y kilómetros de fortificaciones para hacer frente a una eventual contraofensiva ucraniana. El reforzamiento ruso de su línea de frente fue acompañado además de un “acorazamiento” de los cielos en la Ucrania ocupada. El subcomandante de la Fuerza Aeroespacial del Ejército ruso, Andréi Demin, informó de que, en esas zonas de la Federación Rusa cercanas a la Ucrania ocupada, “se duplicó el número de unidades equipadas con sistemas de misiles antiaéreos de medio y largo alcance (S-400, S-300PM2 y S-350) y se multiplicó por cinco el número de sistemas móviles de artillería antiaérea Pantsir-S1”. Los sistemas Pantsir-S1, sobre orugas o ruedas, tienen una capacidad de reacción inmediata en un ataque y combinan la potencia de los misiles con cañones. Su alcance es de veinte kilómetros por diez kilómetros de altura y su despliegue responde a la necesidad táctica de hacer frente a un enemigo al que se tiene prácticamente encima, es decir, que puede haber cruzado la frontera ucraniana-rusa (citado en Sanz, 2023b).

La verdad es que cada vez se escuchan más voces que reclaman la creación de escenarios de paz, pero ocurre que los principales contendientes han mantenido como objetivo principal la victoria en la guerra en lugar de la paz. El Kremlin sabe que tiene que ganar y los ucranianos mantienen su confianza y están resueltos a recuperar el territorio perdido. Nadie parece recordar hoy en día las promesas electorales de Zelenski en su campaña del 2019, cuando mostraba su plena disponibilidad para negociar márgenes de autonomía a los rebeldes del Donbás y algún tipo de acuerdo sobre Crimea que incluyera la neutralidad. Todo deja entrever que solo con la intermediación del nuevo ocupante de la Casa Blanca se han comenzado a abrir resquicios para la paz.

Sin embargo, en los meses álgidos, las promesas y presiones de los aliados crearon la ilusión de que la guerra no podía perderse (Mini, 2023, p. 52), pero la guerra fue avanzando con un piloto automático que nadie se ha atrevido a detener. Un obstáculo para que se pudiera llevar a cabo el cambio de foco de la guerra a la paz ha sido que cada vez más la guerra binacional se ha entrecruzado con ciertos referentes internacionales del conflicto: para Moscú, en Ucrania se libra una guerra contra Occidente mientras que, para los ucranianos,

con el aval y apoyo de los países de la OTAN, se pretende alcanzar una victoria “plena”, que solo es posible con la adhesión a las estructuras occidentales y su apoyo militar decidido. Seguramente la dificultad mayor para detener el conflicto es que este nivel de conflictividad se ha entrecruzado con otros conflictos y que las lógicas de estos distorsionan la bidireccionalidad de la contienda interestatal. Es decir, esta perdió su cualidad de ser un fenómeno en sí y para sí para devenir un nodo de otros conflictos que la trascienden. Con ello, sus principales promotores perdieron la capacidad de decisión.

En las declaraciones de los líderes rusos no siempre queda claro cuál es el programa máximo que persiguen y cuál es el mínimo. Dentro de este diapasón hay voces que van desde las que claman por la desaparición de Ucrania hasta las que abogan por ejercer control sobre las regiones sureñas del país. Todos, sin embargo, mantienen una fuerte relación emocional con Ucrania porque consideran que hace parte de su conciencia nacional. Andrea Kappeler recuerda que en 1997 Boris Yeltsin declaraba que “Es imposible arrancarnos del corazón la convicción de que los ucranianos son parte de nuestro pueblo” y su primer ministro, Víktor Chernomyrdin, fue igual de enfático, al señalar: “Para nosotros, Ucrania no es un país extranjero. Es parte de nuestra alma y queremos permanecer juntos por toda la eternidad”. Personalidades tan diferentes como Gorbachov y Yeltsin, los políticos liberales, el jefe del partido comunista Guennadi Ziugánov, así como los premios Nobel Iossif Brodsky y Aleksander Solzhenitsyn reaccionan con consternación a la separación de Ucrania de Rusia y llaman a “los tres pueblos hermanos eslavos” (rusos, bielorrusos y ucranianos) a la reunificación. Algunas teorías del complot interpretan la creación del Estado ucraniano independiente como el resultado de una conjura de las élites ucranianas contra su propio pueblo, rusófilo él mismo, o como un atentado perpetrado por Occidente contra Rusia (Kappeler, 2022, pp. 239-240).

El discurso de los ucranianos ha sido más uniforme: recuperar la totalidad de territorios que tenía el país en 1991, es decir, las zonas ocupadas por Rusia incluyendo Crimea. Es tal la fascinación con la recuperación de los territorios perdidos en el 2014, que incluso se ha publicado un plan de liberación de Crimea, que consiste —*grosso modo*— en destruir el puente de Kerch (de reciente construcción y que une a Rusia con Crimea), conquistar toda la península, expulsar la flota rusa del mar Negro de su base histórica en Sebastopol, perseguir a todos los rusos que llegaron en los últimos nueve años y confiscar sus propiedades para distribuirlas entre los ucranianos que tuvieron que marcharse en el 2014 (Cremonesi, 2023).

Los objetivos de las partes, sin duda, chocan con la realidad en el terreno. Por esta razón, el historiador Yuri Felshtinsky, escribe:

Ucrania nunca perderá esta guerra. El problema es que tampoco puede ganarla porque sufre importantes limitaciones impuestas por sus aliados en Occidente: no pueden usar armamento occidental contra suelo ruso o bielorruso. Nadie puede ganar una guerra en esas condiciones. Esperemos que, con el tiempo, y cuanto antes suceda mejor, la OTAN permita que Ucrania use sus armas de la forma en que lo considere necesario [...]. Rusia nunca aceptará que está perdiendo la guerra contra un “pequeño Estado de Europa del Este”, Ucrania, al que Moscú ni siquiera reconoce como Estado soberano. (Sánchez-Vallejo y Pérez Lanzac, 2022)

Poco a poco, eso sí, los aliados occidentales han ido subiendo el umbral del material militar que se le entrega a Ucrania, a lo cual Rusia ha respondido con el empleo de medios más y más destructivos y mayor militarización de su sociedad y economía. No sabemos hasta dónde se llegará en este frente, pero lo cierto es que los riesgos de un conflicto de mayor envergadura van *in crescendo*.

Este equilibrio relativo se ha convertido en un *impasse*, situación que ha llevado a muchos analistas a sugerir que la guerra en Ucrania recuerda la guerra de trincheras que predominó durante buena parte de la Primera Guerra Mundial. La estrategia rusa, más que avanzar conquistando nuevos territorios, busca atraer a los ucranianos a lugares donde se conviertan en un blanco de su poderosa artillería y así debilitarlos. Una panorámica desde el primer semestre del 2023 muestra que en efecto la estrategia que ha prevalecido ha consistido en la guerra de posiciones y en el uso masivo de la artillería para destruir y debilitar la infraestructura del enemigo. Esta estrategia ha beneficiado a Rusia, porque a la fecha Ucrania se encuentra en desventaja con respecto al invasor en una relación de uno a diez en número proyectiles, sin hablar de su capacidad de fuego. En los momentos de mayor intensidad, Rusia ha disparado al día una media de entre cuarenta mil y cincuenta mil proyectiles, frente a los entre cinco mil y seis mil de Ucrania, según datos que provee la Comisión Europea. Además, en su lento trasegar ha llegado a ocupar alrededor del 20 % del territorio ucraniano.

Detrás de una catarata de declaraciones y señalamientos, muchos de los cuales son más retóricos o ficticios que reales, la posición rusa puede ser reconocida, en palabras de Dimitri Suslov, director del Centro de Estudios Europeos e Internacionales de la Escuela Superior de Moscú, en torno a la idea de que el “fracaso” de la ofensiva en el Donbás no fue tal porque a través de maniobras de pequeñas unidades con poca presencia de tropas regulares se buscó debilitar y reducir el potencial ofensivo ucraniano. No ha sido para nada evidente que el potencial militar ucraniano mejorara con la llegada de los tanques Leopard 2 y los Challenger británicos, porque no son “armas mágicas” y su número no modifica lo existente. A inicios del 2024 a Rusia le interesaba

saber qué ocurriría si la esperada ofensiva ucraniana de primavera no tiene lugar o si falla o si los resultados son menores que los esperados. Lo que sí afirmaba Suslov era que Rusia entonces estará preparada para lanzar una ofensiva mayor en el otoño. Por ello era improbable que hubiera posibilidades de negociaciones de paz en el 2024, porque las posiciones de las partes dependerán de la resolución de ese desenlace. Un éxito de la ofensiva de primavera sería propicio para una negociación por parte Ucrania, pero con una Rusia a la espera de los resultados de la del otoño-invierno (Valentino, 2023). El desarrollo de la situación en el frente parece haber confirmado plenamente estas palabras.

Sin atisbos de apaciguamiento, la guerra se cronificará. Eso resulta terriblemente peligroso porque las economías de ambos países, sobre todo la ucraniana, han entrado en barrena, millones de ucranianos y rusos han huido de sus países, la infraestructura sigue siendo duramente golpeada, los atropellos a la población civil van en aumento, el divorcio sociocultural ha alcanzado niveles paroxísticos y las restricciones de las libertades ciudadanas van al alza. Se calcula que veinte mil rusos han sido arrestados en las protestas contra la invasión y las políticas represivas del Estado. Con serios indicios, Amnistía Internacional ha acusado a las fuerzas armadas ucranianas de poner en peligro a la población civil instalando bases y desplegando armas en las zonas residenciales (Grynszpan, 2022a).

Claro está que el grueso de las denuncias sobre vulneración de las leyes de guerra y de los derechos humanos ha recaído sobre Rusia. La Organización de Naciones Unidas (ONU) ha documentado múltiples crímenes cometidos contra civiles y soldados ucranianos, de los que algunos han sido muy impactantes por el gran despliegue que les han dado los medios de comunicación. Los gobiernos de ambos países han desconocido, criticado y desprestigiado a Amnistía Internacional y a los investigadores de la ONU como una manera de descalificar las denuncias (Segura, 2022a). Ucrania no se queda atrás de Rusia y ha proscrito las informaciones que atenten contra la seguridad del Estado (Grynszpan, 2022b).

La cronificación entraña el peligroso riesgo de que Rusia quede empantanada en la guerra. De ahí que no tenga más opciones que apelar a lo nuclear o recargarse con nuevas estrategias de una guerra híbrida. Las modalidades de este tipo de guerra se basan en enormes sistemas de redes de comunicación digital que se expanden a una velocidad exponencial. Sus principales expresiones se reflejan en

operaciones bélicas automatizadas, máquinas de vigilancia y matanza semiautónoma, planificación militar facilitada por la inteligencia artificial, misiles y munición de precisión, guerra electrónica (inhabilitar las comunicaciones), ciberguerra (interrumpir la infraestructura digital y física sobre la que se basan las sociedades), y desinformación y manipulación de la opinión pública. (Castells, 2024, p. 168)

Muchas de estas acciones se realizan en la sombra y por lo tanto son difíciles de contratar. La híbrida es una forma de globalización de la guerra que tiene la ventaja de ampliar el campo de lucha sin quedar claramente expuesto al peligro (Pietralunga, Ricard y Vincent, 2022).

Al mismo tiempo, en ambos lados de la barricada se observa un cansancio de la guerra. El presidente de Ucrania debió imponer sanciones a los desertores porque cada vez es más acentuada la resistencia a enlistarse. Por canales de Telegram los internautas intercambian información sobre la presencia de reclutadores de soldados en las calles (D'Istria, 2023). En el caso ruso, la información del Centro Levada reitera que se mantiene alta la confianza en el primer mandatario, sin embargo, se constata que ha disminuido la favorabilidad entre los jóvenes: solo el 25 % aprueba las acciones del ejército. Desde finales del 2022 es cada vez mayor el cansancio entre los jóvenes con la “operación especial”, la mitad de los encuestados refiere estar muy preocupado por los sucesos en Ucrania y el 55 % desearía que se diera inicio a negociaciones de paz.

Las principales preocupaciones y ansiedades de los rusos se producen por los ataques regulares de los drones rusos, sobre todo porque varios han impactado en regiones alejadas del frente como Tula, Kaluga y Moscú (Imari-sio, 2023). Otra muestra del descontento en el caso ruso ha sido el descomunal éxodo de sus nacionales al extranjero. Algunos datos manejan la cifra de que el número de migrantes osciló entre los quinientos mil y el millón de personas durante el primer año de la guerra (Ebely e Ilyushina, 2023). No todos los que han salido del país son opositores. Algunos temen la conscripción o se van porque encuentran dificultades para conseguir trabajo. También se encuentran investigadores y profesores universitarios que temen por sus posiciones frente a la guerra o por la sensibilidad de sus temas de investigación. Rara vez los rusos demandan el estatus de refugiado. Por lo general se concentran en los países de la ex-URSS por proximidad geográfica y cultural y porque son países que facilitan visas a los rusos. Esta migración dentro del espacio soviético comenzó en el 2010 con el endurecimiento de la represión en Rusia, luego de las manifestaciones de Bolotnaia del 2012 (contra el tercer mandato de Putin), la anexión de Crimea y el encierro del opositor Navalny (Mandraud, 2022).

Si en Rusia está proscrito todo lo ucraniano, en Ucrania la situación no es mucho mejor. Los partidos políticos “prorrusos” también han sido prohibidos. Zelenski ha defendido la ilegalización argumentando que son organizaciones que carecen de valores europeos y que Rusia “no pertenece al mundo civilizado; es una organización terrorista dirigida por una camarilla” a la cual no solo se le deben aplicar sanciones económicas, sino que se debe establecer una suerte de cordón sanitario internacional:

Debe ser aislada hasta que entienda que tiene los mismos derechos que el resto de los países. Si tú no quieres ser democrático dentro de tu territorio, por lo menos tienes que actuar de forma democrática con los otros países. No tienes que imponer tu visión del mundo y tu orden a nosotros y al resto. (Segura y De Vega, 2022; Goujon, 2022)

No debe extrañar por tanto que subsista una poca confianza en el pluralismo político ucraniano y que gocen de gran popularidad expresiones tales como la “democracia oligárquica” para referirse al sistema. Las competiciones políticas han podido ser permanentes, pero no se puede desconocer que tras bambalinas los oligarcas ucranianos mueven sus fichas (Colin Lebedev, 2022b, p. 106, Gobert, 2024, pp. 40-41).

En Rusia las restricciones van en aumento, tal como se desprende del frenésí legislativo ruso desde finales del 2022. Durante ese año la Duma aprobó en total 635 leyes. Varias de ellas pueden ser consideradas medidas restrictivas y de vigilancia de su propia población: el 21 de diciembre se aprobó la ley que castiga con penas de prisión, que pueden llegar a ser perpetuas, por incitación al sabotaje; otra da acceso al Servicio General de Seguridad (FSB, de acuerdo con la sigla rusa) a los datos de las aplicaciones de los taxis para hacer seguimiento de los desplazamientos de los ciudadanos. Otras medidas del mismo tenor han sido la prohibición de utilizar palabras extranjeras cuando exista un equivalente ruso, el castigo con cinco años de cárcel a quien profane públicamente la cinta de San Jorge, emblema heredado del zarismo y muy utilizado durante la Segunda Guerra Mundial como símbolo del patriotismo y que ha sido recuperado por el régimen actual. La tercera considera castigables a quienes elaboren o publiquen mapas que no representen de manera correcta las fronteras rusas. Diez días después de la invasión se adoptó una ley que castigaba las “noticias falsas” sobre las acciones del ejército ruso o que desacreditaran a las fuerzas armadas. Estas disposiciones fueron suficientes para suprimir la totalidad de los medios independientes. Se endurecieron las disposiciones sobre los “agentes del extranjero”, se introdujeron penas severas por la desobediencia en el ejército y se garantizó la inmunidad para los crímenes perpetrados en las nuevas regiones anexadas, cuando los crímenes fueran cometidos en “interés de la Federación de Rusia”. En otro orden de ideas, se volvieron más implacables las medidas que prohíben la propaganda homosexual, la pedofilia o el cambio de sexo. Estas disposiciones hacen parte de la misma orientación política porque constituyen acciones de la “batalla civilizatoria” que Rusia libra contra Occidente (Vitkine, 2022).

Para rematar, la cámara baja rusa, la Duma estatal, aprobó unas enmiendas que impiden que los ciudadanos citados para prestar servicio en el ejército puedan abandonar el país una vez reciban las notificaciones a su perfil en la

administración electrónica rusa, independientemente de si abren el correo o no. A diferencia de las cartas físicas, cuya entrega solo es validada si el destinatario deja constancia con su firma, en el caso de las notificaciones electrónicas se considerarán recibidas desde el mismo momento en que sean depositadas en el buzón electrónico. Quien ha sido notificado no puede abandonar el país y se impone una serie de castigos en caso de no acatar la citación (Cuesta, 2023b).

Lo que sí resulta evidente es que la vieja práctica de eliminar a los elementos díscos sigue vigente. Así ocurrió con la sublevación de Prigozhin y sus paramilitares el 24 de junio del 2023, que constituyó el mayor desafío que ha debido enfrentar Putin en sus largos años en el poder. La respuesta fue la misma: “Todos los que han retado al jefe de Estado ruso desde que subió al poder están muertos o en prisión, desde activistas y opositores políticos a periodistas disidentes o rebeldes chechenos, pasando por oligarcas con ideas propias...”. Putin logró desbaratar el levantamiento con apoyo del presidente bielorruso Alexander Lukashenko y el capítulo se cerró con la trágica muerte de Prigozhin al caer el avión que lo transportaba de Moscú a San Petersburgo. Esto le ha permitido “a Putin rehacer la estrategia militar rusa en Ucrania justo cuando más arrecian las dudas sobre la capacidad ucraniana para derrotar a Rusia” (Sanz, 2023a).

Para finalizar este capítulo, quiero recordar algunos pasajes de un artículo de Richard Haas y Charles Kupchan, el cual ha tenido una alta circulación entre la población de ambos países y tiene la virtud adicional de rematar con recomendaciones para las autoridades norteamericanas. Sostienen los analistas estadounidenses que el resultado más probable de este nivel de conflicto no será una victoria ucraniana completa, sino un sangriento punto muerto. Por eso, resulta comprensible que se incrementen los llamados a un fin diplomático del conflicto. El problema es que Moscú y Kiev prometen continuar la lucha. Rusia está decidida a ocupar la mayor parte del Donbás y Ucrania se prepara para expulsar por completo a las fuerzas rusas y restaurar la integridad territorial. Por eso hacen un llamamiento a que se reconozcan estas realidades sin sacrificar los principios. El camino consiste primero en reforzar la capacidad militar de Ucrania y presionar a ambos bandos para que se sienten a la mesa de negociaciones. Para eso abogan por un incremento del suministro de armas al país ocupado, aumentando además su cantidad y calidad. La segunda iniciativa debe consistir en un plan de alto al fuego y un proceso de paz. Puede que no haya voluntad entre las partes, en tal caso se debería aprovechar la posibilidad del punto muerto para presionarlas.

Durante más de un año, Occidente ha permitido que Ucrania defina el éxito y establezca los objetivos de guerra de Occidente. Esta política, independientemente de si tenía sentido al comienzo de la guerra,

ahora ha seguido su curso. Es imprudente, porque los objetivos de Ucrania están entrando en conflicto con otros intereses occidentales. Y es insostenible, porque los costos de la guerra están aumentando, y el público occidental y sus gobiernos se están cansando cada vez más de brindar apoyo continuo [...]. Como potencia global, Estados Unidos debe reconocer que una definición máxima de los intereses en juego en la guerra ha producido una política que entra cada vez más en conflicto con otras prioridades estadounidenses. (Haas y Kupchan, 2023)

Algunos de los argumentos planteados por estos autores, constituyen una invitación a pensar en la manera en que se está construyendo un nuevo nivel del conflicto, más internacional que binacional, como había sido el caso hasta ahora.

La guerra sube un peldaño: de conflicto binacional a conflagración global

LA UE ES una organización que porta una indefinición de origen. Desde sus inicios se ha trazado unos objetivos tan amplios que pueden ser alcanzados con diferentes estrategias y métodos. Esta indeterminación le ha permitido cambiar y ponerse a tono con las transformaciones que se han presentado en Europa y en el mundo. En varias oportunidades experimentó redefiniciones medulares. Entre estas se destacan la aprobación del Acta Única, la puesta en marcha del tratado de Maastricht y la consiguiente transformación de la Comunidad Europa en la UE, así como la creación de la moneda única, entre tantas otras. Hoy en día, se encuentra en una nueva coyuntura de grandes redefiniciones. Los desarrollos que sobrevengan de ahora en adelante mostrarán la contundencia de estos cambios. Sin embargo, con la información que actualmente se dispone se puede suponer que su fisonomía se modificará modularmente.

Esto puede verse a través de un contraste bastante chocante de declaraciones programáticas pronunciadas en dos momentos recientes en la historia de la organización. El 12 de marzo del 2023, Josep Borrell, alto representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, sostenía:

Para ganar la paz, primero hay que ganar la guerra [...]. Hago una llamada a todos los países europeos que disponen de carros de combate modernos y eficaces, que están acumulando polvo en sus cuarteles y que no sirven para nada, a que los den a Ucrania, y que los den cuanto antes. (EEAS, 2023)

Pocos días antes de reemplazar a Borrell en su cargo, Kaya Kallas reiteró la misma idea: “Debemos definir la victoria como nuestro objetivo en el conflicto ucraniano porque la guerra no se puede ganar a menos que se defina la

victoria como objetivo” (El Viejo Topo, 2024). Se suponía que la UE no estaba en guerra, pero los dos últimos altos representantes reconocen el estado de guerra de la UE con Rusia.

Qué lejanos parecen los años cuando Federica Mogherini, quien ocupó el mismo cargo en los años inmediatamente anteriores, entre el 2014 y el 2019, clamaba:

A veces, luchar o alzar la voz demasiado es un signo de debilidad [...].

La UE de la seguridad y la defensa no va sobre la militarización, sino sobre combinar el poder duro con la diplomacia, con la prevención de conflictos, con la reconciliación y con la reconstrucción [...] El mundo necesita una fuerza global para la paz que genere confianza, solidez, predictibilidad, valentía y sosiego. (Zornoza, 2023)

La de Mogherini era una UE admirada: una organización que proponía una actuación novedosa en el concierto de naciones con un discurso centrado en la paz, los valores y la confianza. La de ahora, por el contrario, es una UE que pone el enfrentamiento, la guerra y la fuerza en el centro de la organización. En síntesis, la diplomática Elena Basile constata que “dos objetivos esenciales de la construcción de Europa han sido traicionados: la paz y la prosperidad” (Basile, 2024, p. 50).

La transformación en curso se percibe también en el hecho de que buena parte del acervo filosófico de la UE se organizó en torno a nociones tales como el cosmopolitismo, el orden posnacional, la superación de las fronteras y la delegación de la soberanía en órganos supranacionales. Importantes pensadores, como Jürgen Habermas, Ulrich Beck, Etienne Balibar, entre tantos otros, destinaron un tiempo valioso de sus actividades intelectuales a darles forma a estos principios que fundamentaban una manera distinta de posicionarse y ser en un mundo cada vez más plural. Hoy, por el contrario, el concepto central no es cosmopolitismo, sino civilización, es decir, un ecosistema que se distingue por el establecimiento de límites de diferenciación con los “otros”. Este giro quedó patente con la crisis de los refugiados del 2015 porque el asunto se decodificó en términos de amenaza a la civilización. Eso es lo que Hans Kundnani ha denominado “el giro civilizacional del proyecto europeo” (2023, pp. 6 y 7). Hoy por hoy, los casos paradigmáticos de esta reorientación están representados por Ucrania y Georgia; el primero al emprender una “opción civilizacional” de alejarse del “mundo ruso” y el segundo, que hasta hace poco se encontraba en una situación similar a la de Ucrania, pero que, con unos resultados electorales que no han sido del agrado de la UE y con la adopción de medidas de mayor control de las organizaciones no gubernamentales, ha puesto en el congelador la opción europea, lo que le ha valido la condena por parte de Bruselas.

El experimento comunitario fue una organización innovadora en sus maneras de relacionarse con el exterior. A este le era característico pensarse como una “potencia normativa” que perseveraba en la propagación de los derechos humanos, la democracia y el Estado de derecho. La UE abogaba por una concepción del poder que la llevaba a exportar principios y valores al resto del mundo y lo hacía no por la fuerza sino por medio del estímulo y la imitación. A ello se le sumaba el hecho de proyectar su autoridad y poderío a través de su propuesta económica supranacional, su facultad para difundir valores de manera pacífica y la atracción ejercida por su modelo para contener aquellos factores y aquellas situaciones que provocaban tensiones entre los pueblos.

Ahora bien, para no dejar flotando en la atmósfera una visión idealizada de la UE, señalemos que, no obstante la claridad de su propuesta internacional, la recepción de su discurso y su práctica no siempre ocurrió en estos términos, de lo que Rusia constituye un excelente ejemplo. Durante la mayor parte de la presidencia de Boris Yeltsin en la década de los noventa, Rusia intentó ponerse a tono con esos principios, pero no ocurrió lo mismo con los gobiernos que lo sucedieron desde inicios del presente siglo. La Rusia de Putin, sobre todo después de la crisis financiera iniciada en el 2007, asumió que esta postura europea era una potencial amenaza a sus actuaciones en la Europa centroriental, en Asia Central y el Cáucaso. Como resultado de esto, ciertas iniciativas europeas despertaron sospechas y se tomó la decisión de contrarrestar su influencia con la creación de la Unión Económica Euroasiática, para lo cual se contaba con el concurso de Bielorrusia y Kazajistán. Este alejamiento del Kremlin prosiguió su curso y llegó a su máxima expresión en el 2013, con el recrudecimiento de las tensiones en Ucrania, cuyas autoridades se vieron frente al dilema entre dos iniciativas excluyentes: afianzar sus vínculos con Rusia en el marco de la Unión Económica Euroasiática o un acuerdo de asociación y de libre comercio con la UE.

Esto me lleva sostener que un problema complejo para comprender la vida internacional es la existencia de disonancias entre aquello que se propone y las maneras como los otros leen o decodifican el discurso y las acciones. Hasta hace un puñado de décadas atrás esto no era un problema porque prevalecía una lectura plenamente hegemónica de lo que eran las relaciones internacionales y sus formas de actuar. El asunto es otro cuando la vida internacional se ha diversificado, como ha venido ocurriendo a lo largo del siglo XXI, porque la disonancia, la sospecha y el temor participan de las lecturas que se hacen acerca del quehacer mundial.

Independientemente de esta tendencia en la que prima la desconfianza, se observa que la UE ha dado un giro de ciento ochenta grados. Ha pasado de ser una organización que se vanagloriaba de ser fuerza global en la promoción de la paz a posicionarse como una institución que habla sobre todo de guerra, tanques, armamento, municiones, geopolítica, rearme europeo, entre otros.

Si se siguen las noticias con un poco de distracción, a veces resulta difícil diferenciar los discursos de los altos funcionarios de la UE del discurso del secretario general de la OTAN o del secretario de Defensa de los Estados Unidos, en quienes lo político-militar suena natural, por sus cargos y funciones, mientras que en los primeros se aprecia como algo completamente postizo.

Se ha llegado a tal punto en la afirmación de esta nueva orientación, que la iniciativa de la Comisión Europea de una nueva ronda de ampliación de la UE ha tomado como referente principal el contrapunto geopolítico con Rusia en lugar del apego a los “valores” europeos. La ampliación de la UE que está en discusión ha sido pensada para asegurar un perímetro de “seguridad” aún mayor en detrimento de Rusia, porque es fuerte la convicción de que ello favorecerá la paz en el continente. Como ha sostenido Pierre Haroche, la lógica geopolítica se impone, cuando, en junio del 2022, la UE acuerda el estatus de candidatos a Ucrania y Moldavia. Desde ese momento, el hecho de encontrarse amenazado por Rusia se convierte en una especie de certificado de europeidad. “Ser europeo no consiste tanto en superar sus diferencias nacionales, silenciar sus pasiones como en desollar, afirmar y defender una diferencia fundamental frente al Otro, la amenaza, el agresor. Es una identidad de combate” (Haroche, 2024a, p. 171-2 Y 174). Esto en ningún caso es un asunto menor porque está en juego la trascendencia del cosmopolitismo y su reemplazo por el “civilizacionismo”, con lo cual la nueva ronda de ampliación, focalizada principalmente en Ucrania y Moldavia, “se ve menos como una apertura que como un cierre, la fortificación de un baluarte contra Rusia” (Haroche, 2024b, p. 6).

A la par de esta geopolitización encontramos otra nueva referencia orientadora de la UE: la militarización. La guerra de Ucrania cambió los marcos de seguridad y estabilidad que predominaban en el Viejo Continente desde el fin del socialismo soviético, lo que se fue esparciendo por todo el mundo desde este núcleo inicial. El primer ámbito donde se percibió esta tendencia hacia la militarización fue en el aumento de los gastos militares: de 240 000 millones de euros en el 2022 se pasó a 280 000 millones en el 2023 y se prevé que el 2024 cierre con un monto cercano a los 350 000 millones de euros. Teniendo en cuenta entonces que la mayor parte de Estados europeos ha dispuesto planes y programas de modernización de sus fuerzas armadas, la tendencia es que se prosiga por esta senda ascendente en los años venideros. En el 2025 se robusteció esta tendencia hacia la militarización como resultado de las presiones del nuevo ocupante de la Casa Blanca, lo que ha exigido que los miembros europeos de la OTAN aumenten su presupuesto militar al 5 % del PIB (el norteamericano es del 3,3 %) por las fisuras que han surgido en la alianza atlántica y por el convencimiento (poco fundamentado) de las élites políticas en torno a la idea de que luego de Ucrania, Moscú enfilará baterías contra otros países europeos. Sin embargo, es difícil que esto ocurra, en especial si tenemos en cuenta que en

el último año el ejército ruso solo logró ocupar 4168 kilómetros cuadrados en Ucrania. A ese paso necesitaría como ochenta años para ocupar todo el territorio. Ese temor a Rusia y las tensiones con la Casa Blanca que auguran un menor compromiso norteamericano con la seguridad europea ha llevado a que la UE busque mecanismos de financiación y a la reformulación de fondos para sostener los esfuerzos militares de los Estados miembros.

Varias iniciativas de la Comisión Europea apuntan en esta dirección, lo que se hará concreto en el segundo mandato de Ursula von der Leyen como presidenta de la Comisión Europea. De esta entidad han surgido últimamente varias propuestas para una política de defensa europea: se ha planteado consolidar la base industrial de defensa mediante una estrategia industrial europea de defensa y mediante la cooperación entre los Estados miembros para las compras conjuntas de material militar. Además, se ha propuesto la emisión de deuda comunitaria para financiar gastos de defensa y, con una dirección semejante, se ha planteado la propuesta de la presidenta de la Comisión Europea de que la UE destine quinientos mil millones de euros a inversiones en defensa durante los próximos diez años. También se ha avanzado en la modificación de algunos programas de modo que adquieran una dimensión militar. Una de estas acciones consiste en que programas civiles, como Galileo, el sistema europeo de geolocalización, o Copernicus, una constelación de satélites de observación, también desarrollos aplicaciones y herramientas para la defensa, que permitan contrarrestar los casos de espionaje de satélites o de bloqueo de comunicaciones. Con este plan y dichas actuaciones se rompe un tabú: “que el desarrollo espacial debe ser únicamente civil. Todos los proyectos actualmente en curso deberán desarrollar un componente militar espacial” (Jacque, 2023). Todo esto se ha justificado por medio de contorsiones argumentales que rayan en lo absurdo. Sostiene la presidenta de la comisión que Rusia destina el 9 % de su PIB a la defensa, mientras que Europa gasta el 1,9 %, de lo cual se infiere que el gasto de la UE debe aumentar para ponerse a la par con el ruso. Deliberadamente la alta funcionaria de la UE olvida que el PIB de la UE es nueve veces mayor que el de Rusia, por lo que, si los porcentajes antes señalados son ciertos, la UE tiene un presupuesto que duplica el de Moscú.

La militarización encuentra otro campo operativo en la corresponsabilidad de la contienda en curso. En un artículo que pasó casi desapercibido, sin duda por no hacer parte del credo del discurso oficial, el filósofo Jürgen Habermas (2023) señaló: “Occidente suministra armas a Ucrania, y tiene buenas razones para hacerlo. Pero con ello se hace corresponsable del curso de la guerra y de sus consecuencias”. Cuando la Casa Blanca transmite a Kiev que se mantendrá el apoyo y que llegarán nuevas armas, pero que deben buscarse objetivos alcanzables, combates en los que sea posible alcanzar la victoria y que no despilfaren recursos en operaciones ambiciosas y sin sentido (Marinelli y

Olimpio, 2023), con ello demuestra que las autoridades de Estados Unidos, la Europa de la UE y la OTAN son parte activa de la contienda. De manera cruda, es decir, sin arandelas ni ambigüedades, aunque con cierta exageración, el periodista e historiador Marco Travaglio escribió:

Nos han contado que esta guerra es entre Rusia y Ucrania. Pero, si las cosas fueran así, se hubiera acabado de inmediato e incluso ni siquiera se habría iniciado: los gobiernos de Kiev no habrían osado provocar al gigantesco y potentísimo vecino golpeando a las puertas de la OTAN, bombardeando por años el Donbás y firmando dos fingidos acuerdos con la intención de violarlos si no fueran empujados a hacerlo por Occidente. (2024, p. 6)

¿Cómo se ha llegado a esta situación? Con la lucidez que lo caracteriza a pesar de su avanzada edad, el filósofo Edgar Morin escribía:

el encadenamiento que conduce a la invasión de Ucrania no puede ser aislado de aquel proceso dialéctico que ve la actuación entre Rusia, los Estados Unidos y las naciones limítrofes de Rusia convertirse en más y más antagónico hasta la guerra interna a partir del 2014 y después con la invasión de febrero del 2022. (2022, p. 32)

En lo que a Rusia atañe, este argumento se comprende mejor cuando se recuerda la tesis del historiador José María Faraldo, para quien las situaciones externas (*v. gr.*, el trauma de país asediado) han desempeñado un papel destacado en la historia de Rusia, aunque no ocurra lo mismo con Estados Unidos. Dice el historiador:

la imagen propia de la nación en Estados Unidos no incluye para nada la dependencia de una imagen exterior, de cómo les ven los otros, mientras que en Rusia esto parece haber sido desde antiguo parte de su idea de nación o sociedad. (Faraldo, 2023, p. 14)

En realidad, a los estadounidenses poco les preocupa que piensen de ellos en el extranjero y, en ningún caso, la crítica paraliza su actuación. Rusia, por el contrario, dada su complicada inserción histórica en el “concierto de naciones e imperios”, siempre ha sido muy sensible a estas visiones, las cuales han terminado modelando o incidiendo en su actitud frente al mundo. Esto lo comprendía muy bien el internacionalista Kenneth Waltz, cuando hace más de dos décadas cuestionaba las iniciativas de ampliar la OTAN hacia el este, argumentando que las razones para la expansión eran débiles, mientras que

las de su oposición eran fuertes: trazaba nuevas líneas de división en Europa, debilitaba a los rusos más inclinados hacia la democracia liberal y la economía de mercado, fortalecía a sus opositores y empujaba a Rusia a los brazos de China, en lugar de atraerlos a occidente (Waltz, 2000, p. 2 y 38). Sus palabras resultaron premonitorias.

La seguridad: un pasado que se conjuga en tiempo presente

Tal como sugiere Morin, la invasión rusa y la guerra civil en el sur de Ucrania no tardaron en articularse y convertirse en la expresión más real y tangible del irresuelto dilema de la seguridad europea que estaba latente desde inicios de la década de los noventa del siglo pasado y que fue propiciado por el desvanecimiento de la cortina de hierro, la disolución del Pacto de Varsovia, la desintegración de la Unión Soviética y la persistencia de la OTAN. El dilema surgió cuando los dirigentes occidentales de aquel entonces, embelesados por la euforia del “triunfo” sobre el comunismo en la Guerra Fría, dejaron al garete el espinoso problema de la seguridad que se había producido por ese cúmulo de transformaciones geopolíticas.

Antes de proseguir, prevengamos posibles equívocos interpretativos. Que en este apartado destaquemos los errores y las potenciales omisiones de los países occidentales en su relación con Moscú no significa que se esté “justificando” el comportamiento de este último. Como se decía en una cita al inicio del libro: “Explicar no es legitimar y comprender no es absolver”. En esencia, considero que Occidente contribuyó a la creación de un clima de desconfianza en Rusia, pero también que la invasión a Ucrania ha sido desde todo punto de vista una acción inaceptable e injustificada.

En la consolidación de esta actitud arrogante intervinieron numerosas situaciones, varias de los cuales se remontan a los inicios de la década de los noventa del siglo pasado. Entre estas se destaca la enorme confianza que se depositaba en la idea de que Europa se encontraba en medio de profundas transformaciones. Tras la aprobación del tratado de Maastricht se asistió a un nuevo momento integrador, al transformarse la Comunidad Europea en una organización más sólida: la UE. La atracción ejercida por el experimento comunitario propició una serie de ampliaciones, que incluían a más y más países del norte, el este y el sur del continente. Incluso en otras regiones del planeta se trató de emular el experimento comunitario. Ante este panorama favorable, no fue extraño que la mentalidad reinante se alimentara de la ilusión de que en definitiva se estaba ingresando en un orden “posthistórico” (algo no muy distinto del proclamado “fin de la historia” de Francis Fukuyama). Finalmente, después de décadas de padecer la superioridad de las dos grandes potencias

de la Guerra Fría, la renacida Europa parecía estar recobrando un sitio de importancia en la historia del mundo y sus principales instrumentos y acciones se representaban en la preservación de la paz, la integración, el respeto de las normas, los derechos humanos y el carácter atractivo de un experimento que parecía sentirse a tono con el nuevo mundo más fluido que brotaba de las cenizas del orden de la Guerra Fría.

Esta curiosa configuración atemporal consagraba sus valores, prácticas e instituciones de una manera más expansiva y profunda, por medio de la universalización del liberalismo, la economía de mercado y la afirmación de la condición presente, que consistía en imaginar una actualidad desprendida de los traumáticos pasados. Si el orden de la Guerra Fría se encontraba bien alojado en el pasado, si sus embarazos y despropósitos ya no eran parte de la actualidad, y si grandes problemas y desafíos habían dejado de existir, entonces los que aparecieran en el tiempo presente se encargarían de disiparlos. En este contexto, para qué preocuparse por el sempiterno asunto de la seguridad europea, si el inexorable avance de Europa tendría que dar cuenta de él. Solo había que tener paciencia y darle tiempo.

Esta conducta aspiracional se basaba en un equívoco de grandes proporciones: se suponía que la paz y la seguridad durante la Guerra Fría habían sido el resultado del respeto y el asentimiento del derecho internacional. Pero nada estaba más alejado de la realidad, pues bien se sabe que este fue permanentemente violentado por las grandes potencias. En realidad, la paz y la seguridad descansaban en el “equilibrio de fuerzas y en la disuisión nuclear” (Boniface, 2023, p. 79). Es decir, suponer que el tiempo podría encargarse de la solución del tema de la seguridad era una mera ilusión, porque los elementos que sustentaban el orden anterior habían desaparecido y era necesario y urgente inventar unos nuevos. Y esto nunca ocurrió.

Sobre aquella crucial coyuntura histórica, el académico Bruce Allyn publicó recientemente la última entrevista que tuvo la oportunidad de realizarle a Mijaíl Gorbachov, una de las posteriores que concedió antes de su desenlace. En esta, el último secretario general de la URSS recordaba a Grigori Yavlinsky (político ruso, uno de los artífices del programa de salida de la economía planificada y de la creación de la economía de mercado, más conocido como el “programa de los quinientos días”), quien exasperado habría señalado:

Hemos hecho lo que Occidente ha intentado conseguir durante medio siglo: romperle la espalda al sistema soviético, dejar que cayera el Muro de Berlín, celebrar elecciones libres, y la Administración Bush dice: “Bueno, esperen un momento. No estamos convencidos. No estamos seguros de que hayan hecho lo suficiente para satisfacernos”.
(Ally, 2022)

Era la primera vez en lo recorrido del siglo que un líder soviético/ruso miraba a Estados Unidos como amigo y socio y no como enemigo. Y en ese momento los Estados Unidos dieron un paso atrás. Allyn agrega:

Ahora estoy sentado con ese hombre, décadas después, que abriera la posibilidad de lo que él llamó “un hogar común”. Gorbachov se vuelve de repente hacia mí. Su rostro es de dolor. En general, Occidente —¡pero no graben esto!— tenía una actitud equivocada hacia Gorba-chov y sus propuestas. Les gustaba dirigir el mundo entero, pero había que cooperar, hacerlo todo juntos. (Ally, 2022)

Y, por desgracia, esto fue lo que en realidad ocurrió. El universo “derrotado” simplemente no fue tenido en cuenta, debía acomodarse a lo que otros decidieran. O sea, la visión pluralista de Mijaíl Gorbachov quedó opacada “por el punto de vista de George Bush padre que exaltaba la adhesión a un solo y único conjunto de valores” (D’Anieri, 2019, p. 28).

De esta manera, por parte de Occidente el problema de la seguridad europea quedó en suspenso, sin que se emprendieran acciones y sin que mediara el concurso de aquellos otros países que eran parte constitutiva de cualquier esquema de seguridad total. La seguridad es una cuestión inexcusablemente indivisible: no puede haber seguridad para unos si en el entorno los vecinos se sienten amenazados o inseguros. La actitud de dejadez de los países occidentales obedecía a la convicción de que lo natural y propio de unaciente orden posthistórico consistía en que las instituciones, prácticas y convicciones occidentales pro-siguieran su marcha triunfal hacia su completa universalización en todos los rincones del planeta (Guéhenno, 2023a). De manera despreocupada y en medio de grandes indefiniciones y lagunas, las cosas quedaron tal como estaban con la confianza de que la suerte estaba echada: Occidente había triunfado y de sus instituciones, prácticas e intencionesemergería el nuevo orden, cualquiera que este fuera.

Las tensiones que se originaron a partir de esta irresuelta seguridad europea comportan una temporalidad que le es consustancial, distinta de las dimensiones de conflictividad antes señaladas. Se inició con el fin de la Unión Soviética y de la Guerra Fría y, con intervalos de aceleración e intensificación, ha perdurado hasta el día de hoy. En perspectiva, ha involucrado ciclos en los que se avanzó en la dirección de fundamentar unos niveles de concordia y entendimiento entre los diferentes actores involucrados, también ha tenido fases en las que han primado las indisposiciones, los roces, las decisiones unilaterales y la tensión en las relaciones. En este sentido, vágase reiterar que este nivel de conflictividad no apareció con el estallido de la reciente guerra en Ucrania, pero tampoco le ha sido totalmente ajeno. Entre 1991 y el 2014 este problema irresuelto constituyó

un indefinido y cambiante telón de fondo en la historia de estos países, es decir, Rusia y Ucrania. Hubo situaciones que exacerbaron el problema, pero sin que llevaran a modificar los grandes lineamientos en curso. El historiador Plokhy refiere un episodio que ilustra la presencia del tema entre las élites dirigentes: en agosto de 1993 Lech Wałęsa llegó a un acuerdo informal con Boris Yeltsin que garantizaba el ingreso de Polonia en la OTAN a expensas de Ucrania. Los términos establecían que Rusia no se opondría a que Polonia solicitara su ingreso en la Alianza Atlántica, y a cambio Polonia no se implicaría en los asuntos de Ucrania (Plokhy, 2023, pp. 120-121).

El gran remezón, que creó un escenario totalmente nuevo, apareció cuando se planteó con crudeza el dilema “este-oeste” en Kiev y cuando estallaron los conflictos armados durante esa particular coyuntura que se extendió entre finales del 2013 e inicios del 2014, lo que se convirtió en una de sus dimensiones fundamentales cuando se produjo la invasión rusa en Ucrania en 2022.

A lo largo de las tres últimas décadas, las miradas panorámicas sobre este asunto han sido marcadamente proclives a “otanizar” el tema de la seguridad. Esto gracias a que en este lapso han sucedido varias olas de ampliaciones de la OTAN, lo que ha cambiado su geografía y la composición de sus miembros⁴. A esta “otanización” contribuyeron también los discursos de los líderes rusos que se han centrado en la organización a la que consideran el peligro fundamental que se cierne sobre la seguridad de su país.

Ahora bien, circunscribirse a esta única cuestión impide desarrollar una comprensión cabal de las incertidumbres que hubo en materia de seguridad en el “frente” oriental de Europa. Por ello considero que el diapasón analítico debe ser ampliado para dar cuenta de otras situaciones, las cuales también han contribuido a que reine la desazón actual en todo el continente y sobre todo en su frontera más tensa. Esta mirada más amplia se hace aún más necesaria al recordar que desde los noventa se tenía una confianza ciega en que las guerras habían perdido efectividad, porque las nuevas relaciones internacionales consagraban el triunfo integral del orden liberal y del acatamiento de las normas.

⁴ Los miembros originarios de la OTAN fueron Bélgica, Canadá, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Italia, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos, Portugal y Reino Unido. En 1952 ingresaron Grecia y Turquía, Alemania lo hizo en 1955 y España en 1982. En 1990 la organización pasó a incluir toda la Alemania reunificada, lo que simbolizó un primer paso al este, tal como fue acordado entre las potencias participantes en las negociaciones que hicieron posible la reunificación de las dos Alemanias. En 1999 tuvo lugar la primera gran ampliación al este al adherirse Hungría, Polonia y la República Checa. En el 2004 ingresaron Bulgaria, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Letonia, Lituania y Rumanía. En el 2009 entraron Albania y Croacia y en el 2017 el turno recayó en Montenegro. En el 2020 las puertas se abrieron para Macedonia y en el 2023 Finlandia se convirtió en el miembro 31 y finalmente se autorizó la adhesión de Suecia, hecho que ocurrió el 7 de marzo del 2024.

Pero no está de más tener en cuenta que tampoco este escenario fue respetado en su totalidad: se “permitían” situaciones de excepción, por ejemplo, las guerras “humanitarias”, con las que se podía trasgredir la norma, máxime cuando era muy elevada la afectación para la población civil, pero sobre todo se podía profanar todo acuerdo por el privilegio del que gozaban algunos Estados para actuar de manera unilateral de acuerdo con sus propias convicciones. El problema de fondo fue la incapacidad de pensar en serio el tema de la construcción europea en un contexto global nuevo que ponía el énfasis en las relaciones con el resto del mundo y no solo en las nuevas interacciones entre los mismos europeos (Guéhenno, 2023, p. 28).

En términos generales hasta finales de la década de los noventa no se presentaron grandes acontecimientos que empañaran el *statu quo* reinante. El primer episodio que generó dudas, pero sin pasar a mayores, fue la guerra que libró Moscú contra los rebeldes de la república separatista de Chechenia (1994-1996 y después 1999-2007), lo que despertó suspicacias por la violencia del ejército ruso contra la población civil y por la violación sistemática de los derechos humanos. Estas aprensiones no pasaron a mayores porque, después de todo, Moscú estaba librando una guerra dentro de sus confines. Era un exabrupto, pero era doméstico, y esto se acompañaba del consuelo de que sus fuerzas armadas parecían haber perdido la aureola de “ser una amenaza”, porque el ejército experimentó muchos padecimientos para restablecer el “orden” en la pequeña Chechenia.

Las guerras de Yugoslavia fueron un asunto de otro orden. En este caso sí que surgieron tensiones en la parte oriental de Europa, lo que mostró que el *statu quo* sobre el cual se alzaba el edificio de seguridad era muy frágil. Además, por vez primera se hizo evidente que las lecturas entre los diferentes actores eran muy disímiles. La Rusia de Boris Yeltsin intentó sacar partido de su presencia en el conflicto balcánico para volver a ser reconocida como un actor relevante en los temas europeos. Solamente tras bambalinas se percibía que el activismo ruso era visto con cierto nerviosismo, sobre todo por parte de la administración norteamericana. Para no verse sobrepasada por las circunstancias, la Casa Blanca decidió, incluso un poco en contra de su voluntad, asumir el rol de intermediario pacificador para poner fin al conflicto de Bosnia-Herzegovina. Con su actuación, además de finiquitar un conflicto que preocupaba mucho a la opinión pública europea, Washington pudo frenar en seco la tentativa de Moscú de incrementar su influencia y presencia en los Balcanes.

En 1997 pareció que se podía normalizar el tema de la seguridad en la Europa centroriental. Así, en mayo se firmó en París el acta fundacional sobre las relaciones mutuas de cooperación y seguridad entre la OTAN y Rusia. El columnista Javier Vidal-Boch, del periódico *El País* de España, ilustraba en una corta frase la euforia que suscitó el acuerdo, cuando escribió: “La OTAN

y Rusia han arrinconado la Guerra Fría” (Vidal-Folch, 1997). La importancia del acuerdo consistió en que, además de establecer un marco de cooperación, despejó el camino para la ampliación de la organización político-militar a los antiguos miembros del Pacto de Varsovia. Hungría, Polonia y la República Checa fueron los primeros en ingresar en marzo de 1999.

Mucha tinta ha corrido sobre las razones que condujeron al aval ruso de esta ampliación de la OTAN, el cual vale recordar no se produjo sin que mediaran grandes debates en Rusia. Pero en realidad no había mucho que Moscú pudiera hacer: la Rusia de Yeltsin se encontraba a la sazón terriblemente debilitada por una prolongada depresión económica de la que no era capaz de salir. Para funcionar requería de recursos financieros frescos de los países aliados. Además, el Gobierno tenía que hacer frente a un discurso muy beligerante de dos serios contendientes internos: los nacionalistas y los comunistas. Concomitantemente, los países occidentales hicieron gestos de buena voluntad a través de declaraciones de respaldo a la economía de mercado en Rusia y para contentar y apuntalar al tambaleante Boris Yeltsin. El presidente fue invitado a convertirse en miembro del selecto grupo G7, que en 1998 pasó a ser el G8, para volver a ser el G7 en el 2014 cuando Rusia fue excluida tras la anexión de Crimea. Era más que evidente que la presencia de Rusia en el grupo no obedecía a que tuviera un gran peso económico —que obviamente estaba lejos de tenerlo y ni siquiera era parte de la Organización Mundial del Comercio, cuya incorporación se aplazó hasta el 2012—, sino a su prestancia política, militar y sobre todo nuclear, ya que pertenecer al club debería ayudar a corregir los excesos voluntaristas del principal ocupante del Kremlin.

El idilio, sin embargo, tampoco perduró. En 1999, al tiempo que ingresaban los tres citados países de la Europa centroriental, la OTAN decidió celebrar su medio siglo de existencia con fuegos artificiales. Así, sin contar con la autorización del Consejo de Seguridad de la ONU, la organización bombardeó Serbia, país aliado de Rusia, con el fin de detener el “baño de sangre” en que estaba sumida la región de Kosovo, cuya población buscaba independizarse. Este episodio alcanzó una gran trascendencia porque con él la OTAN dio un paso de gigante y se transformó de una organización defensiva en *una alianza ofensiva*. Era la primera vez que intervenía por fuera del perímetro de la organización. Su intención tampoco era pasajera ni circunstancial: era un ataque militar encaminado a sentar las bases para la configuración de un orden político y geopolítico en el mundo, tal como se anhelaba y se propiciaba desde las capitales occidentales. Como si todo lo anterior fuera poco, ese año Moscú tuvo que asumir otro golpe: el 24 de abril en Washington, la OTAN aprobó el Nuevo Concepto Estratégico de la alianza, que introducía como elemento novedoso la ampliación del área legítima de sus actuaciones. Si desde sus orígenes su radio de acción se circunscribía a Europa, el Atlántico septentrional

y América del Norte, a partir de este final de siglo los objetivos se habían globalizado: en cualquier rincón del planeta podían jugarse sus intereses y los de sus países miembros.

Desde su llegada al poder⁵ y sobre todo desde el 2001, con Vladímir Putin al frente del Estado ruso, Moscú optó por desarrollar una estrategia “colaboracionista” con Estados Unidos, por medio de la cual se crearon facilidades para que Washington hiciera uso del antiguo espacio soviético para librarse de guerra contra los talibanes en Afganistán por el patrocinio y cobijo que brindaba este país a quienes habían perpetrado los ataques contra las Torres Gemelas y el edificio del Pentágono. Esta actitud de acercamiento y mayor colaboración, así como la concordancia de objetivos en torno a la “guerra global contra el terrorismo”, dejaban entrever un cambio que, a la postre, nunca tuvo lugar. Ello obedeció al activismo de los neoconservadores estadounidenses que recurrieron a todo tipo de acciones y artimañas para debilitar a Rusia en la Europa centroriental y en Ucrania (Sachs, 2024).

Al año siguiente, en el 2002, Estados Unidos se retiró del tratado de misiles antibalísticos, con el argumento de que ese acuerdo obstaculizaba su programa de escudo antimisiles (Anti-Ballistic Missile Treaty). La justificación no podía ser más graciosa: el “escudo” debía servir para contrarrestar ataques provenientes no de Rusia, sino de Irán y de Corea del Norte. Para materializar este cambio de rumbo, después Estados Unidos propuso la creación de bases de lanzamiento de misiles en dos países de reciente adhesión a la OTAN (Polonia, acuerdo suscrito en el 2008) y Rumania (2016). Si bien en ambos casos el propósito era básicamente defensivo, sobra decir que estas plataformas disponen de condiciones para aprovisionarse y lanzar misiles con alcance de 2400 kilómetros, es decir, pueden tener a Moscú dentro de su radio de acción (Abelow, 2023, pp. 2 y 23).

En el 2003 se produjo la invasión norteamericana de Irak, otro aliado de Moscú, y al año siguiente otro trago amargo para Rusia fue la incorporación a la OTAN de otros tres países de la Europa centroriental (Bulgaria, Rumania y Eslovaquia) y sobre todo de las tres antiguas repúblicas soviéticas del Báltico, es decir, Estonia, Letonia y Lituania. Por primera vez la OTAN se establecía en

⁵ En una entrevista a la BBC del 5 de marzo del 2000, Putin afirmó: “Rusia es parte de la cultura europea. Y no puedo imaginar a mi propio país aislado de Europa y de lo que a menudo llamamos *mundo civilizado*. Así que es difícil para mí visualizar a la OTAN como un enemigo. Creo que incluso plantear la pregunta de esta manera no le hará ningún bien a Rusia ni al mundo. La misma pregunta es capaz de causar daño. Rusia se esfuerza por mantener relaciones equitativas y francas con sus socios... Creemos que podemos hablar de una integración más profunda con la OTAN, pero sólo si Rusia es considerada como un socio igualitario. Usted sabe que hemos estado expresando constantemente nuestra oposición a la expansión de la OTAN hacia el este”. <http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/24194>.

suelo que había sido una parte constitutiva de la Unión Soviética. El costo político para Rusia se hizo sentir de inmediato: los nuevos miembros más Polonia, países que en el siglo pasado habían experimentado en carne propia el expansionismo de Moscú, hicieron todo lo posible para alimentar la desconfianza de la OTAN y la UE con Moscú.

Sobre el clima prevaleciente en aquellos años, Dominique de Villepin, quien fuera primer ministro de Francia entre el 2005 y el 2007, recordaba en una publicación reciente una proposición formulada por el entonces presidente galo Jacques Chirac en el 2006: el mandatario francés imaginaba la creación de una protección cruzada de Ucrania por Rusia, por una parte, y el campo occidental, por la otra. Moscú se mostró favorable a la misión que le presentó esa opción, pero Washington se opuso firmemente. La secretaria de Estado Condoleezza Rice estaba estupefacta porque se estaba intentando frenar la ampliación de la Alianza Atlántica. “Fue entonces cuando comprendimos que los Estados Unidos estaban determinados a hacer ingresar a Ucrania dentro de la OTAN” (De Villepin, 2022, pp. 46 y 47). Resulta curioso que, en aquellos años, el tema no ocupara todavía un lugar prioritario permanente en la agenda de las autoridades ucranianas, pero ya lo fuera de los estadounidenses.

No es entonces extraño el recuerdo del antiguo primer ministro francés de la escala de Bill Clinton en Kiev en enero de 1994 cuando anunció que Ucrania había sido invitada a unirse a la Asociación para la Paz (Partnership for Peace) como primer país invitado a ser parte del programa. Ello demuestra que el interés norteamericano en Ucrania tiene sólidos antecedentes. Tampoco fue fortuito que Kiev resultara ser uno de los principales receptores de cooperación norteamericana en el mundo en el intervalo del cambio de siglo.

En el 2007, Rusia decidió suspender su participación en el tratado de las fuerzas armadas convencionales en Europa por las desavenencias que se presentaban en torno a los destacamentos de las fuerzas rusas en Georgia y Moldavia, que, a juicio de Moscú constituían fuerzas de paz, mientras que sus principales contradictores las veían como fuerzas invasoras. Esta suspensión se tradujo en que Moscú dejó de suministrar información sobre sus fuerzas armadas y desautorizó las inspecciones extranjeras de sus fuerzas militares. Sin duda, detrás de esta decisión estaba el descontento con la expansión de la OTAN hacia el este y con el tipo de mundo que se quería construir desde Occidente.

El malestar ruso con lo que estaba ocurriendo en Europa y el mundo quedó claramente expuesto en el discurso pronunciado por Vladímir Putin en la 43.^a Conferencia de Política y Seguridad, celebrada en Múnich en febrero del 2007. En esa ocasión, el mandatario ruso sostuvo que habían fracasado los intentos de Estados Unidos de construir un mundo unipolar, esquema que violaba los más elementales principios democráticos porque desconocía otras voces y realidades. El uso de la violencia por parte de la única superpotencia había

provocado millares de víctimas, además de que se pasaba por alto y se desconocía la verdadera legitimidad que estaba representada por la ONU. Asimismo, el presidente ruso reiteraba que no se estaban respetando los tratados suscritos por las partes y rechazaba terminantemente la creación de los sistemas antimisiles en países de la Europa centroriental, lo que era evidentemente una amenaza para Rusia. El discurso sirvió para dejar en claro dos cosas que desde ese momento el Kremlin ha procurado mantener como ejes de su actuación internacional: el descontento de Rusia con el orden del mundo que se estaba tratando de imponer y que Moscú no iba a ser un actor pasivo frente a esta adversa realidad.

En el 2008, el Kremlin pasó de las palabras a los hechos. El discurso en Múnich había servido para mostrar los objetivos hacia los que Rusia pretendía avanzar. Las acciones debían mostrar cómo debería realizarse el nuevo curso. La primera oportunidad se presentó en Georgia, donde, frente a las intenciones autonomistas de los pueblos abjasios y adzarios, dos minorías nacionales de Georgia, el Gobierno intentó doblegar dichas veleidades políticas y sometió a duros bombardeos la ciudad de Tsjiinvali. Rusia respondió ocupando el oeste de Georgia y reconociendo la independencia de Abjasia y Osetia del Sur. Para Georgia, las pérdidas fueron inmensas: quedó privada del 20 % de su territorio.

Esta fue la primera vez que de modo deliberado Rusia decidía violar la integridad territorial de un país nacido de la antigua Unión Soviética. En un primer momento, la crisis pareció ser un asunto que se circunscribía a los dos países implicados: Rusia y Georgia. Sin embargo, se tenía conocimiento de la presencia de otros actores, entre los cuales se destacaban Washington, ciertos diplomáticos europeos, la fundación Soros, las administraciones de los Estados bálticos y de Polonia, entre otros, que militaban por una

integración rápida de Georgia y Ucrania en la UE y la OTAN. Del lado de Estados Unidos, toda una serie de canales, oficiales y oficiosos, han sido movilizados durante años para financiar, organizar las redes hostiles al mantenimiento de la influencia rusa y favorables [...] a la adhesión de estos países a la OTAN o su integración en la esfera europea. (Radvanyi y Laruelle, 2016, p. 164)

En parte, la respuesta rusa fue efecto de la insistencia del mandatario estadounidense, George Bush hijo, en la cumbre de la OTAN en Bucarest en favor de la incorporación de Georgia y Ucrania a la organización, lo que interesaba a todos los miembros de la Alianza porque debía ayudar a promover la seguridad y la libertad en la región y alrededor del mundo. Si bien la iniciativa en ese momento no prosperó, dejó flotando en el aire el apoyo resuelto de varios países de Europa y América del Norte a una rápida incorporación de los nuevos miembros.

A finales de noviembre del 2009, el presidente ruso Dmitri Medvédev propuso para discusión el borrador de un tratado para la seguridad europea abierto a todos los países del espacio euroatlántico. “El objetivo [del tratado] era crear, en el ámbito de la seguridad político-militar, un espacio unido e indivisible en la zona euroatlántica con el fin de desprenderse definitivamente de la herencia de la Guerra Fría”. Con el concepto de “seguridad indivisible”, el tratado pretendía promover la adopción de medidas de seguridad, de tal forma que nunca se tomaran decisiones en detrimento de alguno de los firmantes (“Medvedev publica su plan de seguridad”, 2009). El documento fue despreciado olímpicamente, lo que dejó en claro el poco interés que suscitaba abordar el problema de manera mancomunada.

En marzo del 2011, en medio de las rebeliones conocidas como la Primavera Árabe, otros hechos vinieron a enturbiar aún más el clima internacional. El Consejo de Seguridad de la ONU adoptó la resolución 1973 que establecía una zona de exclusión aérea en Libia con el fin de ayudar a la protección de la población civil y a las áreas pobladas que se encontraban bajo amenaza de ataques por parte de las organizaciones armadas. Sin embargo, no tardó la “protección” en derivar en una intromisión en la guerra civil libia: se bombardearon los principales reductos del régimen y todo ello concluyó con el asesinato de Muamar al Gadafi a manos de una turba enardecida. Con ello, otro “aliado” de Rusia fue eliminado bajo el fuego de una acción preliminar occidental. Contemporáneamente se asistió a un contrapunteo entre Estados Unidos y Rusia en Siria, con una potencia americana interesada en el derrocamiento de Bachar Al-Ázad y un Kremlin reconvertido en su principal sostén político y militar.

Este breve recorrido cronológico centrado en las intenciones y los recelos entre Rusia y ciertos gobiernos occidentales, a lo que se sumaban las transformaciones experimentadas por la OTAN y las intervenciones “humanitarias”, muestra que para el 2014 había un clima de gran tensión en las zonas fronterizas del este europeo. Cualquier situación o acontecimiento que tuviera lugar entrañaba una radicalización mayor de las posiciones ya de por sí irreconciliables. Y eso fue lo que ocurrió cuando el Gobierno de Víktor Yanukóvich se encontró ante la disyuntiva entre suscribir el acuerdo de asociación con la UE o acercarse a la Comunidad Euroasiática. O una u otra; no había término medio posible. Eran dos proyectos completamente incompatibles, en los que la subordinación quedaba fuera de discusión: a la UE o a Rusia. En su más reciente publicación, Pilar Bonet recuerda otra limitante de dichos acuerdos: no eran más que “un acuerdo de asociación con Ucrania cortado a la medida de sus oligarcas en detrimento de los ciudadanos de a pie” (Bonet, 2023, p. 196).

Como sostuve en un trabajo anterior, el gran dilema consistía en que Ucrania se encontraba en el centro de una profunda *falla geohistórica*, cuya brecha se estaba haciendo más y más pronunciada. Esta *falla* era algo que

ponía absolutamente todo en juego, al implicar decisiones trascendentales en términos de tiempo y espacio. Geográficamente entrañaba zanjar de una vez por todas hacia dónde se canalizarían las energías de la sociedad: el Este o el Oeste. Espacialmente significaba formar parte de unas u otras redes, organizaciones e instituciones y desarrollar roles distintos según la determinación que se adoptara. En el caso del Este, secundar a Rusia significaba ocupar un importante rol en el escenario euroasiático, pero supeditado siempre al hermano mayor. En el Oeste, ningún rol especial de significación, pero igualdad de condiciones dentro de los marcos institucionales europeos. Temporalmente debía traducirse en maneras distintas de mirar y de construir el futuro. En el fondo, lo que estaba en juego era el tipo de sociedad anhelada. Por último, históricamente significaba proveer un contenido distinto a la identidad en términos de pasado (de dónde se viene), presente (dónde se está) y futuro (hacia dónde se va). (Fazio, 2022, pp. 133-134)

El rechazo del entonces presidente ucraniano a asistir a la firma del documento con la UE fue interpretado como una injerencia de Moscú, en lo que había cierta dosis de verdad. Visto desde el otro lado de la barrera, la presión ciudadana de Euromaidán y la posterior renuncia del primer mandatario fueron considerados por el Kremlin como un golpe de Estado perpetrado por agentes internacionales occidentales. ¡Cuál verdad puede existir entre estas dos versiones irreconciliables! Con este panorama, las incertidumbres en torno a la seguridad regional se convirtieron en una extensión de la guerra civil que se estaba incubando y de la guerra binacional cuyo antecedente más lejano se remontaba a la incorporación de Crimea a la Federación Rusa. A partir del 2014, la seguridad en la parte oriental de Europa quedó indisolublemente entrelazada con la suerte de Ucrania y Bielorrusia. La orientación que emprendieran dichos Estados daba pie a esquemas de seguridad muy distintos para Rusia y Europa oriental. Desde ese año crucial, los episodios que tensionaban el ambiente incrementaron exponencialmente en la región y fueron aún mayores las tiranteces cuando se empezaron a multiplicar los ejercicios militares de los países de la OTAN cerca de la frontera rusa, en los que se simulaban ataques a los sistemas de defensa aérea en territorio ruso.

En la cumbre de la OTAN del 2016, celebrada en Varsovia, uno de los temas más gravitantes fue el restablecimiento de la seguridad en Europa oriental, la cual, sin discusión, debía llevarse a cabo a partir de la OTAN y con su concurso. Con esta disposición se buscaba evitar que se regionalizara la seguridad oriental, lo que de suyo ocasionaría un debilitamiento de la OTAN y de los países “atlánticos”. También se destaca que frente a Rusia se decidió adoptar una posición firme y que solo era posible garantizar la seguridad de las fronteras

con un horizonte de 360 grados, es decir, ejerciendo vigilancia en dirección de los cuatro puntos cardinales. En otros términos, la seguridad regional se ratificaba como un asunto global, pero siempre en contraposición con Rusia.

La voz cantante la llevaba Estados Unidos con su insistencia en reforzar militarmente el frente oriental de la Alianza para responder a las acciones agresivas de Rusia, de lo cual la anexión de Crimea en el 2014 constituía el más claro ejemplo. Con este fin se intensificaron las maniobras militares, algunas de las cuales ya se venían repitiendo años atrás. Una de las más llamativas tenía lugar en Noruega y se realizaba cada dos años con el nombre de *Cold Response*. En un comienzo, en el 2006, asistieron alrededor de diez países miembros de la OTAN, pero desde el 2012 el número de participantes aumentó de manera constante, de manera que la última en el 2022 contó con la contribución de 30 000 soldados de 27 países de la OTAN e incluso participaron contingentes de Suecia y Finlandia (OTAN, 2022). Otro de los ejercicios militares que recibió alta atención fue el llamado *Trident Juncture 18*, también celebrado en Noruega, en el que tomaron parte 50 000 soldados provenientes de 31 países y que contó con un despliegue masivo de vehículos, barcos y aviones.

Otro frente de actuación muy activo fue el adiestramiento del ejército ucraniano con el fin de lograr la “interoperabilidad” militar con la OTAN, para lo cual se intensificó el envío de recursos desde Estados Unidos. En el 2019, se anunció otra serie de grandes ejercicios militares anuales, convocados por Estados Unidos con la participación de la OTAN. A principios del 2020, mientras media Europa estaba confinada por el coronavirus, el ejército estadounidense realizó el mayor ejercicio militar del último cuarto de siglo, bautizado significativamente *Defender Europe 20*, que contó con la participación de 30 000 soldados norteamericanos (Iniseg, 2020). En el 2021, para completar el despliegue de su musculatura en las fronteras de Rusia, la OTAN reforzó el *Defender Europe 21* en el norte y, en el sur puso en marcha el *Steadfast Defender 2021*, otro gran ejercicio militar en los Balcanes y la cuenca del mar Negro, en el que participaron alrededor de 10 000 soldados estadounidenses.

Giuglio Palermo recuerda que en septiembre del 2020 la OTAN protagonizó dos provocaciones explícitas contra Rusia: el 4 de septiembre, tres bombarderos estratégicos estadounidenses B-52 entraron en el espacio aéreo ucraniano y realizaron un largo vuelo de reconocimiento a lo largo de las fronteras de Crimea, y el 25 de septiembre la aviación estadounidense realizó un simulacro de ataque a Kaliningrado, el enclave ruso entre Polonia y Lituania, como banco de pruebas para neutralizar los sistemas de misiles rusos. A estos siguieron la aprobación por parte de las autoridades ucranianas de un plan para realizar maniobras militares conjuntas, lo que hizo posible que tuvieran lugar los ejercicios *Rapid Trident 2021* y *Sea Breeze 2021*; los británico-ucranianos *Rapid Trident 2021* y *Sea Breeze 2021*; los rumano-ucranianos

Riverine 2021, y los polaco-ucranianos *Three Swords 2021* y *Silver Sabre 2021* (Palermo, 2022, p.39).

En el entretanto de esta multiplicación de ejercicios militares, en junio del 2017 el parlamento ucraniano puso nuevamente sobre la mesa la idea de la pertenencia a la OTAN como objetivo estratégico de política exterior y seguridad nacional. La idea se convirtió en una enmienda que quedó plasmada en el 2019. Ese mismo año, sin mayores explicaciones, el Gobierno de Estados Unidos notificó su intención de retirarse del Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio, el cual había sido firmado en 1987 con la Unión Soviética. A mediados del 2021, la OTAN concedió a Ucrania el estatus de socio de oportunidades mejoradas y el Senado de Estados Unidos apoyó una propuesta para renovar el programa de préstamo de armas, cuyos antecedentes se remontaban a la Segunda Guerra Mundial y que en la coyuntura presente permitirían agilizar y mejorar el suministro de armas a Ucrania (Felshtinsky y Stanchev, 2022, p. 440). El 1.º de septiembre del 2021, se publicó la Declaración Conjunta de Asociación Estratégica Estados Unidos-Ucrania, en la que se reafirmaba que las puertas de la OTAN estaban abiertas y se ratificaba la cooperación estratégica en defensa y seguridad. El 17 de febrero del 2022, una semana antes del comienzo de la invasión rusa, se firmó un pacto británico-polaco-ucraniano para el mutuo apoyo en materia de ciberseguridad, seguridad energética y lucha contra la desinformación.

En abril del 2019, la Rand Corporation, una agencia de consultoría geoes-tratégica cercana al Pentágono y a la CIA, fue muy explícita en las intenciones que frente a Moscú tenía una parte importante de la clase política estadounidense. En el documento “Overextending and Unbalancing Russia” se precisa un plan detallado de medidas económicas y militares para debilitar a Rusia, para lo cual se precisaba ampliar la producción estadounidense de gas licuado y así reducir los suministros rusos a Europa y liberarla de la dependencia de Moscú. También se planeaba imponer sanciones cada vez más severas; apoyar a los rebeldes sirios y a las revueltas en Bielorrusia; reducir la influencia rusa en Asia Central; desestabilizar Transnistria y expulsar las tropas rusas; suministrar armas cada vez más letales a Ucrania; aumentar las fuerzas terrestres de Estados Unidos y la OTAN en Europa; invertir nuevos recursos para manipular la percepción mundial del “riesgo Rusia”; socavar la imagen de Moscú; debilitar la confianza de los ciudadanos rusos en su gobierno; fomentar protestas internas y levantamientos populares, y utilizar el poder blando para boicotear a Rusia en distintos foros (RAND, 2019).

Era evidente que, en vísperas de la invasión rusa, los temas euroatlánticos ocupaban el primer lugar de la política exterior del Gobierno ucraniano, incluida la incorporación plena a la OTAN. Entre los principales objetivos de la estrategia de seguridad nacional ucraniana se destacaba “la integración de

Ucrania en el espacio euroatlántico y la adquisición de la condición de miembro de la OTAN”, lo que provocó mayores tensiones internacionales, debido, por una parte, a una irritación muy acentuada en Moscú y, por la otra, porque se afirmó el apoyo indiscutido de los países europeos y de Estados Unidos a Ucrania como resultado de la concentración militar rusa en cercanías de la frontera ucraniana. Era evidente que las tensiones en la parte oriental de Europa habían alcanzado un punto de no retorno. Vemos que Rusia tenía motivos para preocuparse por el acoso que le hacían Estados Unidos y la OTAN, en cuanto amenazaba su seguridad estratégica. Sin embargo, desde que Putin dio la orden de la invasión, el Kremlin puso fin a la conveniencia de sus denuncias y de un plumazo borró la superioridad política y moral de sus argumentos.

Una vez comenzada la guerra interestatal en Ucrania, las acciones provocadoras y el cerco han seguido su curso. En abril del 2023, Finlandia se convirtió en el miembro 31.^º de la OTAN, proceso que se consumó en un corto tiempo debido a que desde hacía años mantenía fuertes lazos con esta organización y disponía de unas fuerzas armadas muy modernas. Con el ingreso de Finlandia, la OTAN ha consolidado su presencia en el mar Báltico y en la península de Kola y ha aumentado la frontera de la Organización con Rusia en 1300 kilómetros. Para Ucrania, Finlandia ha sido un importante socio, pues entregó en el primer año de guerra alrededor de 930 millones de euros en suministros militares, armas, municiones, asistencia humanitaria y cooperación y “ha jugado un papel fundamental en suministros e insumos para que los soldados ucranianos pudieran hacer frente al ‘general invierno’” (Marinelli y Olimpio, 2023). La OTAN, por su parte, se ha beneficiado porque Finlandia es un aportante neto de la organización, además de mantener excelentes relaciones militares con los norteamericanos, tal como lo testimonia el hecho de que el Gobierno de Sanna Marin ordenó la compra de 64 cazas F35 a la multinacional Lockheed Martin.

Poco a poco, el mar Báltico se ha convertido en un importante escenario de conflictividad entre Rusia y la OTAN, independientemente de los desarrollos en Ucrania. Se ha multiplicado la vigilancia de la OTAN porque se acusa a Moscú de lanzar ataques híbridos y sabotear las comunicaciones en esta importante arteria marítima, lo que ha llevado a fortalecer el apertrechamiento de sus naves en estas aguas.

En la actualidad, los ejercicios militares han ampliado su geografía y se han vuelto más y más recurrentes. Así, por ejemplo, en junio del 2023, la OTAN realizó ejercicios en Rumania, a solo doscientos kilómetros de la frontera con Ucrania. Al mismo tiempo se llevó a cabo en Alemania el más grande ejercicio aéreo que simulaba un ataque contra un país miembro (por parte de Rusia, obviamente), que contó con más de 10 000 participantes y 250 aviones de 25 países. En marzo del 2024 Suecia ingresó a la OTAN, lo que la convirtió en el miembro número 32. Esto ha tenido un gran impacto en Rusia porque

ha hecho del Báltico prácticamente un mar controlado por la OTAN, lo que entorpece aún más la navegación para la flota rusa a través de esta importante arteria marítima.

Un escenario similar se presenta en el mar Negro, donde el activismo de drones ingleses, estadounidenses y ucranianos ha obligado a un repliegue de la flota rusa a puertos seguros en la parte oriental. A ello se añade la partida de dos millardos y medio de euros para la creación de la base más grande de la OTAN en Europa que albergará a diez mil soldados. También se levantará un aeropuerto militar con nuevas pistas que ampliará la cobertura aérea del puerto de Constanza.

Como se mencionó, desde el 2016 la OTAN adoptó una posición más firme en cuanto a la seguridad de sus fronteras exteriores, con una mirada panorámica de 360 grados y vigilancia en los cuatro puntos cardinales. De modo más reciente, en la reunión de abril del 2024, la OTAN no solo ratificó que Rusia constituye “la amenaza más significativa y directa” y que los riesgos no se circunscriben a lo que ocurre en Ucrania, principal lugar en el que se ha constatado la presencia de uniformados de países de la OTAN, sino que también expresó que preocupan los “eslabones débiles” que son objetivos de Moscú (Bosnia, Moldavia y Georgia) y la presencia de sus militares en el norte de África y en el Sahel.

En este punto, una pregunta se vuelve obligatoria: ¿a quién se le pueda hacer responsable de que se atizara la guerra? Si hubiera que señalar un responsable principal, no cabe duda de que el señalamiento apunta al Kremlin, en el que, desde luego, recae la responsabilidad principal de amenazar a los vecinos con la concentración de miles de soldados en la frontera y de dar la orden de inicio de la invasión. Resulta evidente que la respuesta agresiva de Putin no obedeció a un sentimiento de fortaleza, tal como se ha intentado transmitir a través de los medios de comunicación, sino por el miedo de ser cada vez más débil frente a sus contendores y el temor de estar rodeado de un peligro inminente.

Pero reconozco que no quedo del todo a gusto con esta respuesta, aunque confieso que es la que primero se me viene a la mente y que el señalamiento de culpabilidad creo que se encuentra bien motivado. Dejando de lado las primeras impresiones, considero más bien que ha sido una responsabilidad compartida de numerosos dirigentes de Estados y organizaciones internacionales que no previeron ni entendieron cómo y por qué día a día se estaba ensanchando la *falla geohistórica* en la seguridad europea, de la cual Ucrania no solo se había convertido en uno de los nodos centrales, sino en el principal.

Una *falla* de este tipo no constituye una fatalidad histórica, sino que representa una dinámica en transformación, al decir de Marshall Sahlins (2015), es decir, es un proceso estructural plástico, cuya maleabilidad requiere de

la comprensión de su naturaleza. Sin embargo, primó, lo cual obviamente es extensivo también a los dirigentes rusos, una miopía que no ve más allá del corto plazo, incapaz de comprender que la *falla* tenía tres décadas a sus espaldas y que era el resultado de un problema irresuelto de la seguridad continental. Esta miopía llevó a que el discurso predominante fuera el de aquellos que desde un inicio renunciaron a buscar una salida negociada y prefirieron dejarse llevar por el impulso de atizar las llamaradas del conflicto.

La invasión rusa profundizó la *falla*, pero representó al mismo tiempo la última oportunidad de impedir su radicalización. Como nadie actuó para detenerla, desde el 24 de febrero del 2022 a la fecha, la *falla* no ha dejado de extenderse y profundizarse, lo que la ha convertido en una dinámica con vida propia. En síntesis, la responsabilidad ha sido compartida, porque al final de cuentas, por ignorancia y omisión, dejaron que el reloj de la guerra siguiera su curso y que se desgastara el cronómetro de la paz. En el fondo, el gran asunto aún no resuelto es si la seguridad europea se llevará a cabo con Rusia, sin Rusia, contra ella, o si simplemente el tema quedará en suspenso mientras se intenta resolver otro mucho mayor, del cual la seguridad europea empieza a ser solo uno de sus tantos episodios: me refiero a las encrucijadas que acorralan la seguridad global.

Como un escalón intermedio entre la dimensión ruso-ucraniana y la global se ubican dos dimensiones histórico-espaciales interpuestas, cada una de ellas con características que le son propias: la Europa centroriental y la atlántica.

La guerra en Ucrania altera el mapa político y geopolítico europeo

Desde que se produjo la invasión rusa, Volodímir Zelenski se convirtió en una importante figura europea. Aprovechó la disposición y tomó la decisión de aumentar de inmediato el nivel de exigencia para que su país fuera aceptado por la UE por medio de una especie de *fast track*. La solicitud de Ucrania fue registrada por la UE y de manera inmediata el asunto comenzó a ser considerado por las instancias pertinentes. Ya en abril del 2022, la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, emprendió un primer viaje a Kiev y entregó al presidente Zelenski un cuestionario relativo al estatus de candidato de Ucrania para la adhesión a la UE. El 14 de diciembre del 2023, el Consejo Europeo decidió abrir estas negociaciones.

Es evidente que Ucrania carece de los requisitos básicos para la adhesión. A diferencia de lo ocurrido en anteriores ampliaciones, en esta oportunidad se descartaron de plano las insuficiencias políticas, económicas e institucionales y resulta llamativa la inexistencia de análisis bien fundamentados sobre el impacto que la incorporación de este país tendrá en el funcionamiento general

de la UE. Pascal Boniface es contundente al respecto, cuando afirma que “desde un punto de vista racional, esta decisión es catastrófica, pero todos se felicitan afirmando que se trata de una señal. Se trata de una señal que muestra que los dirigentes europeos tienen dificultad para definir y defender sus intereses” y se han dejado llevar por la emoción de la inmediatez en lugar de una visión de largo plazo (Boniface, 2023, p. 128). Además, como tuvimos ocasión de examinar, la motivación de ser considerado por ser un país invadido no es un asunto menor, ya que significa que se alteran por completo las condiciones de la ampliación y se modifica la razón de ser del proceso comunitario, pues de una organización defensora de valores y principios se transita hacia otra que confiere centralidad a los asuntos y a los dispositivos geopolíticos y de seguridad.

En lo que respecta a las implicaciones que esta decisión tiene para el país candidato, resultan muy oportunas las palabras del politólogo Paul D'Anieri, uno de los mayores expertos en Ucrania, cuando sostiene:

lo mejor para Ucrania no es un rápido acceso. Lo menos es que la UE pida a Ucrania cumplir altos estándares porque, siendo sinceros, el pasado ha estado marcado por una elevada corrupción y no siempre por las mejores prácticas democráticas. La UE ha sido extraordinariamente exitosa impulsando reformas en sus Estados miembros. Aunque si vemos a países como Hungría o Polonia, una vez eres miembro, los requisitos de la UE desaparecen. Pero si la UE acepta el ingreso de Ucrania tal cual, muchos de los problemas del país no se solucionarán.
(D'Anieri, 2022)

Llama la atención el manejo expedito frente a Ucrania con la conducta dilatoria de los mismos órganos comunitarios frente a países que llevan décadas solicitando el ingreso con peticiones que duermen plácidamente en las gavetas de la burocracia bruselense. No debe extrañar el interés reciente de Turquía por los BRICS después de veinte años esperando que la UE le abra el *dossier* de la adhesión. A la ucraniana, por el contrario, se le ha dado un trámite veloz. Este manejo diferenciado obedece a dos tipos de circunstancias: primero, se trata de “alejar” lo más rápidamente a Ucrania de Rusia, porque esto produce un mayor debilitamiento de esta última, solidifica la consolidación de un marco de seguridad regional en detrimento de Moscú y levanta una importante barrera fáctica que obstaculiza la proyección rusa hacia el continente europeo. Segundo, porque Ucrania ha contado con importantes aliados dentro la organización. En su mayoría son los Estados de la UE que antiguamente eran parte del glacis soviético o que eran parte constitutiva de la potencia comunista (las repúblicas del Báltico). Por lo general, estos países que se incorporaron

hace apenas un par de décadas a la UE han sido grandes beneficiarios de la pertenencia a la organización, pero, por lo general, les ha correspondido un rol menor en el funcionamiento y en la determinación de sus horizontes y expectativas. Corrientemente, varios de ellos eran noticia cuando se resistían a las posturas liberales de la UE o cuando planteaban un rechazo terminante a recibir migrantes extracomunitarios. La guerra, empero, cambió por completo la ecuación: hoy por hoy, representan la avanzada en el apoyo a Ucrania, se ubican en la vanguardia de la geopolitización de Europa y desempeñan un papel central en la inclinación de la balanza en favor de una política más firme de la UE y de la OTAN frente al coloso euroasiático.

Polonia sobresale entre los numerosos socios con los que cuenta Ucrania. Así lo hizo saber el mismo presidente Volodímir Zelenski en una de sus visitas a dicho país:

Quiero agradecerle haber sido nuestro abogado en la UE [...]. Usted ha contribuido sobremanera a que a Ucrania se le atribuyera el estatus de candidato. El hecho de que la UE nos perciba de esta manera, en pie de igualdad, es una motivación enorme para nuestros soldados.

“Reconstruiremos una Ucrania aún más bella que lo que era”, prometió en respuesta Andrzej Duda, el presidente de Polonia. Sin embargo, dejó flotando en el aire una idea de recuerdos confusos porque rememora páginas de la historia regional cuando varias zonas de lo que hoy constituyen Ucrania fueron incorporadas por los polacos. “Esperamos que la frontera física entre nuestros dos pueblos sea borrada y que nuestros ciudadanos puedan desplazarse olvidando que esta frontera alguna vez existió” (Iwaniuk, 2023b).

De cualquier forma, el caso de Polonia resulta paradigmático. Así lo establece el corresponsal Jakub Iwaniuk en un interesante artículo publicado en el periódico parisino *Le Monde*. Antes de la invasión rusa a Ucrania, su gobierno nacionalista se encontraba bastante aislado, debido a su política “iliberl” con cuestionamientos permanentes de los valores comunitarios. Con la invasión, la situación polaca dentro de la UE dio un giro que, si no fue de ciento ochenta grados, sí que fue bastante radical. Polonia se convirtió en país clave de la estrategia occidental frente a Rusia: es la parada obligada de los responsables de los Estados y de las organizaciones internacionales que van a Ucrania; el aeropuerto de Rzeszow-Jasionka, en el sudeste del país, se ha convertido en el principal centro logístico al que llega el apoyo militar a Ucrania; es el campeón indiscutido de la causa ucraniana dentro de la UE y de la Alianza Atlántica; es el país occidental que ha dado refugio al mayor número de ucranianos que han huido de la guerra, lo que le ha valido el calificativo de “superpotencia humanitaria”; es uno de los principales contribuyentes a la causa ucraniana,

pues llegó a destinar 11,9 millardos de euros en el primer año —8,4 en ayuda a los refugiados y 2,4 en ayuda militar— lo que lo convirtió en su momento en el tercer mayor aporte después de Estados Unidos y el Reino Unido; se ha mantenido firme en una disposición atlantista de larga data y rechaza cualquier plan europeo de seguridad que deje por fuera a los anglosajones.

Además del denodado apoyo a Ucrania, Polonia se ha empeñado en una radical renovación de sus fuerzas armadas y es uno de los principales abogados del aumento del presupuesto militar al 3 % del PIB en Europa. El objetivo de esta estrategia consiste en conformar el ejército de tierra más grande de Europa (sin contar a Rusia), con alrededor de trescientos mil efectivos. Para tal efecto ha realizado contratos militares con Corea del Sur y Estados Unidos por varios miles de millones de euros. Si a esto se le suma que Ucrania tiene planes para convertirse en un futuro no muy lejano en el principal suministrador de armas de Occidente⁶, tenemos un preocupante escenario: la “*falla* de seguridad” en las fronteras con Rusia se mantendrá en el tiempo y las constantes geopolíticas imperarán.

Además de estos cambios que han favorecido el afianzamiento de los referentes geopolíticos en la actuación comunitaria, Varsovia no ha escatimado esfuerzos ni recursos en disputar la presunción de la dupla franco-alemana de ser la fuerza centrípeta de la Unión. Durante los primeros dos años de la guerra, el Gobierno arreció contra el Gobierno de Francia, debido a su posición “negociadora” frente al conflicto y a su europeísmo que riñe con el atlantismo. En cuanto a Alemania, la crítica se ha centrado sobre todo en acusarla de imperialista, de querer convertir a los países vecinos en apéndices de su poderío. Incluso Varsovia ha llegado a exigir a Alemania el pago de 1300 millardos de euros por concepto de reparaciones de la Segunda Guerra Mundial. Como ha señalado el historiador Slawomir Debski, presidente del Instituto polaco de relaciones internacionales:

el papel de Polonia es sacar a Alemania de su zona de confort. Los alemanes se benefician del paraguas de seguridad de la OTAN, repudiando sus gastos militares. Han basado su modelo económico en el gas ruso a buen precio, lo que ha permitido financiar al Kremlin, al tiempo que han creado una competencia desleal en el mercado

⁶ El ministro de Industrias Estratégicas, Oleksandr Kamishin, sostuvo en septiembre del 2023 que, si Ucrania ha sido conocida hasta ahora como uno de los mayores productores mundiales de cereales, ahora lo será por su industria armamentística: “Cuando acabe la guerra, será más inteligente exportar armamento que agricultura. Un kilo de exportaciones de la industria de defensa equivale a 20 toneladas agrícolas. Ser el arsenal del mundo libre es una buena alternativa a ser la cesta del pan de Europa”. *El País*, 1.º de octubre del 2023.

europeo. La construcción del gasoducto Nord Stream se llevó a cabo en detrimento de los intereses vitales de los países de Europa Central y Ucrania. (Iwaniuk, 2023a)

La actuación de estos países ha redundado en un desplazamiento de la iniciativa política de la UE en dirección de Polonia y de la Europa báltica y nórdica. Sin embargo, no todos los analistas comparten la tesis del deslizamiento del baricentro de la UE hacia el este, entre los que se cuenta Wolfgang Münchau, quien hace poco discutía esta idea. Basaba su argumentación en el hecho de que “tres de los 27 países que la integran —Alemania, Francia e Italia— representan más de la mitad del PIB de la Unión, mientras que los “11 países del centro y el este de Europa suman poco más del 10 %. El centro de gravedad prosigue en el oeste”, para ello “basta con fijarse en las relaciones entre la Unión Europea y China desde la posición de las empresas industriales europeas”. La guerra, en efecto, les ha dado a sus políticos una presencia “en los medios de comunicación que antes les había sido negada” y son los más firmes transatlantistas de la Unión, pero no hablan en nombre de los Veintisiete (Münchau, 2023).

Münchau se equivoca en su argumentación, porque el dilema que enfrenta la UE no descansa —como antaño— en el peso y la fuerza económica de sus miembros, sino en la capacidad de asumir y sostener la iniciativa política, la cual, hoy por hoy, está en el este, sobre todo por la importancia que se le ha dado al asunto de la guerra y por la fuerte connivencia de estos Estados con los países anglosajones que, aun cuando no sean parte de la UE, constituyen sus referentes fundamentales. Prueba de ello es que París y Berlín después de ir siempre a la zaga de las iniciativas de sus socios orientales, finalmente han terminado avalando dichas propuestas. Al presidente ucraniano le ha correspondido un papel no menor en este desplazamiento del eje de gravedad, por las duras palabras que ha pronunciado contra aquellos dirigentes europeos cuando sostienen posiciones que no son del agrado de Kiev. Claro que el tono acusador se suaviza frente a los norteamericanos, porque Zelenski ha sido consciente de que aquel país constituye la principal garantía de la existencia de Ucrania en calidad de Estado independiente. La cordura pareció perderla solamente cuando se adelantaba la reanudación de relaciones de Washington con Rusia y Donald Trump hizo ciertos pronunciamientos en los que culpaba, entre otras cosas, a Zelenski de no haber evitado el estallido de la guerra, lo que desató una agria controversia con acusaciones de ida y vuelta. El punto más alto de fricción se presentó el 28 de febrero del 2025 con una agria discusión en la oficina oval entre los dos mandatarios en presencia de la prensa. Este episodio dialéctico fue la confirmación de un cambio mayor en las relaciones entre Washington y Kiev.

Poco a poco el discurso, las iniciativas y las actuaciones de los gobiernos de esta parte de Europa han terminado por permear a los miembros más occidentales de la organización. Alemania se ha decantado por asumir posturas similares a sus vecinos del este, y después de varios vaivenes también Berlín ha insistido en la “ruptura total” con Rusia. Lo mismo ha ocurrido con el presidente de Francia, Emmanuel Macron, que a mediados del 2024 dio un vuelco radical y durante unos meses intentó incluso erigirse en adalid de la causa ucraniana, llegando a plantear la posibilidad de enviar soldados franceses en apoyo del ejército ucraniano. Retomó esta iniciativa una vez más en la cumbre de París de febrero del 2025, convocada por él mismo, en la que instó a ocho jefes de gobierno y Estado europeos a sentar posición frente a las negociaciones entre Trump y Putin. Resulta curioso que este ofrecimiento ocurriera poco después de que los últimos soldados franceses fueran “obligados a salir” de África, donde tuvieron un papel no muy meritorio. Francia enfrenta además otro obstáculo y deberá remar a contracorriente porque los interlocutores pre-dilectos de la dirigencia ucraniana son los norteamericanos, y en su defecto los británicos, además de ser muy evidente que durante estos tres años de guerra los franceses no han concitado mayor atención.

Esta actitud de mayor distancia y de rechazo de Rusia no es una postura meramente circunstancial producto del complicado momento histórico que se vive. Más bien deriva de una convicción mayor de las élites políticas de estos Estados: la identificación con el atlantismo. Esta concepción está arraigada sobre todo en aquellos pueblos que se ubican en un ciclo histórico de consolidación de la nación y que experimentan un temor permanente de Rusia, por lo que perciben que los Estados Unidos son la principal garantía de su seguridad nacional. Si durante la época de la Guerra Fría el atlantismo y el europeísmo iban de la mano y se retroalimentaban mutuamente, en el presente siglo se han vuelto disfuncionales entre sí. El atlantismo, proyecto capitaneado por los países anglosajones con unos Estados Unidos identificados con el “*Make America Great Again*” y con el Reino Unido del Brexit y del Global Britain, refuerzan las opciones soberanistas y de afirmación nacional en contraposición con un europeísmo de corte más cosmopolita, que ha sido central en la filosofía de la UE. Este deslizamiento ideológico ayuda a entender las circunstancias que han hecho posible el fortalecimiento de los nacionalismos antieuropeístas e incluso explica el aval al “identitarismo genocida” (Alba Rico, 2024), tal como se desprende del apoyo resuelto de varios gobiernos europeos a Israel ante el genocidio en Gaza o el silencio frente a las propuestas de expulsión de los gazatíes a los países vecinos. Estos nuevos nacionalismos de los países desarrollados no son universalistas, sino que son defensivos y buscan refugio en un pasado glorioso de dominio del mundo. “Es un nacionalismo del miedo, enraizado en el temor de un porvenir imprevisible”. Distintos son los nacionalismos de China,

Rusia e India, donde se tiende a negar las diferencias internas y dar una cohesión que responda a los grandes desafíos, sean producto del veloz crecimiento o del riesgo de descomposición (Guéhenno, 2023, pp. 99 y 100).

Como correctamente ha señalado el historiador Serhii Plokhy (2023, p. 348), la guerra ruso-ucraniana le ha dado a Londres una oportunidad de reconstruir viejas alianzas con países nórdicos y del este de Europa, tradicionalmente escépticos ante el poder de Bruselas y, en el caso de Polonia y los Estados bálticos, también molestos con la actitud tibia de los países de la Vieja Europa con la agresión rusa.

Todo esto lleva a inferir que como organización la UE se encuentra en proceso de reorientación a partir de una lógica geopolítica, lo que se ha convertido en el marco definidor de la europeidad, que en últimas determina los candidatos y las condiciones de base para ser admitidos al club. El criterio fundamental dejó de ser la convergencia, apropiación y asimilación de los valores y normas comunitarias. Prima más bien la demarcación y calidad de la barrera impermeabilizada frente a Rusia. Esta estrategia ha recibido nuevos impulsos con la designación de Kaya Kallas como alta representante para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad de la UE, quien ha reiterado el anhelo del desmembramiento de Rusia en varios Estados pequeños, debido al peso que se da a los temas de seguridad como núcleos articuladores de las estrategias fundamentales de la organización y debido a iniciativas como el apoyo a la industria militar que se enquistan en su quehacer rutinario. No es extraño que a partir de estos fundamentos empiecen a ser habituales iniciativas como la propuesta de los países bálticos y Polonia de que la UE financie una línea de defensa y un escudo aéreo para blindar la frontera con Rusia y Bielorrusia. Otro corolario de esta geopolitización ha sido el fortalecimiento de unos vínculos políticos, geopolíticos y de seguridad más estrechos con los países anglosajones. La politóloga Lea Ypi sintetiza esta preocupación cuando señala:

la retórica en las capitales europeas que parece normalizar su remilitarización. El nuevo militarismo europeo amenaza lo que, en mi opinión, hizo que la UE fuera un proyecto tan grande desde el principio: una forma diferente de pensar las relaciones entre países, basada no en la guerra y la fuerza militar, sino en la paz. Si la UE prioriza la militarización, fortalecerá a la derecha radical en todas partes, y una vez que estén en el poder, no solo se terminará el proyecto europeo, sino también cualquier resistencia a Rusia. (Rizzi, 2024)

Es evidente que frenar a Rusia o incluso acabar con este gigantesco Estado vecino al este es un objetivo prioritario para numerosos actores políticos polacos. Esta postura no es fortuita ni responde a una contingencia exclusivamente

coyuntural. El conflictivo pasado con Rusia es algo que se repite entre los polacos. Pero, sin duda, el “hecho de que políticos, estadistas y asesores polacos surgieran de debajo de las piedras a lo largo de toda la crisis ucraniana no era, desde luego, una casualidad”. Sectores de la élite polaca han resucitado viejas ambiciones nacionales: Intermarium (*Miedzymorze*, en polaco), un proyecto ideado por el caudillo de la independencia Józef Piłsudski (1867-1935) en los años veinte del siglo xx. Del plan original de resucitar la República de las Dos Naciones (Polonia y Lituania) se pasó al plan de los dos mares, el Báltico y el Negro, hasta la variante de los tres mares, que se extiende hasta las riberas con el mar Adriático. Varias cumbres se han celebrado para darle contenido a esta última opción: Dubrovnik (2016), Varsovia (2017), Bucarest (2018), Liubliana (2019), Tallin (2020) y Sofía (2021). Los objetivos se han centrado fundamentalmente en temas de seguridad, defensa y en armonizar para reducir las tensiones nacionalistas en el este. Todos estos programas contemplan que el núcleo central siempre sea Polonia (Veiga, 2022, pp. 212-213). El mismo analista recuerda que existe cierta correlación entre las tensiones que han sacudido el Cáucaso y Ucrania. También son guerras en torno al mar Negro,

común a Rusia, Ucrania y Turquía, actor de primera fila en esta historia y que a menudo es dejado de lado por los analistas [...], el Cáucaso es el extremo meridional del proyecto *Intermarium*; el río Dniéper a lo largo del cual se articula la Ucrania histórica hace de este país un pasillo de conexión Báltico-mar Negro que incluye Estambul y el Cáucaso. Por supuesto, en los proyectos occidentales para hacer de Ucrania un *hub* energético que debería reunir el gas procedente de Asia Central en dirección a Europa, el control del Cáucaso es esencial, y en especial la aquiescencia de Azerbaiyán. Porque al otro lado de esa república, más allá del Caspio, está Turkmenistán, que con sus reservas de hidrocarburos podría abastecer al Viejo Continente sin pasar por Turquía. Para Europa es importante no depender de Rusia, pero tampoco de la Turquía de Erdogan. (Veiga, 2022, p. 257)

Es decir, no se debe echar en saco roto el papel de las iniciativas de reorganización geopolítica para la parte oriental de Europa que han sido resucitadas en los últimos tiempos. Bajo el alerón de Estados Unidos y el Reino Unido, sectores políticos de estos países centrorientales mantienen un interés muy explícito por reorganizar toda la región, que no se circunscribe únicamente a la parte oriental del Viejo Continente, sino que se proyecta incluso hacia los países de Asia occidental, sin tener en cuenta, eso sí, a Rusia y los europeos occidentales. Este tipo de iniciativas que pertenecerían a un pasado ya consumado, en realidad gozan de una actualidad extrema porque coinciden con

la concepción geopolítica estadounidense del *Rimland*, o anillo continental, que se extiende desde el Ártico, sobrepasa los países escandinavos, el Báltico, Polonia, Ucrania, desciende por el mar Negro, Turquía, la península arábiga, gira por el Índico en dirección de Malasia e Indonesia y asciende por Filipinas, Vietnam y Tailandia para concluir en el Mar de Japón (*Limes*, 2024). Una simple mirada al mapa muestra con claridad la importancia de este anillo: establece un cinturón que bordea y encierra a sus principales contendores de Occidente en el mundo actual: Rusia, Irán, China y Corea del Norte.

El Kremlin no se ha quedado atrás y ha intentado contrabalancear estas acciones por medio de dos iniciativas: el sistema llamado de los “Cinco mares”: Blanco, Báltico, Azov, Negro y Caspio. Este sistema fue concebido originalmente bajo Pedro el Grande y fue desarrollado en parte con los planes quinquenales de Stalin. La red de canales y de vías fluviales debería conectar estas cinco cuencas marítimas, lo que, de hacerse realidad, levantaría un eje estratégico que podría unir San Petersburgo con Bombay. A la ciudad rusa de Astrakán se le asigna el papel de ser un punto estratégico en esta conexión entre Rusia, India e Irán, con un corredor que se extendería por más de siete mil kilómetros (Minassian, 2022). Más adelante se analizará con mayor detalle la segunda iniciativa, que consiste en la intensificación de los vínculos entre Rusia, China, Irán y Corea del Norte y en el fortalecimiento de la Organización de Cooperación de Shanghái.

Es decir, no resulta nada claro cuál será el panorama geopolítico en esta importante región en lo inmediato y en el futuro cercano. Al escenario tal cual existe hoy, y a las propuestas rusas eurasianistas, como el *russki mir*, les están apareciendo proyectos nuevos que pretenden reorganizar de manera profunda la interrelación entre esa parte de Europa y Asia occidental, lo que también hace parte de la tectónica geopolítica en vigencia.

El politólogo Iván Krastev sintetizaba el conjunto de estas transformaciones cuando aseveraba que esta guerra ha sido una de las pruebas más grandes que ha debido enfrentar la UE. Algunas crisis anteriores en lugar de ser enfrentadas fueron evitadas, lo que no ha ocurrido con la invasión de Ucrania, porque ha sacudido los cimientos en varios ámbitos. En el económico, ha tenido serios impactos porque ha debido inventar estrategias para hacer frente al encarecimiento de la energía y apoyar a la población vulnerable muy golpeada por el incremento de los precios. Ha tenido además que resolver el arribo masivo de migrantes provenientes de Ucrania, que se suman a los miles que siguen llegando clandestinamente por el Mediterráneo. En el ámbito político e institucional ha comenzado a tener que hacer frente a una nueva fractura porque la “invasión rusa redefinió la geografía política de Europa, desplazando su centro de gravedad hacia el este. La legitimidad moral del dúo franco-alemán ha quedado seriamente cuestionada” (Krastev, 2023, pp. 170-171).

Joe Biden, que no daba puntada sin hilo, comprendió a cabalidad la división de Europa acerca de cuál es la mejor manera de hacer frente a la invasión rusa, y en consecuencia procuró reafirmar la convergencia de posiciones e intereses con los miembros de las partes centrales y orientales de la OTAN. En una reunión con los líderes de nueve países de la región en Varsovia, Biden prometió: “Defenderemos cada pulgada del territorio de la Alianza”. Con excepción de Hungría, estas naciones —Polonia, los Estados bálticos de Estonia, Letonia y Lituania, la República Checa, Eslovaquia, Bulgaria, Rumania y Hungría— figuran en su mayoría entre los partidarios más entusiastas de un apoyo militar contundente a Ucrania, y reclaman una actitud firme frente a Rusia (Vidal Liy, 2023). Previamente, en la cumbre de Madrid de junio del 2022, el secretario de la OTAN Jens Stoltenberg había anunciado que reforzarían los sistemas de defensa en el flanco este de Europa. Se crearon cuatro grupos tácticos en Rumania, Bulgaria, Hungría y Eslovaquia, con lo que el número en este flanco se elevó a un total de ocho. Además, se reforzó la vigilancia del espacio aéreo de estos países. Así, treinta mil hombres fueron puestos a disposición de la OTAN en los ocho países más expuestos: 1650 en Bulgaria, 4500 en Rumania, 900 en Hungría, 11 600 en Polonia, en los países bálticos el número oscila entre 2000 en Estonia y 4000 en Lituania y 1000 suplementarios en Letonia. Además, con los miles de soldados de Estados Unidos en el este de Europa también su papel es central (Pietralunga y Vincent, 2022).

La UE no se ha quedado atrás: en agosto del 2023, el presidente del Consejo Europeo, Charles Michel, propuso como límite el 2030 para que la UE tenga todo dispuesto para recibir a nuevos miembros. Por su parte, Alemania y Francia solicitaron un informe de un grupo de expertos para elaborar una propuesta similar. Dentro de este plan, la UE llegaría a tener 35 miembros, pues a los actuales 27 se le sumarían Ucrania, Moldavia, Albania, Bosnia-Herzegovina, Montenegro, Macedonia del Norte y Serbia. La tarea no se ve fácil, pues, más allá de los cambios institucionales, todos los nuevos miembros serían receptores netos de recursos, lo que significa que los 27 actuales serían aportantes netos. De acuerdo con cálculos preliminares, Ucrania, con más de cuarenta millones de hectáreas de cultivo, que es superior a todo el territorio de Italia, recibiría más de dieciocho mil millones de euros de la Política Agrícola Común, lo que implicará una reducción casi total de recursos de los miembros históricos. Esta ampliación constituye la respuesta geopolítica de la UE para participar en las reorganizaciones espaciales y territoriales a las que se está enfrentando el continente y el mundo y constituye una clara señal del vaciamiento que está experimentando “el orden posthistórico” soñado. Lo que sí es un hecho es que una vez más la UE ha optado por inclinarse en favor de la ampliación en lugar de la profundización como procedimiento de perpetuación de la “comunitarización”, pero esta vez

el eje nodal no será la libertad del mercado, sino la geopolítica. En esta nueva ecuación de competencia, la estrategia es eminentemente política y se articula en torno a una racionalidad estratégica.

Todo esto permite colegir que a nivel internacional se observa un peso mayor del referente de los Estados Unidos dentro de la UE y una centralidad más marcada de los temas de seguridad. De ello se infiere que la UE está evolucionando en la dirección de ser una organización cada vez más catalizada por actores externos —Rusia, Estados Unidos— que por dinámicas u objetivos internos. Así, con la guerra el mundo penetró la UE. Además, por la ascendencia que tiene Estados Unidos sobre un buen número de países, en especial desde el retorno de Trump a la Casa Blanca, y por el temor y rechazo que produce Rusia, se puede colegir que el baricentro —no de la UE, sino de Occidente en general— se está desplazando hacia el oeste.

La actual UE se caracteriza también por la fractura entre el este y el oeste de la organización, con unos países occidentales que han pretendido seguir viviendo dentro un imaginado contexto posthistórico, en el que las guerras son lejanas, mientras que en el este y el nordeste han sufrido la militarización y la amenaza bélica de manera más directa. Esto se puede ver en las diferencias que tienen estos Estados en el porcentaje de aporte del PIB para defensa. Los del este sobresalen en sus esfuerzos en inversión en defensa y seguridad, así como en el tipo de ayuda que brindan a Ucrania: mientras la Europa central y nórdica privilegia el apoyo bélico, los países más distantes del conflicto se han decantado por largo tiempo por la ayuda humanitaria y la solidaridad con la población. Los europeos, sobre todo a medida que se alejan de la zona de conflicto, también perciben la guerra como un espectáculo que lo único que “compromete es su ‘modo de vida’, que obviamente no tiene la misma fuerza emotiva que la defensa de la nación” (Guéhenno, 2023a, p. 29). Esta diferencia se atemperó a mediados del 2024 cuando el avance ruso alimentó el temor de que la potencia euroasiática terminara obteniendo una pronta victoria. En medio de esa coyuntura se asistió a una mayor identificación de los países más occidentales con los orientales en Europa. La OTAN ha desempeñado un papel nada despreciable en ello con el argumento de que Rusia no se contentará con Ucrania pues en sus planes está el dominio de Europa. Está por verse qué tan durable será esta convergencia.

Se puede avanzar la hipótesis, cuya factibilidad queda sujeta al desarrollo del nuevo Gobierno de los Estados Unidos, según la cual hay probabilidades de que con el tiempo el campo euroatlántico se divida en dos corrientes. Una conformada por los norteamericanos, británicos, la Europa central y nórdica, para quienes el objetivo principal consistirá en restringir las capacidades militares y económicas de Rusia para que no pueda volver a ser una amenaza. No faltarán quienes preconicen o anhelen incluso un fraccionamiento de Rusia en

numerosos Estados, tal como lo ha soñado Kalla Kalas. El otro enfoque, compartido seguramente en mayor número por las clases dirigentes de Alemania, Francia e Italia, reconocerá que Rusia seguirá teniendo fronteras comunes con Europa y será necesario encontrar una acomodación que permita maximizar la seguridad y limitar los recursos consagrados a la defensa. En este esquema uno puede imaginar que las condiciones le sean planteadas a Rusia y, tratándose de Ucrania, que la integridad territorial sea restablecida, que sean acordadas las reparaciones y que finalice un acuerdo de seguridad con el oeste. Si se cumplen condiciones de este tipo, no habrá obstáculos mayores para la reintegración de Rusia dentro de un esquema de seguridad europea (Seminiy, 2023, p. 330).

No obstante, en todo este proceso incierto de reingeniería de la UE hay una dimensión que a veces emerge y a veces se esconde. Su intermitencia dificulta comprender su verdadero alcance, pero su recurrencia permite conjeturar la mayor frecuencia de tendencias nuevas, catalizadas en torno al tema de la nación y de la defensa de los fueros respectivos. Para ello, puede verse el ejemplo de Rusia, en relación con quien se alcanzan los consensos con relativa facilidad, pero el asunto adquiere otro cariz cuando hay ciertas dinámicas propiciadas o distorsionadas por la guerra que producen impactos negativos en temas internos o que modifican la redistribución de las cartas dentro de la UE. En sí esto no tiene nada de nuevo, porque es evidente que la política exterior europea no ha encontrado mayores obstáculos para unificar posiciones frente a países o temas que no repercuten de modo directo en los Estados miembros. Así ocurrió con la condena del *apartheid* en Sudáfrica que no representó problema alguno. Otro tema es cuando hay intereses en juego: qué difícil resultó alcanzar posiciones más o menos consensuadas frente al drama yugoslavo en los noventa del siglo pasado.

El principal adalid de la causa ucraniana en la UE (Polonia) fue uno de los primeros en experimentar en carne propia las repercusiones negativas ocasionadas por la guerra. El 15 de abril del 2023 resolvió establecer la prohibición de las importaciones y de los productos agrícolas ucranianos. La decisión se tomó luego de que los agricultores polacos llevaran meses saliendo a protestar porque los productos ucranianos habían empujado los precios a la baja y ello había impactado negativamente en las ventas. En su momento, el tema se volvió crucial para el partido gobernante, el PiS (Ley y Justicia), porque el campesinado ha sido tradicionalmente uno de sus bastiones electorales. A este dictamen se sumaron de inmediato los Gobiernos de Hungría, Eslovaquia, Bulgaria y Rumanía. El problema fue contenido momentáneamente por la Comisión Europea al decretar que cinco productos ucranianos no podrían permanecer en estos países, a lo que se sumó la entrega de cien millones de euros en subvenciones a los agricultores de los países afectados. El problema, empero, no

paró ahí. Los Gobiernos de trece Estados miembros criticaron a sus socios del este porque con sus medidas unilaterales estaban socavando la “integridad del mercado único”. También cargaron contra la Comisión porque estaba aplicando un trato diferenciado que rompía con la igualdad del mercado único y debilitaba el frente de apoyo a Ucrania. Si cada vez que un Estado se resintiera con las medidas aplicadas para castigar a Rusia y ayudar a Ucrania iba a exigir un tratamiento especial, entonces hasta ahí llegaría la tan cacareada solidaridad. Ucrania reaccionó planteando una demanda en la Organización Mundial del Comercio contra Polonia por prácticas desleales, a lo cual Varsovia respondió con la amenaza de suspensión del envío de material militar a Ucrania. Aunque el asunto no pasó a mayores, sí ilustra con claridad que, mientras los problemas internacionales queden contenidos en “el exterior”, la cotidianidad sigue su curso. Sin embargo, cuando sus influencias impactan claramente determinados sectores sensibles, la defensa de la “nación” prevalece sobre la solidaridad internacional.

Otro impacto de la guerra en la vida interna de la UE ha sido que el apoyo a Ucrania ha difuminado cualquier disfuncionalidad con respecto a las normas y valores de la organización. Es llamativo que el Gobierno de Georgia Meloni haya sido rápidamente aceptado por la UE porque desde el primer día se sumó a la cruzada antirrusa y expresó su apoyo irrestricto a Ucrania. Lo mismo aconteció en Polonia, donde el desmonte del Estado de derecho, las cortapisas a la independencia de la justicia, la politización de la función pública, las diatribas antialemanas quedaron en segundo plano frente a la urgencia de apoyar a Kiev (Smolnar, 2023). De ello se puede colegir que se aceptan sus derivas ultras porque a la postre ambos han mostrado que comparten un atlantismo radical. No ocurre lo mismo con el presidente de Hungría que por su “cercanía a Putin” rompe con los consensos internos, lo que ha convertido a este país es un Estado paria dentro de la organización.

El escalamiento del conflicto ha ido saltando de una dimensión a otra. Empezó siendo local y regional, pasando por nacional y binacional, hasta terminar involucrando a toda Europa. Enseguida, el conflicto trascendió los marcos del Viejo Continente y ha comenzado a llegar a otras latitudes. A través de las comentadas iniciativas Intermarium, de los “cinco mares” y el anillo continental se pudo ver que en ciertos círculos dirigentes había el interés y la intención de esparrcir el conflicto para proyectarlo como plataforma de una reorganización regional con una envergadura mucho mayor. Eso, sin embargo, se ha quedado en el plano de las intenciones. Otro escalamiento, esta vez no intencional sino real, ha sido la *atlantización*.

La guerra en su dimensión noratlántica

La atlantización sigue varios derroteros, entre ellos el que se ha presentado frente al tema de las negociaciones de paz. A la fecha, una parte de Europa no es renuente a buscar una solución negociada, mientras que hay otra que no quiere cesar en su empeño de apoyar a Ucrania hasta la derrota militar total del invasor. No es casual que estas desavenencias correspondan con el tipo de relación esperada por los dos grandes socios anglosajones: Estados Unidos y el Reino Unido. Mientras que en la parte vecina de Rusia la identificación ha sido total y gustan de una alianza militar revivida y liderada por Estados Unidos, independientemente de que sea demócrata o republicana, la otra Europa, la occidental, no es del todo renuente a la idea de una estrategia de seguridad propia, que se asocie, pero que no dependa de los Estados Unidos. Esta conducta más equidistante se nutre en buena parte del recuerdo de los peligros de dejar que un tema tan importante como el de la seguridad dependa de los vaivenes de la política interna norteamericana, de triste recordación sobre todo durante los años en que Donald Trump ocupó la Casa Blanca durante su primera magistratura, situación que se ha reeditado a partir del 2025.

Pero no solo Trump ha sido el problema. Existen muchos indicios de que las autoridades norteamericanas cada vez piensan más en términos de su propia realidad nacional. Es decir, Trump fue un claro ejemplo de esto, pero en ningún caso fue el único. Podría decirse que con el retiro de los soldados norteamericanos de Afganistán en el verano del 2021 la Casa Blanca pretendió dar por cerrado el capítulo de las aventuras militares. Pero cuando se presentó la oportunidad de participar de lleno en una guerra *por procuración* en Ucrania, Joe Biden no dudó ni un segundo, y ese cambio súbito de actitud fue producto de su convencimiento atlantista, pero también porque era consciente de que la “débil” Europa no iba a ser capaz de hacer frente al gran desafío que representaba la arrogante Rusia.

Una de las consecuencias de la invasión rusa en Ucrania fue favorecer la recomposición del vínculo transatlántico, que se encontraba ya bastante debilitado. En las nuevas circunstancias renació como una relación bastante desequilibrada. El desnivel se produjo por las evidentes limitaciones europeas en materia militar y de seguridad y por el reforzamiento de la presencia militar de Estados Unidos en la región. Con el paso de los meses se le han sumado otros desequilibrios en materia económica y tecnológica. La fortalecida y reorganizada OTAN ha tenido un papel central en este proceso, y ha actuado como palanca para engrandecer y mejorar la coordinación de los vínculos transatlánticos.

El desequilibrio entre las dos riberas del Atlántico comporta también otra dimensión: desde la desaparición de la cortina de hierro los gobiernos

norteamericanos han cultivado excelentes y más afines relaciones con los Estados provenientes del anterior campo socialista. La postura frente a la guerra de Irak en el 2003 fue la fiel constatación de este hecho, sobre todo por la identificación de posiciones de los “neocons” estadounidenses con las organizaciones de derecha en la Europa centroriental. En esa ocasión, los intelectuales orgánicos republicanos estadounidenses concluyeron que el Viejo Continente se había partido en dos: una “Nueva Europa”, centroriental, que apoyaba a Estados Unidos (Marte), y una “Vieja Europa” (Venus), representada por los países fundadores de la Comunidad Económica Europea, contrarios a esa acción militar. Hoy en día, el espectro de aquella “dividida Europa” ha renacido en relación con Rusia, imponiendo la confrontación frente a la cooperación (Basile, 2024, p. 48).

Ahora bien, lo que en ese entonces se pensaba que era un simple desliz coyuntural, se ha convertido en una dinámica estructurante que reaparece de manera periódica. La situación volvió a repetirse en la crisis de los refugiados del 2015, durante la Primavera Árabe, con las diferencias de relacionamiento con los gobiernos de Donald Trump y de Joe Biden, y revivió una vez más como resultado de la invasión rusa de Ucrania. No es por lo tanto atrevido sostener que el mundo anglosajón representa en la actualidad un referente esencial que determina maneras distintas de ver el mundo por parte de los europeos (Krastev, 2017). Para buena parte de los europeos que viven en el vecindario de Rusia, la afinidad con los anglosajones se cristaliza en torno a los temas de seguridad, en el respeto de la integridad de la nación y la soberanía, y en una mayor suspicacia frente a políticas y organizaciones que controvieren los derechos y las oportunidades nacionales individuales. Los factores que alimentan estas actitudes pueden ser muy distintos entre unos y otros, pero hay una clara afinidad en cuanto a los resultados. En el caso del Reino Unido la defensa de la “nación” y la desconfianza frente a la UE han sido parte de un semipaterno rechazo de los esfuerzos integradores en favor de las zonas de libre comercio, lo que reprodujo la tensión permanente entre este país y los órganos comunitarios. En el caso de los países de la Europa centroriental, la defensa de la integridad de la nación ha sido el resultado de que estos se encuentran en otro *momento histórico*, en uno de recuperación de la nación y de animadversión frente a cualquier supranacionalidad que se asemeje tanto al predominio ejercido por los soviéticos hasta hace un puñado de décadas, como al de otras potencias centroeuropeas en el pasado.

Aunque la atlantización es el principal punto de convergencia, es muy particular la lectura que de ella se hace desde Washington, porque para la Casa Blanca constituye un medio y no representa un fin en sí. A medida que el conflicto se ha prolongado, el tema de la seguridad europea ha pasado a segundo plano, sobre todo porque los grandes actores occidentales difieren en sus

objetivos de corto y mediano plazo. Para Estados Unidos hay que mantener el conflicto mientras las tropas rusas ocupen suelo ucraniano, pero su gran preocupación es contener el ascenso de China. La Gran Bretaña post-Brexit tiene delirios de grandeza y anhela ocupar una posición hegemónica en el norte de Europa, limitar la influencia rusa en el Báltico y “en colaboración con la OTAN expulsar a Rusia del mar Negro y del Mediterráneo” (Mini, 2023, p. 64). De tal suerte, la atlantización para estas potencias anglosajonas representa un adecuado medio para alcanzar otros objetivos: debilitar a un importante aliado de China, lo cual haría frágil su posición geopolítica, y favorecer el surgimiento de una Gran Bretaña global, tal como lo soñaron los conservadores británicos cuando dieron su aval al Brexit.

Decimos que constituye un medio porque la consolidación de los vínculos transatlánticos es fundamental para alcanzar objetivos más estratégicos, los cuales se realizan en el Asia-Pacífico. Durante el segundo mandato de Barak Obama fue cuando se produjo un giro fundamental en la política exterior de Washington. El terrorismo global y el Medio Oriente fueron perdiendo su anterior cetro en favor de la llamada “estrategia pivote” (*Pivot to East Asia*) del 2012, una iniciativa diplomática, económica y militar orientada a rebalancear la proyección de Estados Unidos en el Sudeste Asiático, acompañada de una política dirigida a cercar China o a contenerla gradualmente. La edición de la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos del 2022 hace un interesante contraste entre Rusia y China y muestra el temor que despierta en la Casa Blanca:

Rusia y la República Popular China (RPC) plantean desafíos diferentes. Rusia representa una amenaza inmediata para el sistema internacional libre y abierto [...]. La RPC, por el contrario, es el único concurrente que tiene a la vez la intención de remodelar el orden internacional y, además, tiene el poder económico, diplomático, militar y tecnológico necesario para alcanzar ese objetivo. (The White House, 2022, p. 8)

Esta estrategia, que a veces ha sido adornada con una retórica pomposa, se propone de manera prosaica frenar el ascenso de China a la condición de potencia mundial y evitar que el coloso asiático pueda desafiar la hegemonía estadounidense en el mundo. En este sentido, el núcleo de la atlantización representa el diseño de estrategias de alineamiento de los Estados europeos en apoyo de sus objetivos estratégicos. Las formas pueden variar, pero el objetivo central es siempre el mismo. Biden recurrió para ello al fortalecimiento de la OTAN, que poco a poco ha ido abriendo una ventana de conexión con el Asia-Pacífico, por la invitación frecuente de los dignatarios de Japón, Corea del Sur, Australia y Nueva Zelanda a las cumbres de la organización.

Trump procedió de otra manera durante su primer mandato: con su pretendido aislacionismo, buscó liberarse parcialmente de la carga que representaba el Viejo Continente en sus dispositivos de seguridad para que estos asumieran de manera más decidida sus compromisos en este campo y así volcar todas las energías hacia el Asia-Pacífico. Incluso, realizó encuentros con el líder de Corea del Norte para “calmar” a este país y poder centrarse mejor en su objetivo mayor: la contención de China. Las acciones más comentadas en esos años fueron el establecimiento de aranceles a las importaciones (aumentaron en dos años del 3 al 20 %) y la aplicación de numerosas restricciones a las exportaciones de producción sensible. Con la llegada de Joe Biden al poder se introdujo una importante novedad: a la competición económica y comercial se sobrepuso el desafío geopolítico representado en buena parte por el problema de Taiwán. En este sentido, el conflicto comercial y tecnológico comenzó a adquirir un mayor nivel de fricción al incorporar componentes ideológicos, políticos y militares.

Como vemos, y aunque en principio parezca paradójico, el atlantismo de Biden no ha renegado por completo del aislacionismo de Donald Trump. Nicole Gnesotto, la política del Instituto Jacques Delors resume bien este dilema señalando que Joe Biden es extraño, porque reúne en sus actuaciones inquietudes propias de los demócratas con otras de los republicanos: promueve el aislacionismo y el atlantismo al mismo tiempo. En este sentido, Biden ha mostrado estar comprometido con la causa de Ucrania, pero sin poner en entredicho sus posiciones y decisiones, tal como ocurrió cuando llevó a cabo el retiro de las tropas norteamericanas de Afganistán o cuando “obligó” a que se suspendiera la compra de submarinos franceses por parte de Australia para que optara por unos propios. Es aislacionista cuando insiste en la prioridad que le corresponde al tema chino o cuando decide brindar apoyo financiero y beneficios a las empresas tecnológicas que se instalen en Estados Unidos, independientemente de su origen (Ricard y Smolnar, 2023).

Este objetivo estratégico de la actuación internacional norteamericana ha repercutido incluso en las formas como Washington cultiva relaciones con terceros países. Hace poco, Carlos Fortín recordaba que, en el 2020, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) fue reemplazado por el Acuerdo México-Estados Unidos-Canadá (T-MEC), un acuerdo más restrictivo, con el cual la administración Trump intentó reducir el superávit comercial de México con Estados Unidos. Entre las innovaciones del nuevo acuerdo destacaba la prohibición a México y Canadá de firmar acuerdos con economías que no fueran de mercado, léase: China (Heine, 2023, p. 126).

Ahora bien, la filtración de los documentos clasificados del Pentágono suministró nuevos indicios de cómo opera esta atlantización del conflicto y de su alcance. Entre ellos está uno de los asuntos de mayor trascendencia, que ha

corroborado algo que se sabía de viva voz, a saber, la presencia de miembros de las fuerzas especiales de países de la OTAN en territorio ucraniano. El asunto no es menor, porque un involucramiento de otros Estados (Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia) en la guerra significa, tal como considera Pablo del Amo González, que

la guerra de Ucrania, además de ser un conflicto civil y una confrontación entre Rusia y Ucrania, es una guerra *proxy* o subsidiaria entre Moscú y la OTAN. Ambos bloques están librando de manera indirecta una batalla en suelo ucraniano cuyo desenlace marcará el devenir del sistema de seguridad europeo. (Del Amo, 2023)

Así lo reconocía recientemente el antiguo primer ministro británico Boris Johnson cuando declaraba que, en Ucrania,

estamos combatiendo una guerra por procuración, pero no le estamos dando a nuestro *proxy* la posibilidad de que haga su trabajo... por años hemos permitido a Ucrania combatir con una mano amarrada a la espalda y eso ha sido muy cruel. (*Il Fatto Quotidiano*, 2024)

Otras afirmaciones que se desprenden de dichos documentos guardaban relación con el papel de Estados Unidos en la “conducción” de la guerra y las dudas que a veces despertaba Volodímir Zelenski en la Casa Blanca. Varios documentos daban a entender la suspicacia que despertaba el presidente de Ucrania porque se temía que tomara decisiones o llevara a cabo actuaciones que comprometieran de modo mucho más directo a los aliados. Sobre el particular, el *Washington Post* dio a conocer unos documentos muy delicados que demostrarían que bajo la conducción de Zelenski se habría planeado el ataque y la ocupación de municipios rusos al otro lado de la frontera e incluso se habría considerado la destrucción del oleoducto que suministra crudo a Hungría, único país europeo que a la sazón mantenía las compras regulares a Rusia (Hudson y Khurshudyan, 2023). Como vimos, existen serias sospechas del posible involucramiento de la dirigencia ucraniana en la voladura de los oleoductos Nord Stream I y II. En la ocupación de la ciudad rusa de Bélgorod se utilizaron vehículos militares occidentales que habían sido cedidos a las fuerzas armadas ucranianas, lo que despertó preocupación por parte de algunos gobiernos aliados, particularmente del belga y el norteamericano. Estas revelaciones fueron muy delicadas, porque mostraban las intenciones de la cúpula militar ucraniana de hacer caso omiso de algunas de las líneas rojas impuestas por los aliados, que establecían que el armamento que se suministraba al país invadido podía ser empleado para resistir la agresión o para

liberar los territorios recientemente ocupados, pero no para atacar el territorio del país agresor.

A partir de esta atlantización puede inferirse otro nivel de ampliación de la guerra, que está representado en los inmensos apoyos recibidos por parte de sus aliados, que son gobiernos, organizaciones supranacionales y empresas transnacionales. A los pocos días de iniciada la invasión, para mitigar y eludir los daños ocasionados por los ataques rusos, Elon Musk puso sus 3200 satélites a disposición de las autoridades ucranianas. Claro que más de uno podría decir que, en la historia contemporánea del mundo, ha habido numerosas intromisiones de empresas transnacionales, como la ITT (International Telephone & Telegraph) contra el Gobierno de Salvador Allende en Chile. Sin embargo, no recuerdo otro episodio reciente en el que una empresa transnacional haya salido en apoyo de un Estado para mantener una guerra. Como un reflejo inverso, a inicios del 2023, el Gobierno norteamericano impuso sanciones a Spacety China (Changsha Tianyi Space Science and Technology Research Institute), una empresa de desarrollo de tecnología espacial, porque habría facilitado imágenes satelitales del territorio ucraniano a los combatientes de Wagner con el fin de que pudieran precisar de mejor manera sus objetivos de guerra (Santeverchi, 2023). Estos dos casos resultan interesantes porque muestran que el conflicto ha ido involucrando otra gama de actores y que ningún lugar escapa de su posible impacto o influencia.

Haciendo gala de sus calidades actorales y su manejo mediático, Zelenski ha utilizado sus viajes internacionales para concitar los apoyos a la causa nacional ucraniana. Sin duda uno de sus mayores logros ha sido el incremento del nivel de participación de los países aliados en la guerra. Fue teatral la puesta en escena en su visita a la Cámara de los Comunes en Londres:

Zelenski entregó al *speaker* (presidente de la Cámara de los Comunes), Lindsay Hoyle, el casco de uno de los pilotos ucranianos más famosos, que llevaba escrita la leyenda: “Tenemos la libertad. Danos las alas para protegerla”. “Confío en que este símbolo nos ayude a poner en pie nuestra próxima coalición, la coalición de los aviones [cazas de combate], y por eso apelo a vosotros y al resto del mundo con palabras más simples y más importantes: cañas de combate para Ucrania, alas para la libertad”, proclamó Zelenski. (De Miguel, 2023)

Tuvo que pasar más de un año para que finalmente un conjunto de países de la OTAN enviara los solicitados F-16 a la defensa de los cielos de Ucrania.

En junio del 2024 el ejército ucraniano obtuvo un importante aval: la autorización para el uso del armamento occidental contra objetivos militares en suelo ruso. A la sazón, el armamento occidental tenía restricción de uso en

actividades defensivas dentro del territorio ucraniano. Pero como Rusia había empezado a utilizar sus aviones y a lanzar misiles desde su territorio a los británicos, franceses y alemanes, finalmente los estadounidenses autorizaron el uso de artillería, sistemas antiaéreos y misiles de alcance medio para golpear objetivos militares del invasor en su propio territorio. En el caso de Estados Unidos el permiso se confinó a ser utilizado en las provincias de Járkov y Sumí.

Si bien Ucrania fue el plato principal en la reunión de la OTAN en la que se celebraban sus setenta y cinco años de existencia, no hubo ningún gesto concreto de una incorporación pronta de este país a la organización, aunque se declaró que el ingreso sería inminente en el futuro. Como manera de tranquilizar a Kiev por la dilatación de esa decisión, una veintena de países aliados suscribieron acuerdos bilaterales de seguridad con Ucrania, los cuales deben servir de garantía de que el apoyo a Ucrania se mantendrá en el tiempo. Estos acuerdos son la continuación de una iniciativa anunciada en la cumbre de la OTAN de Vilnius de firmar acuerdos bilaterales a la espera de que se despeje el camino para la adhesión de Kiev a la OTAN.

El primero se suscribió con el Reino Unido y, en alguna medida, sirvió de modelo para los demás. Estos acuerdos se firman para dar ciertas garantías, pero no son tratado de seguridad en cuanto no contemplan un plan concreto de acción frente a la agresión externa. En realidad, se limitan a consignar los compromisos asumidos por parte del aliado y presuponen que se mantendrán en el tiempo, aunque nada lo garantiza porque no son documentos vinculantes.

Haber pasado de la utilización del armamento occidental en la defensa de Ucrania a la posibilidad de propinar ataques selectos en Rusia constituye un cambio significativo, pero también da señales claras de cómo proseguirá este conflicto, porque no permite cambiar el curso de la guerra: es simplemente una apuesta por su prolongación. Si no se da un libre curso a la implicación de la OTAN en esta guerra, no pueden entenderse algunos señalamientos, como los de Ursula von der Leyen, quien no se cansa de repetir que en esta guerra está en juego el futuro del continente, o el “todavía no es demasiado tarde para que Ucrania gane” de Jens Stoltenberg a finales de abril del 2024 en una visita a la capital ucraniana, o las palabras de un Joe Biden cuando repite que “Ucrania prevalecerá” y que “Rusia no”. Esta palabrería riñe con los hechos, porque Ucrania no podrá derrotar a Rusia en el campo de batalla a menos que cuente con la participación decisiva y activa de la OTAN.

En la cumbre de la OTAN de Washington en julio del 2024, hubo eso varias decisiones o varios señalamientos muy llamativos. Se reiteró destinar un monto de apoyo a Ucrania para el 2025 por 40 000 millones de dólares, que se sumaron a varios otros paquetes de ayuda ya aprobados. Entre ellos, 61 000 millones de dólares, de los cuales las dos terceras partes estaban destinadas

a reabastecer los arsenales norteamericanos y financiar las fuerzas armadas estadounidenses estacionadas en el extranjero; los 5000 millones de euros de los que disponen los países europeos de la OTAN y los 45 000 millones de euros de la UE aprobados para los próximos años. Por último, el G7, en su reunión de junio del 2024 en el sur de Italia, acordó un mecanismo para entregar ayuda financiera a Ucrania utilizando los intereses generados por los activos congelados de Rusia. Consistiría en un préstamo de 50 000 millones para ser pagado con los rendimientos de los activos rusos inmovilizados en Occidente por las sanciones impuestas a Rusia. Puede ocurrir, como ya ha pasado varias veces, que se proclama a viva voz un anuncio que el tiempo se encarga de silenciar o mitigar. Así ha ocurrido, por ejemplo, con el envío de varios sistemas Patriot de defensa y una partida de aviones F-16, provenientes de los Países Bajos y Dinamarca. Hay algunas incertidumbres sobre el campo de operación de estas aeronaves, que datan de los años ochenta y noventa, pues al parecer tendrán restricciones para su uso en defensa de los cielos del país agredido. También hay una gran incógnita sobre dónde estarán emplazados, porque si están en Ucrania son un blanco fácil para los misiles rusos, pero si están en países vecinos, se convertirían en objetivo militar de los rusos.

En materia de política mundial, la cumbre de la OTAN subrayó que en Ucrania está en juego un asunto que afecta a todo el mundo, porque la manera en que se resuelva este conflicto determinará los pasos que dé Rusia en el futuro cercano y dará a conocer las posiciones de sus principales aliados, es decir, China, Irán y Corea del Norte en sus respectivas áreas de influencia. En esta misma vía, se acusó de manera directa a China de “apuntalar la economía de Rusia”, lo que reafirma el hecho de que el coloso asiático constituye una de las grandes preocupaciones de Occidente.

Al finalizar la cumbre se anunció que a partir del 2026 Estados Unidos desplegará misiles de largo alcance en Alemania, entre los que se incluirán SM-6, Tomahawk y misiles hipersónicos. Esta decisión es una consecuencia del retiro por parte de Washington del tratado de “Intermediate Nuclear Forces” (INF)⁷ el 2 de agosto del 2019, con el pretexto de que Moscú habría violado previamente al acuerdo. Las consecuencias de esta decisión son enormes porque se pone fin a la era del desarme y se entierra la lógica del diálogo y de la cooperación entre las principales potencias nucleares. La decisión fue inmediatamente celebrada por Polonia y los países bálticos que desde tiempo atrás vienen exigiendo una mayor protección contra la amenaza rusa. Es una

⁷ Este tratado fue firmado por Washington y Moscú en 1987 para eliminar todos los misiles nucleares y balísticos convencionales capaces de atacar objetivos en un rango comprendido entre los 500 y los 5500 kilómetros. Como resultado de este tratado, en los noventa fueron destruidos un centenar de misiles ubicados en Alemania Federal.

confirmación de que se ha returnedo a la lógica de Guerra Fría, pero sin los canales de comunicación que antes existían entre ambos bandos. Para poner esta decisión en un contexto adecuado, conviene recordar que Rusia desplegó armamento nuclear en Bielorrusia en el 2023 y suspendió varios acuerdos contra la proliferación de armas de destrucción masiva y el tratado New Start para el control de las armas nucleares.

Cuando se estudian los documentos oficiales de la cumbre y los señalamientos de sus principales voceros queda la idea de una organización militar fortalecida, la más grande que ha conocido la historia, pero poco se dice que su poderío se alza sobre pies de barro. Una de sus grandes debilidades es que ha llegado a tal nivel el compromiso con Ucrania que la suerte de la OTAN está amarrada a lo que ocurra con este país. Un revés militar —que se sumaría a los experimentados en Serbia, Irak y Afganistán— sería un verdadero descalabro. La información disponible no sugiere que la derrota de Rusia sea un escenario próximo, y de serlo, con seguridad ello no obedecería a una derrota militar; sería más probable que resultara de una crisis política o social interna de grandes proporciones, que ponga a tambalear el establecimiento, o del inicio de un proceso de negociación con Washington, tal como lo sugieren los inicios de este nuevo mandato de Donald Trump. Hacer perenne el conflicto se puede convertir en una garantía de supervivencia de la OTAN, pero su suerte última se encuentra amarrada al desenlace que se produzca.

Otro punto débil es que la OTAN ha pasado de ser una organización que busca asegurar la seguridad en la región del Atlántico Norte a ampliar poco a poco el diapasón de sus actividades e intereses, de los que el más importante se presenta en el Asia-Pacífico. En la cumbre de Madrid del 2023, Estados Unidos logró que la OTAN incluyera a China en su concepto estratégico y lo reiteró en la cumbre del 2024. A ambas cumbres asistieron por primera vez representaciones de cuatro países del Asia-Pacífico (Australia, Nueva Zelanda, Japón y Corea del Sur). Gilbert Achcar ha escrito que esto significó un paso fundamental que ha dado lugar a una de las mayores mutaciones en la historia de la Alianza: “la completa globalización de los objetivos de la OTAN a través de la fusión del área original de competencia del Atlántico Norte con el teatro del Asia-Pacífico, lo que la convierte en una institución global” (Achcar, 2023, p. 301).

Ese es un reto complicado porque solo puede involucrar a algunos Estados y siempre bajo la batuta de los Estados Unidos. Únicamente dos países pueden acompañar a la potencia americana en esta aventura: el Reino Unido y Francia, antiguas potencias coloniales que han conservado ciertos campos de actuación en la zona. Los restantes miembros de la OTAN no tienen ninguna capacidad de maniobra. En otros términos, frente a la incertidumbre de que Rusia sea vencida en el corto o mediano plazo, y con el riesgo de que pierda sus consistencias o razón de ser, la OTAN optó en la cumbre de julio del 2024

por dar un espaldarazo al incremento de la industria militar, avivar la carrera armamentista y considerar a China su nuevo y más amenazante riesgo.

Con respecto a este último, la declaración final es contundente cuando señala que “las ambiciones declaradas y las políticas coercitivas de la República Popular China continúan desafiando nuestros intereses, seguridad y valores” y reitera que la asociación estratégica entre Rusia y China constituye el más serio intento de “socavar y remodelar el orden internacional basado en reglas”. Frente a todo esto, hay una incertidumbre que se puede convertir en otra gran debilidad: el triunfo de Trump en las elecciones de noviembre del 2024 en Estados Unidos. Ciertas declaraciones del candidato republicano sobre la OTAN han causado mucho revuelo porque insinúan una disminución en la implicación norteamericana en el apoyo a sus aliados y un fortalecimiento del papel de Estados Unidos en el mundo. Seguramente para tratar de contrarrestar este eventual escenario, en la cumbre se precisó la necesidad de superar algunos cuellos de botella, como son el aumento de la producción de armamento, la inversión en defensa, las compras multinacionales de armas y las garantías que permitan mantener un suministro de armamento crítico. Con gran optimismo se constató que en el 2024 el gasto en defensa de los países de la OTAN aumentó en un 18 % y que la mayor parte de los miembros han mantenido el compromiso de gasto en defensa del 2 % del PIB. Pero nada de eso es garantía de que con Trump las cosas no puedan cambiar de manera radical.

Por último, las grietas en el edificio de la OTAN se perciben en la aparición de voces disonantes dentro de la organización. En vísperas de su viaje a Washington para asistir a la reunión del 75.^º aniversario de la OTAN, el presidente de Turquía Recep Tayyip Erdogan declaró: “Mantenemos nuestra postura de principios para garantizar que la OTAN no se convierta en parte de la guerra de Ucrania”. El presidente de Hungría, Viktor Orban, quien en el segundo semestre del 2024 asumió la presidencia semestral del Consejo Europeo, ha avanzado en la misma dirección al emprender una gira por varios países para hablar con Zelenski, Putin, Xi Jinping, los miembros de la OTAN y Donald Trump, con el objetivo de elaborar un plan de alto al fuego y de paz entre Rusia y Ucrania, iniciativa que le valió todo tipo de críticas, porque va totalmente en contravía de las rutas trazadas por la UE y la OTAN de no diálogo con el invasor.

Esta cumbre de la OTAN fue una clara demostración de las tendencias predominantes entre los países de Occidente. Las reiteradas referencias de todo tipo en apoyo a Ucrania contrastan con la ausencia total de referencias a la conflictiva situación en el Medio Oriente, el genocidio en Gaza y la perversidad de Israel. Quedaron aisladas las palabras de Pedro Sánchez, el presidente del Gobierno español, que hizo referencia a la crisis palestina y llamó la atención del doble rasero de Occidente que condena la invasión rusa y silencia la

actuación sanguinaria del ejército de Israel. La omisión de Israel es más llamativa cuando se contrasta con las alusiones al “eje” conformado por Rusia, China, Corea del Norte e Irán.

Haciendo un descarado malabarismo que peca de vulgar anacronismo, porque la respuesta de la OTAN en realidad es anterior al apoyo militar que encontró Rusia en estos países, Jens Stoltenberg declaró:

Vemos cuánto apoyo militar recibe Rusia de Corea del Norte, pero también de Irán, y cómo China está apuntalando su economía de guerra. Y esta es también una de las razones por las que en la cumbre de la OTAN reforzaremos aún más la asociación con nuestros socios de la región Asia-Pacífico: Australia y Nueva Zelanda, Corea del Sur y Japón. (“Stoltenberg aumenta la presión”, 2023)

En el corto y mediano plazo, están en juego los destinos y el prestigio de la OTAN, y, además, se ubica en el visor un nuevo objetivo que mantiene la razón de ser de la organización: contrarrestar las “amenazas” a “Occidente” que planean sobre el Asia-Pacífico. Acción que se hace más urgente porque puede ser una garantía de supervivencia con el triunfo de Donald Trump. El líder republicano puede no conmoverse con la suerte de Ucrania, pero sí es enfático en su postura frente a China. Esta es la ventana de oportunidad para que los Estados Unidos trumpiano siga considerando la utilidad de la OTAN.

La reacción de los países contestatarios

COMO ERA DE esperarse, esa mayor beligerancia de la OTAN, enunciada en la cumbre del aniversario 75.^º de la organización, se topó con una respuesta análoga por parte de Vladímir Putin y de Xi Jinping. En especial Putin, que venía preparándose hacía algún tiempo para un recrudecimiento de las tensiones.

Las acciones rusas avanzaron hacia tres objetivos fundamentales. El primero fue el lanzamiento de una nueva ofensiva militar a mediados del 2024 que ampliaba el frente con poderosos ataques en cercanías de la ciudad de Járkov. Quedó claro que el objetivo inmediato no era tomar control de esta ciudad, lo que hubiera requerido la movilización de miles de soldados adicionales, con los que en este momento Rusia no cuenta, sino que se hizo con el propósito de ampliar la línea del frente obligando a los ucranianos, que cuentan con un número menor de efectivos militares, a dispersar sus fuerzas para detener a los rusos a lo largo de una banda mucho más extensa. Además, previendo una guerra que se prolonga en el tiempo, el Kremlin decidió sustituir a su ministro Defensa, el general Serguéi Shoigú, por el economista Andréi Beloúzov, antiguo ministro de Desarrollo Económico, con la misión de realzar y acelerar la modernización del complejo militar, y organizar el país en torno a la economía de guerra.

En el ámbito internacional también se introdujeron importantes cambios. Cuando se habla de los aliados potenciales de Rusia generalmente la mirada se dirige a Bielorrusia, Siria, Venezuela, Nicaragua y Cuba, es decir aquellos países que votaron junto con Moscú en la Asamblea de la ONU. Pero el diapasón de su actividad es mayor sobre todo cuando se tiene en cuenta que ni Rusia ni sus aliados se mantienen apegados a la idea de “campo” o de actuación concertada, cosa que sí procuró la Unión Soviética en la época de la Guerra Fría.

El fortalecimiento de los vínculos con China, Corea del Norte e Irán ha sido de gran importancia. Los niveles de cooperación con el primero han alcanzado cotas antes inimaginadas. A mediados de mayo del 2024, Vladímir Putin visitó nuevamente China y sostuvo reuniones con Xi Jinping. Quedó

claro que la sintonía entre ambos mandatarios es muy fuerte, como dan testimonio las palabras pronunciadas por el mandatario chino en la despedida de Putin: “Se están produciendo cambios que no han ocurrido en cien años. Cuando estamos juntos, pilotamos esos cambios”, que de inmediato fueron ratificadas por el presidente ruso. Como lo han declarado en múltiples oportunidades, la creación de un orden mundial multipolar, que reconozca los cambios que ha experimentado el mundo con la aparición de nuevas potencias regionales y nuevos roles asumidos por los países en vías de desarrollo, motiva a ambos líderes. El nuevo orden debe reconocer la pluralidad en el mundo y dicha heterogeneidad precisa que cada pueblo pueda seguir su propio camino de desarrollo, lo que de suyo entraña un debilitamiento de cualquier pretensión, política, norma o institución de vocación universalizante. En el ámbito económico abogan por una economía mundial abierta y se oponen al unilateralismo, al proteccionismo, a las sanciones, a las políticas de marginación en clara oposición a la manera como los países occidentales y sus instituciones procuran imponer un deber ser y un pensamiento único a todos los países. Por último, se declararon a favor de una estrecha colaboración que refuerce instituciones multilaterales creadas por ellos, como la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) y el recién ampliado grupo de los BRICS.

La OCS fue creada en el 2001 y tiene como antecedente el Grupo de Shanghái, cuyos orígenes se remontan a 1996. La OCS fue establecida por Rusia, China y cuatro de las cinco repúblicas soviéticas de Asia Central (Kazajstán, Kirguistán, Uzbekistán y Tayikistán) con el fin de estabilizar una región sacudida por la dislocación de la URSS. El carácter atractivo de la organización condujo a que India y Pakistán adhirieran en el 2017, que Irán fuera admitida en el 2023 y Bielorrusia en el 2024. Además, Afganistán, Bielorrusia y Mongolia actúan como Estados observadores, y Armenia, Azerbaiyán, Camboya, Nepal, Sri Lanka y Turquía son Estados “asociados en el diálogo”. Independientemente de cuál sea su estatus, los miembros comparten objetivos comunes: prevenir la inestabilidad regional, desarrollar sus intereses en una zona rica en recursos, superar las debilidades económicas y políticas y combatir la extendida corrupción (Mandraud y Théron, 2023). A comienzos de julio del 2024 se celebró la XXIV reunión de jefes de Estado y Gobierno de los Estados miembros de la OCS, que contó con la presencia de los jefes de Estado de Rusia y de China, en cuya declaración final se reafirmó el papel de la organización en el refuerzo de la paz y la estabilidad mundiales y se invitó a todos los países a sumarse a la configuración de un nuevo orden político y económico internacional democrático y equitativo.

El otro organismo vital para los intereses de las potencias “revisionistas” es el grupo BRICS —acrónimo de Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, creado en el 2006 y ampliado en el 2010 con el ingreso de Sudáfrica—, que ha

presionado para reformar el sistema de gobernanza mundial. Reúne a países muy diferentes entre sí, de modo que no constituye un bloque homogéneo, sino que es una organización que suma aliados para gestionar intereses compartidos. Uno de los principales temas debatidos en la cumbre celebrada en Sudáfrica entre el 22 y el 24 de agosto del 2023 fue el de su ampliación. Como resultado de esta iniciativa se resolvió invitar a seis países —Argentina, Egipto, Irán, Etiopía, Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos— a convertirse en nuevos miembros del bloque a partir del 1.^º de enero del 2024. Con esto, el grupo parece evolucionar de una organización básicamente económica a otra geopolítica, lo que quedó claramente demostrado con los problemas intrínsecos de varios de los nuevos miembros y por el pretendido “cercamiento” del norte por parte del sur. Los temas relativos a la integración conservan su importancia y los BRICS han seguido actuando en el sentido de crear una moneda de “referencia” del grupo, acelerar la “desdolarización” y potenciar el papel del Nuevo Banco del Desarrollo, con sede en Shanghái, para acentuar la cooperación y el financiamiento de proyectos comunes.

Este par de organizaciones despiertan particular interés porque no se piensan en términos de campo o de unidad, sino que propenden por el despliegue de “unas estrategias mucho más complejas”. Al respecto Bertrand Badie escribía:

Rusia y China, al igual que la mayor parte de los emergentes más dotados de recursos practican una diplomacia fluida [...]. No se le ha prestado la suficiente atención a esta fuerte fluidificación de las relaciones internacionales que no solamente debilita la idea de campo, sino que también fragiliza la de una alianza perenne y marca el ingreso en un nuevo mundo. (2023b, pp. 13-15)

Estas formas de actuación ligeras operan como “coaliciones de consensos cambiantes” (Bradford, 2023, p. 17), sin que haya nada fijo ni inmutable en sus actuaciones. El sociólogo francés considera que frente a este panorama:

Los occidentales presentan una doble debilidad: la inmovilidad que conduce a alianzas perennes y la retórica que la acompaña que insiste en que estás con nosotros o estás contra nosotros, lo que está alejando a muchos países del sur. Creemos estar triunfando, pero en realidad estamos muy aislados. (Badie, 2023b, p. 72)

En cuanto a China, vale recordar que la OTAN la ha acusado de brindar un apoyo económico fundamental a Rusia, lo que le habría permitido evadir las sanciones con relativo éxito. A su vez, el Gobierno chino ha denunciado

esas acusaciones como infundadas. Lo único que sí resulta evidente es que ha habido un crecimiento vertiginoso del comercio entre Rusia y China, lo que convierte a este último en el principal socio comercial de Moscú. Sobresalen las exportaciones chinas de repuestos de herramientas para maquinaria, los rodamientos, dentro de las cuales seguramente hay muchas tecnologías con potencialidad de doble uso, civil y militar (Snegovaya *et al.*, 2024), que en la actualidad es casi imposible identificar y controlar.

Además del fortalecimiento de los vínculos con China, Putin dio otro paso importante en su viaje a Corea del Norte, país con un significativo arsenal de armas nucleares y que se ha convertido en un proveedor constante de armas a Rusia. De acuerdo con información del Departamento de Estado, Corea del Norte ha transferido más de once mil contenedores con municiones a Rusia. Según cálculos del Ministerio de Defensa de Corea del Sur, en Ucrania se habrían disparado casi cinco millones de proyectiles norcoreanos.

Los acuerdos suscritos han elevado las relaciones en materia de comercio y seguridad, además de garantizar la provisión de recursos energéticos a Corea del Norte. Con la visita se espera que se refuerce el apoyo de Moscú en materia de misiles balísticos, satélites y desarrollo nuclear a Pyongyang. La firma de un acuerdo de “asistencia mutua en caso de agresión externa” entre ambos países resultó de gran valor estratégico. Es decir, el acuerdo no solo tiene repercusiones en la guerra que libra Rusia en Ucrania, porque garantiza una buena provisión de misiles, sino que además tiene gran incidencia en el noreste asiático, donde se encuentran localizados dos importantes socios de Estados Unidos y de la OTAN: Japón y Corea del Sur. Como resultado de esta “asistencia”, más de once mil soldados coreanos fueron enviados a Rusia para participar en la recuperación de los territorios rusos en Kursk ocupados por fuerzas ucranianas.

El mismo Vladímir Putin dejó muy clara la interrelación entre ambos escenarios (Ucrania y el noreste asiático) cuando asoció la entrega de misiles norteamericanos a Ucrania para golpear suelo ruso con el apertrechamiento de Corea del Norte para hacer balance a la ofensiva de la OTAN en contra de Rusia. El acuerdo, en síntesis, constituye la confirmación de que ambas zonas de tensión están estrechamente unidas, que la guerra en Ucrania está convirtiéndose en un asunto mundial y que la seguridad ha desbordado los marcos regionales para convertirse en un problema global.

Aunque sin las repercusiones del acuerdo suscrito con Pyongyang, Putin acordó con Vietnam intensificar los contactos; aumentar la cooperación en materia de defensa y seguridad; incrementar la inversión en explotación y procesamiento de minerales; en la industria; en la fabricación de maquinarias, y en la producción de energía, incluida la nuclear. A mediano plazo este acuerdo puede adquirir gran importancia porque es una señal de acercamiento con Vietnam, cuya población desconfía de China luego de la invasión de 1979 y

podría participar de los ámbitos multilaterales que China y Rusia han fortalecido en los últimos años.

Por último, cabe comentar que el Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia ha declarado que está ultimando un gran tratado bilateral con Irán, el cual con seguridad tendrá repercusiones en el Medio Oriente y en el desarrollo de la guerra en Ucrania. Por medio de este, brindará mayor estabilidad al suministro de drones y otro tipo de armamentos a Rusia y fortalecerá los intercambios comerciales, asunto muy caro, porque ambos países son objeto de sanciones impuestas por los países occidentales. A cambio de la colaboración en materia de suministros, Rusia está decidida a aportar al desarrollo de proyectos para el uso de la energía nuclear y la construcción de centrales nucleares en Irán.

Como corolario de estos esfuerzos diplomáticos, y en momentos en los que se iniciaba la cumbre de la OTAN en Washington y solo un par de días después de que Viktor Orban viajara a Moscú, Narendra Modi visitó a Putin en el Kremlin para sellar importantes acuerdos que reafirman los lazos entre las dos naciones. Si bien India no muestra la actitud beligerante con Occidente de China, Corea del Norte, Rusia e Irán, es un país con la pretensión de desempeñar un papel central en la escena internacional. Jaishankar Subrahmanyam, ministro de Relaciones Exteriores de India, en su libro *The Indian Way: Strategies for an Uncertain World* (Subrahmanyam, 2020), sintetizaba los lineamientos de la política internacional de su país, los cuales se articulan en torno al tema de lo nacional. Esta noción es central porque, en su parecer, contribuye a un reforzamiento del sentido de unidad del país: es un crisol a través del cual se perciben de manera más diáfana los desafíos nacionales e internacionales, y además sirve de brújula para explotar al máximo la influencia y las capacidades nacionales (Philipp, 2023). De estos presupuestos se infiere que la política exterior en el mundo de hoy ha de centrarse en los intereses nacionales, sin dejarse llevar por consideraciones de tipo moral, y debe organizarse a través de compromisos múltiples evitando las alianzas e “identificando y explotando las oportunidades creadas por las contradicciones mundiales” (Laudrin, 2022). Por eso, no es de extrañar que un día India esté presente en una reunión de los BRICS, después del G20, pero en otro momento asista a una reunión de la OCS, sea invitada al G7 o al QUAD y realice maniobras militares con unos y con otros ejércitos. El embajador Gourdault-Montagne (2023) ha señalado que “es una forma de diplomacia extremadamente flexible y representativa de una época en la que todo se vuelve fluido a medida que se emancipa de Occidente”.

En su concepción de fondo, este nacionalismo indio no dista mucho de las tesis de Rusia y China cuando insiste en que la India no debe seguir rigiéndose por las reglas dictadas hasta ahora: “Hemos sido condicionados para pensar en

el mundo pos-1945 como la norma y para ver cualquier salida de este mundo como un desvío”, cuando la propia historia de la India subraya que el estado natural del mundo es la multipolaridad, de donde se deriva el concepto de *multialineamiento*, promovido por la cancillería india.

En síntesis, a partir de la guerra se han intensificado los roces y las tensiones entre Occidente y los principales actores que abogan por un mundo que no se rija por los códigos y patrones de las naciones desarrolladas. Por una parte, se ha reforzado el anillo continental norteamericano y, por la otra, se ha robustecido el “grupo” de los principales países que desafían el orden mundial actual, así como se han incrementado sus vínculos con “el sur profundo”, sobre todo de Asia y África. De esta manera las reverberaciones del conflicto se dejan sentir en todos los rincones del planeta.

Conclusiones

EN LA PRIMERA parte de este trabajo planteamos la tesis de que para comprender mejor la naturaleza y el impacto de la guerra que actualmente se libra en Ucrania era necesario entender los diferentes estratos que este conflicto comporta. Pudimos constatar que al descomponer la guerra en niveles se comprendían mejor los actores con sus intereses y objetivos. La narración avanzó de menos a más, es decir, de las formas de conflictividad dentro de Ucrania hasta las derivaciones que se han presentado en el plano propiamente mundial. Este procedimiento analítico permitió tener mayor claridad sobre esta guerra. Sin embargo, somos conscientes de que con este procedimiento se gana en agilidad expositiva, pero se pierde en capacidad explicativa, porque quedan sueltos algunos interrogantes de los que no da cuenta la narración. Así, por ejemplo, más de uno podrá preguntarse qué factores y situaciones hicieron posible la interacción entre estos distintos niveles. Para responder, es menester invertir el enfoque y avanzar en una explicación macro, que se despliega de un plano general al *close up*, o dicho en otros términos, de lo global a lo particular.

Se deben considerar dos factores como contexto para darle a este enfoque sus justas proporciones. El primero fue enunciado claramente poco después de que Rusia invadiera Ucrania por el sociólogo Boaventura de Sousa Santos (2022) recordando una tesis que ha ocupado un lugar central en las ciencias sociales durante las últimas tres o cuatro décadas:

la longevidad de la contraposición entre Occidente y Oriente en la cultura y en las relaciones internacionales es tal que se ha convertido en un arquetipo, una especie de inconsciente colectivo junguiano que aflora en la conciencia de múltiples formas, siempre que las circunstancias lo permitan [...], la explicación tradicional de la inferioridad de Oriente sigue dominando el imaginario popular occidental. Se vuelve, por lo tanto, fácil de instrumentalizar políticamente. Siempre que los

europeos sienten la necesidad de occidentalizar su imagen, orientalizan la de los países con los que tienen problemas, especialmente si pertenecen tanto a Europa como a Asia, como es el caso de Turquía y Rusia. Cuando Europa quiso rechazar la entrada de Turquía en la Unión Europea, la orientalizó. Ahora, la legítima condena a la invasión ilegal de Ucrania está legitimando la orientalización de Rusia.

Desde el estallido de la guerra, este tipo de contraposiciones de argumentos han sido citadas con mucha frecuencia. A veces, lo hacen despertando viejos demonios, como ocurrió cuando el alto representante para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad de la UE JOSEP Borrell planteó el desafortunado contraste de regiones en términos de un jardín y la jungla: “Europa es un jardín. Todo funciona. Es la mejor combinación de libertad política, prosperidad económica y cohesión social que la humanidad ha logrado construir” (“Borrell suscita el rechazo”, 2022). Más adelante señaló el infierno complemento: “La mayor parte del resto del mundo es una jungla, y la jungla podría invadir el jardín”. Después intentó remediar la situación señalando que en realidad había pretendido decir algo distinto, pero el daño ya estaba hecho. De inmediato, llovieron las críticas desde todos los rincones del planeta, con particular intensidad desde el “sur profundo”. Este contrapunteo no era un asunto fortuito, sino una postura claramente intencional, sobre todo desde que inició la guerra en Europa. Basta con ver las declaraciones de Volodímir Zelenski o de Kaya Kallas sobre la bárbara Rusia para ver su vigencia. Con acierto, el politólogo Alessandro Orsini ha insistido en que este eurocentrismo es un etnocentrismo, “una forma de autocelebración que induce a los europeos a creer que pertenecen a una civilización ‘superior’ y a juzgar el mundo con base en su propio punto de vista” (Orsini, 2024, pp. 12-13.)

En este mismo orden de ideas, Occidente ha sido imaginado como una “unidad”, como una “comunidad” de origen y de destino, como una especie de “bloque” que debe defender sus políticas, normas y estrategias y convocar al resto de países en torno a estos principios y presupuestos. El apoyo a Ucrania se ha inscrito perfectamente dentro de estos supuestos: es la defensa de la democracia frente a la barbarie, es la preservación de la luz frente a la oscuridad y es la garantía de la supervivencia de la libertad frente a la autocracia. Es tan manoseada y oportunista esta visión que resulta curioso que estos argumentos que pareciera que se enarbolan en defensa de Ucrania solo funcionan cuando el conflicto se desarrolla en suelo europeo, porque no se observan razonamientos similares frente a otros conflictos crónicos, como el de Palestina, Siria, Yemen, Congo, Sudán, para solo citar algunos.

Recordar cómo operan los países occidentales en las relaciones internacionales resulta un argumento muy importante porque el sistema internacional

ha sido un producto del mismo Occidente, de su historia y de su expansión, al que los demás países han debido acoplarse y para ello tuvieron que conformar instituciones reconocibles como tales por los Estados rectores. Desde la época de la Guerra Fría, e incluso aún más atrás, los países de Occidente han privilegiado la concepción de ser una “comunidad”, es decir, constituir una unión de posiciones en torno a una institución (*v. gr.*, la OTAN), una ideología (el liberalismo), unas reglas o una convicción que le permitan actuar como una especie de club que maximice su potencia. Ahora bien, como sugestivamente ha comentado John Mearsheimer, en la práctica este enfoque liberal resulta ser muy poco liberal, porque si el liberalismo tolera y defiende la diversidad de opiniones en una sociedad, en el campo de la política internacional los liberales “actúan como si supieran cuál es el tipo de régimen que debe aplicarse a todos los países” (Mearsheimer, 2023). No puede haber alternativa posible. A ello se le puede agregar que en las actuales circunstancias el orden liberal se ve cuestionado por sus principales epígonos cuando procuran contener a China, pues con ello están controvirtiendo el principio de que la interdependencia constituye un factor de paz entre las naciones (Bürbaumer, 2024, p. 9).

Un claro indicador reciente de ello fue el esfuerzo de Joe Biden por ampliar el número de países que graviten en torno a la potencia americana a través de la convocatoria de las cumbres por la democracia. Más allá del consenso alcanzado dentro de la OTAN, esta estrategia de “comunidad” resolvió solo parcialmente la condena a Rusia por su invasión a Ucrania. Logró aglutinar a los países occidentales y a unos cuantos acólitos ubicados en otras latitudes, pero falló en la convocatoria de los demás países. Dan Smith, director del Instituto internacional de investigaciones sobre la paz (SIPRI) tiene razón cuando concluye:

es, sin duda, un error intentar dividir el mundo entre un nosotros y ellos, aunque sea entre democracias y autoritarismos. La gente se pregunta por qué Rusia y China son exitosos en lograr respaldo de la opinión pública en África, por ejemplo. Es porque pueden compartir que han sido todos brutalizados por Occidente en algún momento de la historia. (Smith, 2023)

Creo que no es un asunto que represente mayor interés si sus estrategias son exitosas o no, lo que sí resulta importante es que esta idea de “comunidad” se hace portadora de una concepción que tiende a la descalificación de todo aquel agente o actor que se atreva a cuestionar el orden establecido o a poner en entredicho las líneas básicas que sostienen el sistema. La historia es rica en países o potencias revisionistas, pero estas antes no representaban un problema mayor porque el sistema era muy sólido y las fuerzas contestatarias a la larga terminaban adaptándose. En este siglo XXI la situación es distinta,

porque el mundo se ha vuelto mucho más plural y el anterior centro se ha difuminado parcialmente.

Ahora bien, es válido preguntar: ¿por qué este cuestionamiento de Occidente se ha presentado en este siglo XXI?, ¿qué factores han minado el poder sacro-santo del orden de la civilización occidental? Evren Balta y Soli Öznel sostienen que la guerra de Ucrania cristaliza los juegos de poder a escala mundial, pero también ilustra la manera como Occidente es percibida desde el exterior. Según los autores, cuatro crisis —a las que nosotros le agregaremos otras al final— han desdibujado el sistema y han sentado las bases para el surgimiento de un orden mundial posoccidental. La primera fue la crisis de legitimidad del 2001, cuando la administración Bush, siguiendo los lineamientos de la “guerra global contra el terrorismo”, debilitó “los principios y las instituciones que dominaban el orden internacional liberal basado en reglas”, del cual la potencia norteamericana era su principal guardián. La segunda crisis puso en duda la superioridad económica y fue pivotada por la crisis del 2008 que reversó el orden social y desacreditó el modelo político liberal, lo que dio lugar al ascenso de los populismos de derecha, tanto en Occidente como en el sur global. La tercera se expresó en la crisis de los migrantes del 2015 en Europa, el Brexit y la posterior elección de Donald Trump, que sirvieron de caldo de cultivo para el ascenso del nacionalismo y de variados tipos de racismo. La cuarta fue la crisis sanitaria del COVID-19, que fue el catalizador de nuevas dinámicas políticas transformadoras. La incapacidad inicial de Occidente de responder rápidamente a la pandemia debilitó y puso en suspenso su legitimidad, a lo que se sumó la escasa solidaridad mostrada durante la crisis sanitaria con los países más débiles que no tenían maneras de hacer frente a semejante cataclismo económico, epidemiológico y social (Balta y Öznel, 2023, p. 260). Quinto, con la guerra en Ucrania se han exacerbado las tensiones en la vida internacional y se han endurecido las posiciones frente a aquellos Estados que osan criticar o que buscan modificar el orden establecido. Dos Estados representan las fuerzas contestatarias de mayor importancia: China y Rusia. A través de ellos, con sus alianzas, vecindades y políticas internacionales, ha crecido el grupo de Estados revisionistas.

La literatura especializada ha denominado a estos elementos contestatarios *Estados revisionistas*. Para entender esta dupla revisionista conviene recordar a Gilbert Achcar, quien sostiene que el mundo de la post Guerra Fría no fue el tránsito de la bipolaridad a la multipolaridad, porque

durante muchos años Estados Unidos fue mucho más poderoso que el resto, una realidad bien capturada por la expresión “momento unipolar”, sino también porque el potencial de poder global de Rusia o China, y aún más su potencial combinado, excede por mucho el potencial de cualquier otra potencia, a excepción de Estados Unidos.

A diferencia de Japón y las potencias europeas, que fundamentalmente aceptan su condición subordinada, tanto China como Rusia aspiran al estatus de pares globales de los Estados Unidos y saben muy bien que la potencia global suprema se esfuerza por mantenerlos abajo, que es precisamente la razón por la que necesitan unir fuerzas para contrarrestarlo. (Achcar, 2023, p. 8)

Para que el lector comprenda mejor cómo interactúan los países situados en el vértice, resulta muy útil la representación que ofrece Dan Smith cuando sostiene que ver el mundo de una forma bipolar, con Estados Unidos y Occidente, por un lado, y China y Rusia, por el otro, es demasiado simplista. Considera que la relación entre Rusia, China y Estados Unidos se representa mejor si uno tiene en mente la figura de un triángulo, en el que la distancia entre el ángulo ruso y el chino sea menor que la distancia entre el ruso y el estadounidense y el chino y el estadounidense. El triángulo es una mejor representación porque Moscú y Pekín mantienen una relación cercana, pero sin constituir una unidad o una alianza estrecha. La imagen es la de un triángulo porque en dicha figura no entra la UE, que sigue siendo un “enano geopolítico”. Esto podría cambiar, pero para ello la UE debería unificar sus gastos en defensa, que en conjunto son muy superiores a los de Rusia, y tendría que desarrollar una estrategia al margen de Estados Unidos. De darse un escenario así, el triángulo sería sustituido por una figura con cuatro ángulos (Smith, 2023).

Quisiera introducir solo un importante matiz en la argumentación de Achcar: si numerosos Estados del sur han podido elevar su voz en los asuntos internacionales, ello es producto de cierta debilidad de la “comunidad” occidental, pero sobre todo es posible porque ha surgido una gran potencia que se sitúa en favor de crear un nuevo orden global. Este país es China. Es decir, la gran proliferación de actores no alineados con los países “centrales” es más posible por la “fragilidad” relativa de Occidente y por la existencia de una poderosa China que por las actuaciones propias de los Estados emergentes.

La forma de la potencia asiática de relacionarse internacionalmente parece rechazar la intención de convertirse en líder de un campo y rehusar cualquier tipo de alianza política y militar que implique una “mentalidad de trinchera” y que provoque un

clima de guerra fría que resulte extremadamente costoso. Los dirigentes privilegian las relaciones bilaterales desarrollando organizaciones multilaterales en las que se encuentran países en desacuerdo, e incluso a veces en conflicto, pero preocupados por conservar el diálogo en estas instancias, incluso cooperar en temas que no susciten problemas. (Bellaïd y Bulard, 2023)

En síntesis, China se ha convertido en una potencia global, lo que la hace necesaria para el mundo, así como ella necesita del mundo para hacer realidad sus expectativas.

Si se hace una jerarquía de qué tan significativos son los Estados contestarios, se tiene que, con excepción de China, ninguno tiene los recursos, las condiciones y los medios para refundar el orden mundial. Pero sí resulta muy interesante la proliferación de estas potencias, porque ilustra los importantes cambios que está experimentando el mundo en la actualidad. Su mera existencia muestra que hay ámbitos para diferentes actores. Ahora bien, es evidente que ninguno de ellos tiene la fuerza suficiente para construir un bloque geopolítico propio, pero sí se debe reconocer que son lo suficientemente fuertes para no permanecer inactivos.

En este punto se plantea una pregunta: China y Rusia no desean la perpetuación del orden mundial actual, pero ¿hay un orden consensuado entre estos dos países?, o ¿simplemente convergen en el rechazo del existente? La respuesta debe desplegarse en dos niveles. En lo inmediato, hay ciertos puntos de convergencia, como el que sean tenidos en cuenta en la definición del mundo por venir, pues ambos presumen tener la vocería de todos aquellos que se encuentran en los márgenes del sistema liberal mundial, es decir, apelan a ser los intérpretes del “sur global”, coinciden en un tipo de configuración que recusa el modelo liberal anclado en torno del individuo y en los derechos humanos fundamentales en favor de un esquema que se organiza preferentemente alrededor de los Estados, en la geopolitización del orden mundial y en la recuperación de la centralidad de la nación, bien sea bajo la fórmula confuciana o del *russki mir*.

La crítica al orden liberal mundial es válida y pertinente, pero, por desgracia, uno puede suponer que la solución propuesta no es mejor en ningún caso. Después de todo el modelo occidental abre posibilidades para que en su seno coexistan las contradicciones y alteridades. Los “órdenes civilizatorios” chino y ruso ni siquiera presuponen la existencia de elementos diferenciadores.

En este contexto, resultan interesantes las palabras del primer ministro Narendra Modi en la reunión del G20, cuando recordaba que la guerra de Ucrania no es el principal problema que afecta a todos, hay un inmenso mundo por fuera de Rusia y Occidente. Centró su atención en “las múltiples crisis que afronta el mundo, que golpean con mayor dureza a las sociedades más pobres”. “La experiencia de los últimos años, con la crisis financiera, el cambio climático, la pandemia, el terrorismo y las guerras, muestra claramente que la gobernanza global ha fallado” (Madhav, 2023, p. 125). En efecto, solo puede construirse un orden social global incluyente en torno a macroproblemas y no en torno a civilizaciones. En una perspectiva más amplia, ni China ni Rusia podrán constituirse en alternativas civilizatorias frente a

Occidente. Lo más que se puede esperar es que se introduzcan variantes “locales” dentro del modelo occidental, pero no se encuentran en condiciones de ser alternativas al sistema (Schiavone, 2022, p. 140). Sin embargo, la existencia de este contexto mundial en el que estos países desempeñan un papel central ha permitido entender los nuevos niveles de conflictividad que en los últimos meses han aflorado por el conflicto en Ucrania.

Todos estos elementos señalados han hecho frágil el orden mundial que conocíamos, pero el sacudón más intenso ha provenido de los Estados Unidos, lo que ha detonado una crisis mayúscula en el orden mundial. El primer mes en el poder de Donald Trump ha bastado para comprender que las transformaciones serán de un profundo calado durante el cuatrienio que apenas inicia. Desde el primer día en el mando Trump hizo anuncios que ponen en evidencia los propósitos de su administración: recusar los organismos internacionales y las políticas multilaterales, tal como evidencia el anuncio de la salida de Estados Unidos de la Organización Mundial de la Salud, el retiro del Acuerdo de París sobre cambio climático, la retirada del Consejo de derechos Humanos de la ONU y las sanciones contra el personal del Tribunal Penal Internacional que investigue a ciudadanos de Estados Unidos o de sus aliados. Internamente, firmó el decreto de emergencia migratoria para facilitar las detenciones y deportaciones y ha encaminado su batalla cultural al despido de empleados dedicados a programas de diversidad, igualdad e inclusión. Además, designó a Elon Musk para abordar de manera drástica los recortes de personal en las instituciones de gobierno, lo que ha conducido a la práctica desaparición de poderosos organismos —como USAID— y ha fortalecido la presencia de sus simpatizantes dentro de las organizaciones. En el ámbito comercial, inició una gran batalla arancelaria, inicialmente contra sus vecinos inmediatos y China, y después la amplió a nuevos países, entre ellos a sus socios europeos, con lo que ha propinado un duro golpe a otra organización multinacional, en esta oportunidad la Organización Mundial del Comercio. Como si todo lo anterior no fuera suficiente, lanzó la idea de apoderarse de Panamá, comprar Groenlandia, anexionarse Canadá y expulsar a los gazatíes de Gaza para desarrollar ahí un gigantesco complejo inmobiliario con vistas al mar. Por último, recordó su promesa de campaña de dar solución a la guerra en Ucrania, pero en esta ocasión introdujo algunos importantes elementos: negociar directamente con Rusia, llegando incluso a justificar su actuación en la contienda, en ausencia de Ucrania y de los países europeos, quienes en los hechos deben ser los más interesados en disponer de sólidos y consensuados mecanismos de seguridad regionales. Con Ucrania además ha recurrido al chantaje para obligarlo a aceptar sus condiciones, tal como se desprende de la presión que se ejerce sobre Kiev para que acepte la “entrega” de minerales críticos a Washington. El corolario ha sido el desgarramiento de la idea

de un único Occidente, y todo parece indicar que probablemente se asistirá a una duplicación de este: uno poderoso hegemonizado por Washington y el otro más débil y centrado en torno a un conjunto de Estados europeos. El “campismo” parece haberse disuelto, lo que seguramente será del agrado de algunas de las potencias contestatarias. La manera como se está abordando la solución de la guerra en Ucrania demuestra palmariamente que las posiciones imperialistas parecen estar de retorno, con un Estados Unidos que por medio del chantaje busca obtener beneficios desorbitantes con la guerra y una Rusia que, a través de la fuerza, arrebata territorio e impone sus condiciones a su debilitado vecino. Nada bueno se puede esperar de este desenlace previsible.

Referencias

- Abelow, B. (2023). *Come l'Occidente ha provocato la guerra in Ucraina*. Fazi Editores.
- Achcar, G. (2023). *The new Cold War: The United States, Russia and China from Kosovo to Ukraine*. Westbourne Press.
- Afinogénova, I. (2023a, 27 de marzo). Armas nucleares rusas en Bielorrusia: ¿Un paso más hacia el desastre? *Público*. <https://www.publico.es/>
- Afinogénova, I. (2023b). *Así te manipulan con propaganda de guerra* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=CLkGID5mEto>
- Alba Rico, S. (2024, 10 de abril). Refutación del soberanismo. *El País*.
- Ally, B. (2022, 4 de septiembre). Las últimas reflexiones de Mijaíl Gorbachov. *La Tercera*.
- Badie, B. (2016). *Nous ne sommes plus seuls au monde: Un autre regard sur l'ordre international*. La Découverte.
- Badie, B. (2022). Nous croyons triompher, nous sommes en réalité très isolés. En E. Fottino (Ed.), *Ukraine, 1re guerre mondialisée*. Philippe Rey.
- Badie, B. (2023a). *Pour une approche subjective des relations internationales*. Odile Jacob.
- Badie, B. (2023b). Mirages et dangers de l'éternel retour. En B. Badie y D. Vidal (Eds.), *Le monde ne sera plus comme avant*. Les liens qui libèrent.
- Badie, B. (2023c, febrero 17). *La guerre d'Ukraine n'est pas une guerre mondiale, c'est la première guerre mondialisée* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=hKr16ItwhR8>
- Badie, B. y Vidal, D. (Eds.). (2023). *Le monde ne sera plus comme avant*. Les liens qui libèrent.
- Balta, E. y Özal, S. (2023). Un moment fondateur pour l'ordre du monde. En M. Duclos (Ed.), *Guerre en Ukraine et nouvel ordre du monde: 22 regards internationaux après l'agression russe*. Éditions de l'Observatoire, Institut Montaigne.

- Baña, M. (2024). La invasión de Ucrania como batalla geocultural. *Nueva Sociedad* (133).
- Basile, E. (2024). *L'Occidente e l'enemico permanente*. Paper First.
- Bassets, L. (2023, 12 de abril). Enigmas de la gran filtración. *El País*.
- Bellaïd, A. y Bulard, M. (2023). Pékin, faiseur de paix? *Le Monde Diplomatique*.
- Blom, P. (2023). *El gran teatro del mundo: Sobre el poder de la imaginación en tiempos de grandes cambios*. Anagrama.
- Boldizsár, S. Z. (2019). *History in times of unprecedented change: A theory for the 21st century*. Bloomsbury Academic.
- Bonet, P. (2023). *Náufragos del imperio*. Galaxia Gutenberg.
- Boniface, P. (2023). *Guerre en Ukraine, l'onde de choc géopolitique: À contre-courant des analyses émotionnelles*. Éditions Eyrolles.
- Borreguero, E. (2023, 17 de agosto). America is Back. *El País*.
- Borrell suscita el rechazo internacional por comparar a Europa con un “jardín” y al resto del mundo con una “jungla”. (2022, 19 de octubre). *El País*.
- Boucheron, P. (2024). *Fechas que hicieron historia*. Anagrama.
- Bradford, C. (2023, 4 de septiembre). Una diplomacia plurilateral para pensar el G-20. *Le Grand Continent*. <https://legrandcontinent.eu/es/2023/09/04/una-diplomacia-plurilateral-para-pensar-el-g20/>
- Bürbaumer, B. (2024). *Chine/États Unis: Le capitalisme contre la mondialisation*. La Découverte.
- Camus, J.-Y. (2023). Le populisme actuel est-il un simple copié-collé de l'ancien? En B. Badie y D. Vidal (Eds.), *Le monde ne sera plus comme avant. Les liens que libèrent*.
- Castells, M. (2024). *La sociedad digital*. Alianza.
- Charap, S. y Radchenko, S. (2024, 16 de abril). The talks that could have ended the war in Ukraine. *Foreign Affairs*.
- Chastand, J.-B. (2022, 28 de julio). Dans la ville ukrainienne de Lviv, l'intégration parfois difficile des déplacés russophones. *Le Monde*.
- Cohen, S. (2022). *War with Russia?: From Putin & Ukraine to Trump & Russia-gate*. Hot Books.
- Colin Lebedev, A. (2022a). El filtro ruso. *Le Grand Continent*. <https://legrandcontinent.eu/es/2022/08/30/el-filtro-ruso/>
- Colin Lebedev, A. (2022b). *Jamais frères? Ukraine et Russie: Une tragédie post-soviétique*. Seuil.
- Cremonesi, L. (2023, 2 de abril). Il piano di Kiev per liberare la Crimea, a partire dal ponte di Kerch. *Corriere della Sera*.
- Cuesta, J. (2023a, 6 de diciembre). El cierre en Letonia de una televisión rusa opositora al Kremlin aviva el debate sobre la libertad de expresión. *El País*.

- Cuesta, J. (2023b, 11 de abril). El Kremlin complica la huida del país a los rusos llamados a filas. *El País*.
- D'Anieri, P. (2019). *Ukraine and Russia: From civilized divorce to uncivil war*. Cambridge University Press.
- D'Anieri, P. (2022, 9 de diciembre). La invasión de Ucrania refuerza la tesis de que si hoy haces concesiones a Rusia, después volverá a por más. *El País*.
- D'Istria, T. (2023, 4 de abril). En Ukraine, le recrutement militaire à la peine. *Le Monde*.
- De Miguel, R. (2023, 8 de febrero). Zelenski reclama aviones de combate en su primer viaje a las capitales europeas. *El País*.
- De Sousa Santos, B. (2022, 18 de mayo). Oriente y Occidente: Espejos extraños. *Público*.
- De Villepin, D. (2022). Pour stopper la guerre, le “principe actif” de la diplomatie. En E. Fottino (Ed.), *Ukraine, 1re guerre mondialisée*. Philippe Rey.
- Del Amo, P. (2023, 14 de abril). Los papeles del Pentágono, soldados OTAN en Ucrania y la Tercera Guerra Mundial. *Público*.
- Ebely, F. y Ilyushina, M. (2023, 13 de febrero). Los rusos abandonan la Rusia de guerra en un éxodo histórico. *The Washington Post*.
- EEAS (Servicio Europeo de Acción Exterior). (2023, 15 de febrero). *Discurso del Alto Representante Josep Borrell en el Pleno del Parlamento Europeo: Un año de la invasión y guerra de agresión de Rusia*. https://www.eeas.europa.eu/eeas/ep-plenary-speech-high-representative-josep-borrell-one-year-russia%E2%80%99s-invasion-and-war-aggression_es
- El Viejo Topo. (2024, 13 de julio). La irresponsable Kaja Kallas. *Topo Express*. <https://www.elviejotopo.com/topoexpress/la-irresponsable-kaja-kallas/>
- Faraldo, J. M. (2023). *Rusofobia*. Ediciones La Catarata.
- Fazio, H. (2022). *Rusia y Ucrania: Una guerra: La historia de un conflicto, sus antecedentes y su presente*. Ariel.
- Fazio, H. y Fazio, L. (2016). *El presente del Medio Oriente: Una lectura en clave histórica*. Ediciones Uniandes.
- Felshtinsky, Y. y Stanchev, M. (2022). *Ucrania: La primera batalla de la tercera guerra mundial*. Deusto.
- Galeotti, M. (2022). *Las guerras de Putin: De Chechenia a Ucrania*. Desperta Ferro Ediciones.
- Glukhovsky, D. (2023, 23 de mayo). Lo scrittore di “Metro 2033”: “Così il regime mi ha cancellato”. *Corriere della Sera*.
- Gobert, S. (2024). *L'Ukraine, la République et les oligarques: Comprendre le système ukrainien*. Tallandier.
- Goujon, A. (2022, 8 de septiembre). Pour l'Ukraine, le défi de la préservation de la démocratie en temps de guerre. *Le Monde*.

- Gourdault-Montagne, M. (2023, 13 de septiembre). El G20 se ha politizado, aunque todavía no se haya institucionalizado: Una conversación con el diplomático Maurice Gourdault-Montagne. *Le Grand Continent*. <https://legrandcontinent.eu/es/2023/09/13/el-g20-se-ha-politizado-aunque-todavia-no-se-haya-institucionalizado-una-conversacion-con-el-diplomatico-maurice-gourdault-montagne/>
- Grynszpan, E. (2022a, 7 de agosto). Amnesty dans la tourmente de la guerre en Ukraine. *Le Monde*.
- Grynszpan, E. (2022b, 17 de octubre). Ukraine: L'information sous contrôle à la télévision. *Le Monde*.
- Guéhenno, J.-M. (2023). *Le première XXe siècle: De la globalisation à l'émission du monde*. Flammarion.
- Haas, R. y Kupchan, C. (2023, 13 de abril). The West needs a new strategy in Ukraine: A plan for getting from the battlefield to the negotiating table. *Foreign Affairs*.
- Habermas, J. (2023, 18 de febrero). Por qué este es el momento de negociar la paz: El alegato de Jürgen Habermas. *El País*.
- Haroche, P. (2024a). *Dans la forge du monde: Comment le choc des puissances façonne l'Europe*. Fayard.
- Haroche, P. (2024b, 3 de junio). ¿Meloni o Macron? La Europa nueva, en la forja del mundo. *Le Grand Continent*. <https://www.legrandcontinent.eu>
- Heine, J. (2023). Un orden mundial en crisis. En C. Fortin, J. Heine y C. Ominami (Comps.), *El no alineamiento activo y América Latina: Una doctrina para el nuevo siglo*. Editorial Catalonia.
- Hersh, S. (2023). Un año de mentiras sobre el North Stream. *Contexto*. <https://ctxt.es/es/20230901/Politica/44171/Seymour-Hersh-Biden-Putin-Nord-Stream-atentado-guerra-gasoducto-oleoducto.htm>
- Hudson, J. y Khurshudyan, I. (2023, 13 de mayo). Zelensky, in private, plots bold attacks inside Russia, leak shows. *The Washington Post*.
- Il Fatto Quotidiano*. (2024, 20 de noviembre 20). L'ammissione dell'ex premier britannico Boris Johnson: "In Ucraina stiamo combattendo una guerra per procura". *Il Fatto Quotidiano*. <https://www.ilfattoquotidiano.it/2024/11/29/boris-johnson-ucraina-combattendo-guerra-per-procura/7786283/>
- Imarisio, M. (2023, 7 de diciembre). I russi credono in Putin ma la guerra li preoccupa e vogliono veri negoziati. *Corriere della Sera*.
- Iniseg. (2020). *Defender Europe 20: Ejercicio militar transnacional*. <https://www.iniseg.es/blog/seguridad/defender-europe-20-ejercicio-militar-transnacional/>
- Innerarity, D. (2022). *La sociedad del desconocimiento*. Galaxia Gutenberg.

- Iwaniuk, J. (2023a, 24 de marzo). Guerre en Ukraine: Le retour en grâce de la Pologne. *Le Monde*.
- Iwaniuk, J. (2023b, 7 de abril). Zelensky à Varsovie pour sceller une “amitié éternelle”. *Le Monde*.
- Jacque, P. (2023, 16 de marzo). L’UE se dote d’une stratégie spatiale pour la défense. *Le Monde*.
- Johnson, J. (2022, 6 de mayo). Boris Johnson pressured Zelenskyy to ditch peace talks with Russia: Ukrainian paper. *Common Dreams*.
- Jomenki, S. (2023). ¿Qué está pasando con el idioma ruso en Ucrania? *BBC News, Russkaya sluzhba*.
- Kaldor, M. (2001). *Las nuevas guerras: Violencia organizada en la era global*. Tusquets.
- Kappeler, A. (2022). *Russes et Ukrainiens: Les frères inégaux du Moyen Âge à nos jours*. CNRS Éditions.
- Katchanovski, I. (2023). The “snipers’ massacre” on the Maidan in Ukraine. *Cogent Social Sciences*, 9(2).
- Krastev, I. (2017). *Le destin de l’Europe: Une sensation de déjà vu*. Éditions Première Parallèle.
- Krastev, I. (2020). ¿Ya es mañana? Cómo la pandemia cambiará el mundo. Debate.
- Krastev, I. (2023). Un test de résilience pour l’UE. En M. Duclos (Dir.), *Guerre en Ukraine et nouvel ordre du monde: 22 regards internationaux après l’agression russe*. Editions de l’Observatoire, Institut Montaigne.
- Kundnani, H. (2023, 7 de septiembre). Contra el giro civilizacional de la Unión Europea. *Le Grand Continent*, 6-7.
- Laïdi, Z. (2004). *La grande perturbation*. Flammarion.
- Laruelle, M. (2024, 5 de mayo). La doctrina del Patriarca Kirill para el “mundo ruso”. *Le Grand Continent*.
- Latour, B. (2023). Le sol européen est-il en train de changer sous nos pieds? En *Le Grand Continent, Fractures de la guerre étendue, de l’Ukraine au métaverse*. Gallimard.
- Laudrin, S. (2022, 17 de septiembre). Sur la scène internationale, le jeu ambiguë de l’Inde pour un ‘multi-alignement’. *Le Monde*.
- Limes, Rivista Italiana de Geopolitica. (2024, 18 de julio). *Sco: Xi Jinping mette in ombra Putin al vertice in Kazakistan* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=OoMdUFrNsr8>
- Madhav, R. (2023). Contre une double hégémonie occidentale et russo-chinoise. En M. Duclos (Dir.), *Guerre en Ukraine et nouvel ordre du monde: 22 regards internationaux après l’agression russe*. Editions de l’Observatoire, Institut Montaigne.
- Mandel, E. (2011). *The meaning of the Second World War*. Verso.

- Mandraud, I. (2022, 3 de julio). Dans l'Europe orientale, la mémoire de la domination soviétique. *Le Monde*.
- Mandraud, I. (2023, 13 de mayo). Russie-Ukraine, la guerre des cultures. *Le Monde*.
- Mandraud, I. y Théron, J. (2023). *Le pacte des autocrates*. Robert Laffont.
- “El mapa de los refugiados de la guerra de Ucrania” (2023, 5 de junio). RTVE *Noticias*. <https://www.rtve.es/noticias/20230605/mapa-refugiados-guerra-ucrania/2297260.shtml>
- Marinelli, A. y Olimpio, G. (2023, 2 de abril). Finlandia al voto: Come la guerra in Ucraina ha cambiato il Paese, e come ha aiutato la resistenza di Kiev. *Corriere della Sera*.
- Mearsheimer, J. (2023, agosto). Pourquoi les grandes puissances se font la guerre. *Le Monde diplomatique*.
- Medvedev publica su plan de seguridad como alternativa a la Alianza Atlántica. (2009, 29 de noviembre). *El Mundo*.
- Méheut, C. (2025, 22 de febrero). U.S. Pressing Tough Demands in Revised Deal for Ukraine's Minerals. *The New York Times*.
- Minassian, G. (2022, 9 de octubre). Les “Cinq-Mers”, un enjeu stratégique pour la Russie. *Le Monde*.
- Mini, F. (2023). *L'Europa in guerra*. Il Fatto Quotidiano.
- Mithojin, N. (2023, 22 de marzo). À l'Est de l'Ukraine. Une vision (russe) du conflit au Donbas. *La Vie des idées*. <https://laviedesidees.fr/A-l-est-de-l-Ukraine.html>
- Morin, E. (2022). Plusieurs regards – approches historiques, géopolitiques, littéraires... Pour le compromis et la paix. En E. Fottino, *Ukraine, 1re guerre mondialisée*. Philippe Rey.
- Münchau, W. (2023, 23 de abril). Macron tenía razón sobre Europa y China. *El País*.
- Nava, M. (2022, 16 de diciembre). La verità della guerra, secondo Merkel. *Corriere della Sera*.
- Orsini, A. (2022). *Ucraina Critica della politica internazionale*. Il Fatto Quotidiano.
- Orsini, A. (2024). *Ucraina Palestina Il terrorismo di Stato nelle relazioni internazionali*. Il Fatto Quotidiano.
- Ortega, P. (2023, 10 de febrero). Ucrania, la guerra y la paz: Crónicas insumisas. *Público*.
- OTAN (Organización del Tratado Atlántico Norte). (2022). Exercise Cold Response 2022 – NATO and partner forces face the freeze in Norway. https://www.nato.int/cps/en/natohq/news_192351.htm?selectedLocale=en
- Palermo, G. (2022). *El conflicto ruso-ucraniano: El imperialismo estadounidense a la conquista de Europa*. El Viejo Topo.

- Philippe, B. (2023, 23 de enero). Inde: New Delhi surtout les fronts. *Le Monde*.
- Pietralunga, C. y Vincent, É. (2022, 2 de julio). OTAN-Russie: le retour à la logique de guerre froide. *Le Monde*.
- Pietralunga, C., Ricard, P. y Vincent, É. (2022, 23 de octubre). Ukraine: L'extension hybride du domaine de la guerre. *Le Monde*.
- Plokhy, S. (2023). *La guerra ruso-ucraniana: El retorno de la historia*. Península.
- Radvanyi, J. y Laruelle, M. (2016). *La Russie: Entre peurs et défis*. Armand Collin.
- Rand. (2019). Overextending and unbalancing Russia: Assessing the impact of cost-imposing options. https://www.rand.org/pubs/research_briefs/RB10014.html
- Ricard, P. y Smolnar, P. (2023, 25 de febrero). L'Alliance atlantique à l'épreuve du feu russe. *Le Monde*.
- Rizzi, A. (2024, 27 de diciembre). Entrevista a Lea Ypi: El nuevo militarismo europeo amenaza lo que hizo grande a la UE. *El País*.
- Sachs, J. (2024, 21 de junio). Save Ukraine from American meddling. <https://www.jeffsachs.org/newspaper-articles/6kwrs4pplmwj2nxzy9el-73gx2w9cfn>
- Sahlins, M. (2015). *Islas de Historia: La muerte del capitán Cook, metáfora, antropología e historia*. Gedisa.
- Sahuquillo, M. R. (2023, 21 de febrero). Mensajes en clave sobre cuarteles y armas: Así sabotearon a Rusia los partisanos ucranios en la Jerson ocupada. *El País*.
- Sakhine, A. y Smirnova, L. (2023, junio). En Russie, le mirage du soutien à la guerre. *Le Monde Diplomatique*.
- Sakwa, R. (2016). *Frontline Ukraine: Crisis in the borderlands*. Bloomsbury.
- Sánchez-Vallejo, M. A. y Pérez Lanzac, C. (2022, 22 de septiembre). Yuri Felshinsky, historiador: “Putin quiere que Bielorrusia sea su lanzadera en un eventual ataque nuclear”. *El País*.
- Santeverecchi, G. (2023, 28 de enero). L'aiuto cinese alla Wagner: Un'azienda di Pechino ha fornito ai mercenari foto satellitari dell'Ucraina. *Corriere della Sera*.
- Sanz, J. A. (2023a, 24 de agosto). Desaparecido Prigozhin, el Kremlin toma las riendas de Wagner, con la vista en Ucrania, Bielorrusia y África. *Público*.
- Sanz, J. A. (2023b, 10 de abril). Rusia se blinda contra una eventual contraofensiva ucraniana y duplica los sistemas antiaéreos de sus fronteras. *Público*.
- Schiavone, A. (2022). *L'Occidente. La nascita d'una civiltà planetaria*. Il Mulino.
- Segura, C. (2022a, 21 de noviembre). Crece la presión sobre Ucrania para que esclarezca el posible asesinato de 10 soldados rusos. *El País*.
- Segura, C. (2022b, 22 de julio). Putin despierta el sentimiento identitario en Ucrania. *El País*.

- Segura, C. (2023, 9 de febrero). Ucrania sueña con la UE, pero todavía busca su identidad europea. *El País*.
- Segura, C. (2024, 31 de agosto). La mayor iglesia de Ucrania tiene los días contados. *El País*.
- Segura, C. y De Vega, L. (2022, 4 de noviembre). Volodímir Zelenski, entrevista: “La anexión rusa de los territorios ucranios anula toda posibilidad de diálogo”. *El País*.
- Semeniy, O. (2023). Leçons de guerre vue d’Ukraine. En M. Duclos (Ed.), *Guerre en Ukraine et nouvel ordre du monde*. Institut Montaigne.
- Shishkin, M. (2022). *Russki Mir: Guerra o pace?* 21 Lettere.
- Smith, D. (2023, 19 de febrero). Experto en seguridad: “La UE es un actor geopolítico menor frente a EE. UU., China y Rusia”. *El País*.
- Smolnar, P. (2023, 23 de febrero). À Varsovie, Biden défend le monde libre face à Poutine. *Le Monde*.
- Snegovaya, M., Bergmann, M., Dolbaia, T., Fenton, T. y Bendett, S. (2024, abril). *Back in stock? The state of Russia’s defense industry after two years of the war*. Center for Strategic & International Studies.
- Stoltenberg aumenta la presión sobre China por su apoyo a Rusia: “No puede continuar así”. (2023, 22 de septiembre). SWI swissinfo.ch. <https://www.swissinfo.ch/spa/stoltenberg-aumenta-la-presi%C3%BDn-sobre-china-por-su-apoyo-a-rusia%3A-%22no-puede-continuar-as%C3%AD%22/81073497>
- Subrahmanyam, J. (2020). *The Indian way. Strategies for an uncertain world*. Harper Collins.
- Taibó, C. (2022). *En la estela de la guerra de Ucrania: Una glosa impertinente*. La Carreta.
- The White House. (2022). *National Security Strategy*. The White House.
- Todd, E. (2024). *La Défaite de l’Occident*. Gallimard.
- Tooze, A. (2021). *El apagón: Como el coronavirus sacudió la economía mundial*. Crítica.
- Tournadre, N. (2022, 29 de junio). Pour les Ukraniens, se priver de la culture russe serait un appauvrissement considérable. *Le Monde*.
- Travaglio, M. (2024). *Ucrania, Russia e NATO en poche parole*. Fatto Quotidiano.
- Valentino, P. (2023, 5 de abril). Suslov: “Ecco perché quest’anno non ci sarà nessun negoziato con Kiev” (Entrevista a Dimitrij Suslov). *Corriere della Sera*.
- Vega, L. D. (2022, 2 de diciembre). Zelenski pide prohibir en Ucrania la Iglesia ortodoxa apadrinada por Rusia. *El País*.
- Veiga, F. (2022). *Ucrania 22: La Guerra programada*. Alianza.
- Vidal Liy, M. (2023, 22 de febrero). Biden promete en Varsovia defender “cada pulgada” del territorio de la OTAN. *El País*.

- Vidal-Folch, X. (1997, 14 de mayo). La OTAN y Rusia llegan a un acuerdo que abre una nueva era para la seguridad europea y mundial. *El País*.
- Vitkine, B. (2022, 31 de diciembre). En Russie, une frénésie législative record en 2022. *Le Monde*.
- Waltz, K. (2000). Structural Realism after the Cold War. *International Security*, 25(1).
- Watkins, S. (2022). Five wars in one. *New Left Review* (137).
- Wilson, A. (2015). *The Ukrainians: Unexpected nation*. Yale University Press.
- Yudin, G. (2023, 10 de septiembre). Nadie en Rusia cree que pueda influir en ningún acontecimiento. *Le Grand Continent*. <https://legrandcontinent.eu/es/2023/09/10/para-putin-esta-guerra-no-se-detendra-en-ucrania-una-conversacion-con-grigori-yudin/>
- Zafesova, A. (2020, 22 de abril). Sergey Sobyanin: Un nuovo uomo “forte” in Russia? *Affari Internazionali*.
- Zhuravlyov, O. (2024, 14 de agosto). *Los rusos están reconsiderando su conexión con su país*. ReForum.
- Zornoza, M. G. (2023, 17 de febrero). De 0 euros a 12.000 millones en armas: la guerra en Ucrania termina con la pacifista Europa. *Público*.

Esta publicación se compuso en la tipografía Minion Pro.
Se terminó de imprimir en Bogotá, en abril del 2025.



Todos los libros de Ediciones Uniandes
a un clic de distancia

Conoce nuestra página web



Escanea el código o visita
ediciones.uniandes.edu.co

 Universidad de
los Andes | **Ediciones Uniandes**
Vicerrectoría de Investigación y Creación
Colombia

